



## El bloqueo

*Erckmann Chatrian*

Comentario [LT1]:

### I

-Puesto que deseas conocer la historia del asedio de Falshurgo, en 1814 -díjome un día el viejo judío señor Moisés, -te la voy a referir minuciosamente.

Yo habitaba a la sazón una casucha situada en la esquina del Mercado, donde había establecido mi tienda de hierros viejos en el abovedado portal; en el piso superior teníamos nuestra vivienda mi mujer Sara yo, y el pequeño Safel, que era el consuelo de mi vejez.

En cuanto a mis otros hijos, Itzig y Fromel, habían marchado a América y mi hija Zeffen estaba ya casada con Baruch, almacenista de curtidos en Saverne.

Además de la industria de que he hablado, traficaba con las ro-pas, zapatos y trajes usados de que se desprenden los reclutas cuando reciben su equipo militar. Las camisas inservibles, las vendía a los traperos ambulantes, quienes a su vez las revendían a los fabricantes de papel, y el resto se lo llevaban los aldeanos de las cercanías.

Este comercio, me producía saneadas ganancias, pues todas las semanas llegaban a Falsburgo millares de conscriptos. Una vez allí los conducían a la Casa Consistorial, donde se les rapaba y entregaba el uniforme haciéndoles marchar enseguida a Maguncia, Estrasburgo y aun más lejos.

Esto duró largo tiempo, pero, al fin, llegó la campaña de Rusia y con ella el gran reclutamiento de 1813. Puedes imaginarte, Federico, si me apresuraría a poner al abrigo de las garras de los reclutadores a mis hijos Itzig y Fromel, que eran dos muchachos muy inteligentes. A los catorce años sus ideas políticas estaban ya formadas, y antes que, ir a batirse por el emperador, o, el rey de Prusia, se habrían puesto en salvo sin parar de correr hasta el fin del mundo.

Algunas noches, cuando nos reuníamos para cenar a la luz de la lámpara de siete mecheros, solía exclamar su madre, llorando a lágrima viva:

—¡Pobres hijos míos!.. ¡pobres hijos míos! Cuando pienso en que se acerca el momento en que habrán de cargar con el fusil y marchar a la guerra donde: los pueden matar... ¡Oh, Dios mío, qué desgracia!..

¡qué desgracia!

Los niños palidecían de terror, y yo no podía menos de sonreír, diciendo para mis adentros:

—¡No son tontos los chicos! Tienen apego a la vida y... ¡esto es bueno, a fe mía! Si hubiese tenido yo hijos capaces del querer ser soldados, me hubiera muerto de pena y me hubiera dicho: «Estas criaturas no llevan en sus venas ni una gota de mi sangre» En tanto iban creciendo en fuerza, inteligencia y hermosura. Itzig contaba apenas quince años, y ya trabajaba por su cuenta comprando ganado en las aldeas vecinas y revendiéndolo después al carnicero Borrich, de Mittelbron, con regular ganancia. En cuanto a Fromel, no se quedaba atrás: nadie como él sabía dar salida al género que teníamos almacenado en nuestras barracas del Mercado.

Bien hubiera querido conservar a mi lado a los dos muchachos.

Mi felicidad consistía únicamente en verlos jugar cuando volvían a casa con el pequeño Safel, vivo y travieso como una ardilla.

Algunas veces los estrechaba en silencio contra mi pecho, y esto les daba miedo y hacia que se mirasen sorprendidos. Mil horribles ideas cruzaban por mi mente desde los sucesos de 1812. Sabía muy bien que al volver el Emperador a París había perdido cuatrocientos millones de francos y doscientos mil o trescientos mil soldados, y no podía por menos de decirme apesadumbrado: «Esta vez será necesario que, marchen todos... hasta los muchachos de quince o diez y seis años» Y como cada día llegasen hasta nosotros noticias a cual peores, llamé una noche a mis hijos y les dije:

—Escuchadme atentamente: los dos estáis ya bastante instruidos en los negocios para que los podáis ganar la vida en cualquier parte; y lo que aun no sepáis, lo aprenderéis más tarde sin dificultad. Por de pronto, si permanecéis un día más aquí, no escaparéis a la quinta y pereceréis como los demás; os conducirán al depósito, os enseñarán sobre la marcha el manejo del fusil y seréis enviados a una muerte:

cierta en el campo de batalla. Nunca jamás volveríamos a vernos ni a tener noticias de vosotros.

Sara comenzó a sollozar y todos, acabamos por acompañarla en su llanto.

Pasado un corto silencio, proseguí, enjugándome las lágrimas:

-Pero si os decidís a marchar sin pérdida de tiempo a América por la vía del Havre, estoy seguro que, llegaréis allá sanos, y salvos.

En América os dedicaréis al comercio, ganaréis mucha plata, os casa-réis y multiplicaréis, según el mandato, de Jehová y me podréis mandar algún dinero cuando yo lo necesite, cumpliendo así el mandato del Señor: «Honrarás a tu padre, y a tu madre» Yo os bendeciré como Isaac bendijo a Jacob, y viviréis largos años. ¿Qué decís a esto? ¿Es-tamos, conformes?

Huelga decir que Itzig y Fromel no vacilaron un instante y que yo mismo les acompañé al Havre; y como cada uno de ellos había aho-rrado veinte luisés, sólo tuve que darles mi bendición.

Por lo demás, Federico, mis predicciones se han cumplido al pie de la letra: los dos viven todavía, tienen varios hijos, que, son mi pos-teridad, y cuando necesito alguna cosa se apresuran a enviármela.

Habiendo partido Itzig y Fromel, no, me quedaba más que, Safel, mi Benjamín, a quien amaba más que a los otros, si esto es posible.

Tenía, además, como te he dicho, a Zeffen, casada con el honrado Baruch, de Saverne: ésta era la mayor y me había dado ya un nieto, a quien se puso por nombre David, según la voluntad de Jehová, que quiere que reemplacemos los difuntos con individuos nacidos en la misma familia. El abuelo de Baruch se llamaba David: el nuevo vás-tago que esperábamos debía llamarse como mi padre: Esdras.

Tal era, Federico, mi situación dos meses antes del asedio de FaIsburgo, en 1814. Todo había marchado perfectamente hasta enton-ces; pero desde seis semanas atrás las cosas iban mal tanto en la ciu-dad como en el resto del país. Teníamos el tifas y otras enfermedades contagiosas: millares de heridos: yacían abandonados en los hospita-les, y como, los brazos faltaban a la tierra, todo estaba carísimo: el pan, la carne y los artículos de primera necesidad, por las nubes. Los campesinos de Alsacia, y Lorena no venían al mercado; los géneros se pudrían en los almacenes, y cuando una mercancía no se vende, vale tanto como si fuera arena o piedra: se vivía en la miseria en medio de la abundancia, y el hambre se enseñoreaba del país entero.

A pesar de todo, el Eterno me reservaba todavía una gran satis-facción.

A principios de noviembre recibí la noticia de que Zeffen acababa de dar a luz un segundo hijo y que, tanto la madre como el recién nacido gozaban de excelente salud. Al saber esta grata nueva salí inmediatamente para Saverne.

He de advertirte, Federico, que mi alegría no procedía única-mente del nacimiento de un nieto más, sino de que este niño libraba a mi yerno de ser soldado. Verdad es que Baruch no había dejado de tener suerte sobre este particular. Cuando el Emperador hizo votar por su Senado que los solteros estaban obligados a marchar a la guerra acababa Baruch de casarse con Zeffen; después, cuando se promulgó la ley en virtud de la cual los casados sin hijos debían tomar las ar-mas, su mujer daba a luz a David; y cuando, para hacer frente a los enemigos de Francia decidió el Senado que los padres de familia que no tuviesen más que un hijo serían incorporados al ejército, Baruch tenía dos.

En aquel tiempo era verdaderamente una dicha tener numerosa prole: esto le salvaba a uno de morir en el campo de batalla. He aquí por qué tomé mi báculo a toda prisa y me puse en camino para cercio-rarme si el recién nacido era robusto y prometía vivir lo suficiente para librar a su padre del servicio militar.

Muchos años todavía, si Dios quiere prolongar mi existencia me acordaré de aquel día y de lo que presencié a mi pesar. Figúrate toda la carretera obstruida por un interminable convoy de heridos y mori-bundos, formando una larga fila desde Cuatro Vientos hasta Saverne.

Los aldeanos de Alsacia a los que se obligaba por la fuerza a conducir aquellos desventurados, habían desenganchado sus caballos y emprendido la fuga durante la noche, dejando abandonados los carros. Una espesa capa de hielo envolvía todo aquello como un sudario de enormes dimensiones. Nada se movía allí; todo parecía muerto. Cualquiera hubiera creído, al atravesar este camino, encontrarse en mitad de un vasto, cementerio.

Millares de cuervos cubrían el cielo en aquellos contornos como, una negra nube. No se veía otra cosa que el movimiento de sus alas, ni se oía otro rumor que el horrible concierto de sus graznidos. Nunca hubiera pensado que el cielo y la tierra pudieran producir tantos cuervos.

Grandes bandadas de ellos descendían hasta los carros buscando su presa, pero tan pronto como un ser viviente se aproximaba allí, levantaban el vuelo yendo a caer sobre el bosque de la Bonne Fontaine o sobre las ruinas del antiguo convento de Dann.

Afortunadamente, los fríos del invierno llegan pronto a Falsburgo.

Soplaba un viento bastante fresco de la parte de Schnéeberg, y las grandes corrientes de aire de la montaña disipan siempre todas las enfermedades contagiosas, incluso el vómito negro.

Lo que voy refiriendo ocurría al efectuarse la retirada de Leipzig, en los primeros días de noviembre.

Cuando llegué a Saverne, la ciudad estaba ocupada por multitud de soldados de todas las armas, que corrían en tropel de una parte a otra, ofreciendo todas las señales de la más espantosa indisciplina.

Todavía recuerdo que en la calle Mayor había una posada cuyas ventanas abiertas dejaban ver una larga mesa perfectamente servida.

Todos los soldados de la Guardia se detenían allí. Estos soldados eran en su mayoría jóvenes pertenecientes a familias ricas y no carecían de dinero, a pesar de llevar los uniformes sucios y desgarrados. Apenas veían, al pasar, la bien provista mesa, echaban pie a tierra y se precipitaban en la sala. Empero Hannés, el posadero, les hacía pagar cinco francos por adelantado, y en cuanto los pobres muchachos empezaban a comer, entraba la criada aterrorizada, gritando:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

Instantáneamente, se levantaban todos, saltaban sobre sus caballos y huían a la desbandada, sin volver la cabeza hacia atrás. Por medio de este, ardid infame pudo el miserable Hannés vender hasta veinte veces la misma comida aquel día.

A menudo he pensado que semejantes ladrones merecen la horca.

Este modo de enriquecerse no es el verdadero comercio.

No quiero describirte con todos sus detalles tan lastimosas escenas.

Te entristecería demasiado si te pintase los sufrimientos de aquellos infelices en cuyos demacrados rostros podían verse las huellas de la horrible dolencia que los diezmaba. Era en verdad, espantoso verles revolcarse en el fondo, de los carros lanzando gritos, de dolor que subían hasta el cielo... Entre ellos había algunos que se esforzaban por caminar sin poder conseguirlo y derramaban abundantes lágrimas.

Un joven soldado de la Guardia un muchacho de diez y siete, a diez y ocho años, excitó mi piedad más que todos los otros. No, podré olvidarlo jamás. Estaba tendido, boca abajo junto a la rampa del anti-guano puente de la Tannerie. De vez en cuando se incorporaba penosamente y mostrando una mano descarnada y negra como el hollín, la llevaba a una herida de bala que tenía en la espalda. Los que pasaban junto a aquel sitio no osaban acercarse a él porque algún miserable gritaba:

-¡Dejadle: tiene el tifus!.. ¡tiene el tifus!

¡Ah, qué horror! No quiero hablar más de esas cosas.

Ahora, Federico, voy a referirte un episodio de aquel día en el cual tuve ocasión de ver por vez primera al mariscal Víctor.

Yo había salido tarde de Falsburgo y la noche se echaba encima.

Al llegar al extremo de la calle Mayor, vi las ventanas de la fonda del sol iluminadas como para una fiesta. Dos centinelas se paseaban con el fusil al hombro, guardando la puerta. Muchos oficiales, en traje de gala entraban y salían a cada instante. Algunos vigorosos caballos piafaban impacientes hiriendo el suelo con sus herrados cascos. En el fondo del patio brillaban como dos estrellas en la obscuridad los faros de una silla de postas.

Los soldados que prestaban servicio en la puerta hacían retroceder a los curiosos, y yo estaba preocupado porque tenía que, pasar forzosamente por delante de la fonda puesto que Baruch vivía a pocos pasos de la misma.

No sin mucho trabajo conseguí abrir brecha entre aquella apiñada multitud, e iba a proseguir mi camino cuando oí que me gritaba un centinela:

-¡Atrás!

Casi al mismo tiempo, un oficial de húsares, un hombre pequeño y rechoncho, con grandes patillas rojas, salió rápidamente del portal, y viniendo, hacia mí exclamó:

--¡Hola! ¿Eres tú, Moisés? ¡Me alegro de verte!

Y me tendió la mano.

Bastante sorprendido, abrí tamaños ojos. Un oficial superior dando la mano a un hombre del pueblo no es cosa que se ve todos los días. Yo le miraba atónito, sin atreverme a despegar los labios.

Al fin reconocí en él al comandante Zimmer, un antiguo camarada que, treinta y cinco años antes, concurría conmigo a la escuela de Genaudet, y en cuya compañía recorriera cien veces los fosos y los glaciares de la ciudad, haciendo mil diabluras propias de chicos.

Pero después, Zimmer había pasado veinte veces por Falsburgo, sin acordarse de su compañero Samuel Moisés.

-Y bien, ¿qué haces ahí embobado? -exclamó Zimmer, asíéndome de un brazo. -Ven conmigo, pues quiero presentarte al mariscal.

Hablando de este modo, y sin que yo osara pronunciar palabra me llevó hacia el portal, y desde allí hasta una vasta sala de la planta baja donde estaba preparada la cena del Estado Mayor, sobre dos largas mesas cargadas de luces y botellas.

Gran número de oficiales superiores: generales, coroneles, co-mandantes de húsares, de dragones y de cazadores, con sombreros plumados, cascos y chacós rojos, la barba sepultada en sus altos cue-llos y arrastrando los sables, se paseaban meditabundos a lo largo de la estancia, o, reunidos en grupos, departían en voz baja esperando el momento de sentarse a la mesa.

Yo apenas me atrevía a dar un paso, pero Zimmer, que no me soltaba del brazo, arrastróme hasta el fondo del aposento, deteniéndose delante de una puertecilla baja y estrecha por la que salían ramalazos de luz.

Un instante después entramos en una habitación espaciosa y alta de techo, cuyas ventanas daban al jardín.

El mariscal estaba allí, en pie, con la cabeza descubierta vuelto, de espaldas, a nosotros y dando órdenes a tres o cuatro oficiales de Estado Mayor que, escribían cerca de él.

He aquí todo lo que pude observar, a causa de mi asombro.

El mariscal volvióse hacia nosotros al oír el ruido que, habíamos hecho al entrar.

Era un hombre, alto y robusto, con el pelo canoso y la fisonomía abierta y bonachona, cual la de un honrado campesino lorenés; rayaba ya en los cincuenta años, y parecía bastante fuerte para su edad.

-Mariscal -dijo Zimmer, -he aquí al hombre que necesitamos. Es uno, de mis antiguos camaradas de colegio, Samuel Moisés, un viejo zorro que recorre el país desde; hace treinta años y que conoce al de-dillo todas las poblaciones de Alsacia y de: Lorena.

Él mariscal fijó en mí una escudriñadora mirada. Yo tenía mi gorro en la mano, dándole vueltas con aire estúpido. Después de examinar-me dos segundos apenas, el mariscal tomó un papel que, le entregaba uno de sus secretarios, leyólo, rápidamente, y puso en él su firma..

-Veamos, mi valiente, amigo -exclamó luego, dirigiéndose a mí.

-¿Que se dice por allí de la última campaña? ¿Que pensáis de nosotros en vuestras ciudades y aldeas?

Al oír que me apellidaba *valiente amigo*, cobré valor y respondí sin vacilar que aunque el tifus causaba entre nosotros muchos estragos, no nos amilanábamos por eso, porque sabíamos que el Emperador con su ejército, estaba cerca...

El mariscal me interrumpió bruscamente diciendo:

-¡Buena!.. ¡buena! ¿Vosotros estáis dispuestos a defenderos?

-Los alsacianos y loreneses -contesté, -se defenderán hasta la muerte: todos aman a su Emperador y se sacrificarán por él hasta el último hombre.

Inútil me parece advertirte que era la prudencia la que me dictaba estas palabras; pero el mariscal veía muy bien, juzgando por mi aspecto y mi edad, que yo no era amigo de la guerra y echóse a reír a carcajadas.

-¡Es cuanto necesito saber! -exclamó luego. -Comandante, está muy bien.

Los secretarios continuaban escribiendo. Zimmer me hizo seña de que le siguiera y salí con él de la habitación.

-¡Adiós, Moisés, buen viaje! -dijo cuando estuvimos fuera y me volvió la espalda.

Los centinelas me dejaron pasar, y continué mi camino temblan-do.

A los pocos minutos me detenía ante la casa de Baruch, situada en el extremo de la calle donde estuvieron las caballerizas del cardenal.

Era completamente de noche.

¡Qué felicidad, Federico, haber visto lo que llevo, referido y en-contrarse de pronto, en la mansión donde reposan los seres queridos!

¡Cuán dulcemente late el corazón y cómo, mira uno con lástima toda esa fuerza y esa gloria de los hombres de guerra que hacen la desgracia de las naciones!

-No bien hube llamado, sentí los pasos de Guillermo, aunque era de presumir que ni Baruch ni Zeffen me esperasen, sobre todo a tales horas.

-¡Cómo! ¿Es usted, padre mío? -preguntó Baruch, mirando por la rejilla de la puerta.

-Yo soy, hijo -respondí: -vengo tarde ¿verdad?

-Usted llega siempre en buen hora..

Y franqueándome la entrada, guióme hasta el aposento de Ze-ffen.

Mi hija habíame reconocido en la voz y antes de entrar ya me sonreía. Después de abrazarla busqué con la vista al recién nacido...

Su madre lo tenía en los brazos, abrigado bajo la ropa de la cama.

-Mírelo usted, padre mío -dijo Zeffen, presentándome al niño envuelto en sus pañales.

Le tomé lleno de júbilo, y vi que era sano y rollizo.

-Baruch -exclamé, -éste es el retrato de mi padre, y se llamará Esdras, como él. ¡Que sea bien venido al mundo!

Luego quise contemplarle desnudo, a la luz de la lámpara de siete mecheros que alumbraba la estancia. Le despojé, temblando, de sus fajas y pañales; la criaturita no lloraba y, sin embargo, mi hija gritábame sin cesar, extendiendo hacia mí sus blancas manos:

-¡Cuidado, padre mío, cuidado!

Mi yerno, colocado detrás del mí, nos miraba, sin poder contener las lágrimas.

Acabé de desnudar al recién nacido: su cuerpecito estaba aún rojo y su cabecita se doblaba bajo el peso del gran sueño de los siglos.

Lo levantó a la altura de mis ojos y al ver sus piernecitas redondas y formando rosquillas, sus piecitos encogidos, su ancho pecho y sus caderitas carnosas, hubiera yo querido bailar como David delante, del Arca y cantar como él:

«Aleluya.

Alabad, siervos del Jehová.

Alabad el nombre de Jehová.

Sea el nombre de Jehová bendito.  
Desde ahora y para siempre.  
Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone,  
Sea alabado el nombre de Jehová.  
Alto sobre, todas las naciones es Jehová:  
Sobre los cielos su gloria.  
¿Quién como Jehová, nuestro Dios,  
Que ha enaltecido su habitación,  
Que se humilla a mirar  
En el cielo y en la tierra?  
El levanta del polvo al pobre,  
Y al menesteroso alza del estiércol,  
Para hacerlos sentar con los príncipes,  
Con los príncipes de su pueblo.  
El hace habitar en familia a la estéril,  
Goza en ser madre de hijos.  
Aleluya»

Sí, hubiera querido cantar este salmo, pero la emoción sólo me permitió decir:

–Es hermoso y está sano; vivirá muchos años. Será la bendición de nuestra estirpe, y la alegría de nuestra vejez.

Y los bendije a todos.

Lo devolví luego a su madre para que lo envolviera en los pañales, y tomé en mis brazos al otro pequeñuelo, que dormía en su cuna.

Permanecimos allí largo rato, contemplando arrobados a las dos criaturitas. En la calle oíanse el ruido ocasionado por el incesante, pasar de caballos los gritos de los soldados y el chirriar de los carros; en el interior de aquel aposento, por el contrario, todo era calma y felicidad; la madre amamantaba a su hijito.

¡Ah, Federico! estas cosas, ya tan remotas, las tengo todavía ante mis ojos, como si las viera por vez primera: mi corazón late aún precipitadamente, cuando las recuerdo, y doy gracias a Dios por sus mercedes.

Sí, le doy gracias y le bendigo, porque me ha dejado ver hasta mi tercera generación, y espero que prolongará, mi existencia para que pueda conocer a la cuarta. ¡Hágase su santa voluntad!

Hubiera querido hablar de lo que me había sucedido en, la fonda del Sol, pero ante mi alegría todo lo demás eran miserias; y hasta que salí de la habitación, dejando dormida a Zeffen, y en la sala contigua tomaba una corteza de pan y un vaso de vino, no referí, el caso a Bruch, que se quedó sorprendido.

-Escucha hijo mío -le dije, -el mariscal, me preguntó si estábamos dispuestos a defendernos, lo cual significa que los aliados persiguen a nuestros ejércitos, que éstos se baten en retirada y que nada puede impedir a aquellos que entren en Francia. Así, pues, una

gran desventura amenaza nuestra dicha. Creo que los aliados querrán de-volvernos todo el mal que les hemos hecho en diez años... ¡Dios quie-ra que me equivoque!

Dicho esto, nos retiramos a descansar.

Eran más de las once de la noche y en la calle continuaba el rui-do.

## II

Al día siguiente, muy temprano, después de desayunarme tomé mi bastón para regresar a Falsburgo. Zeffen y Baruch quisieron rete-nerme pero yo les dije:

-Os olvidáis de que la madre me espera. La pobre no estará tran-quila hasta que me vea de vuelta; por consiguiente, es preciso que parta, para calmar sus inquietudes.

Zeffen no insistió y me llenó los bolsillos de manzanas y nueces para su hermanito Safel. Les abracé de nuevo, lo mismo a los peque-ñuelos que, a los grandes, y Baruch me acompañó hasta la bifurcación de los caminos de Sehlittenbach y Lutzelburgo, donde nos separamos.

Todos los soldados habían partido, va y sólo quedaban los reza-gados y los heridos; a lo lejos se veían, empero, los carros formando largas filas.

La sola idea de tener que, pasar por allí me llenaba de zozobra.

Estreché por última vez la mano de mi yerno, y después de prometerle que mi mujer asistiría conmigo a la circuncisión de su nietecito, tomó el sendero del valle a lo largo del Zorn, a través del bosque.

Aquel sendero estaba cubierto de hojas secas, y durante dos llo-ras caminé sobre ellas pensando en lo que me había ocurrido en la fonda del Sol, en Zimmer y el mariscal Víctor - a quien me parecía estar viendo aún con su elevada estatura sus anchos hombros y su uniforme cubierto de bordados. -Luego dirigí mis pensamientos al cuarto de Zeffen, a los pequeñuelos y a sus padres, y sentía escalofríos ante la idea de que el ejército enemigo avanzaba a marchas forzadas contra nosotros.

De vez en cuando me detenía para contemplar aquel inmenso valle cubierto de encinas, de pillos y de hayas, y me decía:

-¡Quién sabe si los prusianos, los austriacos y los rusos pasarán por aquí dentro de poco!

Pero me consolaba repitiéndome:

-Moisés, tus hijos Itzig y Fromel están en América lejos del al-cance de los cañones y sin que les amenace ningún peligro. Tu hija Zeffen puede dormir tranquila: Baruch tiene ya dos hijos y cada año, aumentará su prole hasta que termine la guerra; venderá, cueros para hacer mochilas y zapatos para los soldados, pero él no se moverá de su casa.

Me reía al pensar que ya era demasiado viejo para temer a las quintas y al servicio de las armas, pues no era fácil que los reclutado-res reparasen siquiera en un hombre de barba blanca, y cabellos gri-ses.

Sí, me reía y gozaba viendo que siempre había obrado con suma prudencia y que, el Señor me allanaba el camino de la vida.

Se experimenta una viva satisfacción, Federico, cuando todo sale a medida de nuestros deseos.

Embargado por estos pensamientos llegué tranquilamente a Lut-zelburgo y entré en casa de Bretel, dueño de la posada de la *Cigüeña* para tomar una taza de café negro.

Allí me encontré con Bernard, vendedor de jabón, a quien tú no has tenido ocasión de conocer. Era un hombrecillo enteramente, calvo, con la cabeza llena de lobanillos. Estaba en compañía de Donadiou, guardabosque jurado de Helberg, sentados ambos ante una mesa. Habían arrimado a la pared el uno su banasta y el otro su carabina, y vaciaban una botella ayudados por Bretel.

-¡Hola Moisés! -gritó Bernard al verme; -¿de dónde diablos sales tan de mañana?

Entonces los cristianos tenían por costumbre tutear a los judíos, lo mismo a los muchachos que a los viejos.

Respondí secamente que venía de Saverne.

-¿Has visto a los heridos? -preguntóme el guardabosque; -vamos a ver, ¿qué piensas de esto?

-Qué es un espectáculo horroroso.

-Y, entretanto -añadió Donadiou, -todo el mundo está, allí. He oído decir que la anciana Gredel de Cuatro Vientos, ha encontrado moribundo en uno de los carros a su sobrino José Bartha el aprendiz de relojero, que trabajaba todavía el año pasado en casa; de Goulden.

Los de Dagsbeg, de la Houpe, y Garbourg, creen también poder sacar a sus hijos o hermanos de entre los montones de cadáveres.

Al decir esto, el guardabosque se encogió de hombros con aire de lástima..

-Todo eso es en verdad, muy triste -replicó Bretel; -mas al fin, era cosa que había de suceder. Hace dos años que el comercio, está paralizado. Yo tengo en el almacén por valor de tres mil libras en buenas maderas de construcción. En otros tiempos, mi mercancía no me hubiera durado dos meses: hoy se me pudre toda y no podré sacar provecho de ella. Nada se vende en la Sarre ni en la Alsacia: nadie compra ni por valor de un liard. En la posada sucede lo mismo: cada cual permanece en su casa dándose por muy satisfecho: sí tiene pata-tas que comer y agua fresca para apagar la sed. Mientras tanto, mi vino y mi cerveza se agrian en la bodega lo que no impide que tenga que pagar el impuesto, sino quiero que me embarguen todo lo que poseo.

-¡Bah! -exclamó Bernard: -En todas partes cuecen habas. ¿Qué le importa al Emperador que uno venda o deje de vender sus maderas y sus barras de jabón, con tal que: el producto de las contribuciones en-tre puntualmente, en sus cajas y que se apronte el número de soldados que, pide?

Donadiou se dio cuenta de que su camarada había bebido un va-sito de más, y levantándose bruscamente tomó su carabina y salió de la posada diciendo:

-¡Buenos días, compañeros, buenos días! Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

Algunos instantes después, habiendo pagado mi taza de café, imitó al guardabosque.

Yo era de la misma opinión que Bretel y Bernard: Mi comercio de hierro y trapos viejos no marchaba muy bien; así es que, mientras subía la cuesta que conduce a las Barracas, me decía:

-Es preciso, Moisés, que busques otro modo de ganarte la vida.

Todo está, suspendido y no es prudente que se coma uno, su capital hasta el último liard. Forzoso es husmear... buscar algún artículo que se venda siempre... Mas, ¿qué especulación emprenderá? Todas las industrias ofrecen beneficios durante algún tiempo, y después quedan paralizadas.

Razonando así había dejado, atrás el Bosque de las Encinas. Ha-llábame justamente, en una altura desde la cual se descubrían los gla-cis, la línea de murallas y los bastiones de Falsburgo, cuando el estampido del cañón me advirtió que el mariscal Víctor salía en aquel instante de la plaza. Al mismo tiempo vi a lo lejos, a mi izquierda hacia la parte de Mittelbron, una fila de bayonetas que centelleaban a los rayos del sol entre los álamos del camino real. Los árboles, despo-jados de sus hojas, permitían distinguir el coche y los postillones que, corrían como el viento, en medio de los plumeros y las gorras de pelo de los jinetes de la escolta.

Los cañonazos se sucedían de segundo en segundo sin interrup-ción.

El eco de las montañas repetía golpe a golpe los disparos, hasta perderse en el fondo de los vecinos bosques, y yo, que había hablado horas antes con aquel hombre, creía que me despertaba de un sueño.

Al dar las diez de la mañana llegué a la puerta de Francia. El úl-timo cañonazo resonaba todavía en el baluarte del Polvorín. Los ha-bitantes de la ciudad, vestidos en traje dominguero, bajaban alborozados de las murallas: ellos no sabían nada ni sospechaban nada:

los gritos de *¡viva el Emperador!* se elevaban al cielo desde todas las calles.

Sumamente contento de poder llevar a mi esposa una buena noti-cia, atravesaba por entre la multitud murmurando: «¡Alégrate, mujer!

¡Nuestro nieto está bueno y promete muchos años de vida!», cuando al doblar la esquina del Mercado, vi a Sara a la puerta de casa; sin duda me esperaba. Levanté mi bastón con un ademán de júbilo, como para decirle:

Baruch está salvado! ¡Nos podemos reír del mundo!

Ella me entendió y metióse al instante en el portal; pero yo la.

alcancé al subir la escalera y exclamé abrazándola:

-Es un robusto niño; redondo, colorado... ¡Qué criatura Sara qué criatura! Y Zeffen va muy bien. Baruch me ha encargado que te dé un abrazo de su parte. ¿Dónde está, Safel?

-En el Mercado, cuidando del puesto.

-¡Ah, muy bien!

Y entramos en nuestra habitación donde tomó asiento y empecé enseguida a celebrar la belleza y robustez de mi nieto.

Sara me escuchaba, radiante de alegría; tenía fijos en mí sus grandes ojos negros, y enjugaba de cuando en cuando el sudor que bañaba mi frente a causa de la fatiga del viaje.

Safel llegó en aquel momento. No había tenido yo tiempo de volver la cabeza para mirarle cuando ya le tenía sobre mis rodillas registrándome los vestidos. El pícaro sabía perfectamente, que su hermana Zeffen no le olvidaba nunca y hasta Sara quiso comerse una manzana.

¡Ah, Federico! Cuando recuerdo estas cosas, creo que me rejuvenezco; no acabaría nunca si hubiera de contarte todas las emociones que experimenté aquel día.

Era un sábado: nuestra *schabbés-goie*<sup>1</sup> debía venir después de mediodía. Esperando su llegada nos pusimos a comer, y entretanto referí a Sara mi encuentro con Zimmer y la entrevista que, había tenido con el duque de Bellune. Mi esposa por su parte, me hizo saber que el mariscal había inspeccionado a caballo las fortificaciones de la ciudad, y que, al bajar por la calle del Colegio, dijo, a los oficiales de Estado Mayor que le acompañaban, que la plaza resistiría muy bien diez y ocho días de sitio formal, si la ponían al punto en estado de defensa.

Esto me hizo recordar su pregunta acerca de si estábamos dispuestos a defendernos.

-¡Este hombre está, seguro de que los enemigos se acercan!

-exclamó involuntariamente. -Cuando quiere, guarnecer la muralla de cañones, es porque sabe, que habrán de servir. No es de suponer que se hagan tantos preparativos inútilmente. Ahora bien: si se presenta el enemigo, cerrarán las puertas, declararán la población en estado de sitio, y... ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de nuestro comercio? Los campesinos no podrán salir ni entrar, y no sé de qué vamos a vivir.

-Esas cosas, Moisés, las tenía yo previstas -respondió Sara; -el hierro, los zapatos y los vestidos viejos no se venden más que a los campesinos de los alrededores. Es preciso comprender otro negocio, traficar en alguna cosa de que los burgueses, los militares y los obreros tengan absoluta necesidad. Eso es lo que debemos hacer.

Yo la contemplaba admirado, sin atreverme a interrumpirla. Safel, apoyado de codos sobre la mesa escuchaba también.

-No está mal pensado, Sara -le contesté pero, ¿cuál es esa cosa que los obreros, los soldados y los burgueses tienen necesidad de comprar?

-Escucha -me replicó: -si se cierran las puertas, no podrán los aldeanos surtir el mercado de manteca pescada, huevos y hortalizas.

Será preciso alimentarse con carnes saladas, harinas y legumbres secas.

Los que hayan hecho acopio de estos artículos podrán revenderlos al precio que quieran, y se enriquecerán sin duda alguna.

Tanta previsión me dejaba atónito.

-¡Ah, Sara! -exclamé. -Desde hace, treinta años te has consagrado a mi dicha me has colmado de cuantas satisfacciones puede apetecer el hombre. «La buena esposa es un

---

<sup>1</sup> Mujer del pueblo, no israelita que en las casas de los judíos hace la limpieza y otras tareas domésticas prohibidas el sábado por la ley de Moisés.

diamante de aguas puras y sin manchas. La mujer hacendosa es un tesoro inestimable para su mari-do» Esto me he repetido cien veces pensando en ti pero, hoy que co-nozco cuanto vales, te amo más que nunca.

Cuanto más meditaba el proyecto de mi mujer, más me conven-cía de que era acertadísimo; sin embargo, le repliqué:

--Sara, ya sabes que la carne salada la harina y los demás víveres que se conservan fácilmente no han de faltar a los soldados, pues los jefes han hecho acopio de ellos y están abarrotados los almacenes. Lo que sí estoy seguro que llegará a faltar, es el aguardiente, tan neces-a-rio a los hombres para degollarse unos a otros en los campos de bata-lla...

Me parece que no haríamos mal negocio si llenásemos nuestra bodega. Nadie más que nosotros lo tendría y lo podríamos vender al precio que nos viniese en gana.. ¿Qué te parece este plan?

-Excelente, Moisés. Lo apruebo sin reservas.

-En ese caso, voy a escribir pidiendo una docena de toneles. Em-plearemos todo, nuestro dinero en: alcohol, al cual añadiremos, cierta cantidad de agua en proporción a lo que cada uno quiera pagar. De este modo los portes costarán mucho menos que si hiciéramos traer el aguardiente ya preparado, pues no tendremos necesidad de abonar la conducción del agua, que tenemos aquí en abundancia.

-¡Muy bien, Moisés, muy bien! -exclamó, entusiasmada Sara.

-Tú no hablarás a nadie de esto -dije a Safel, para asegurarme de su discreción.

-No hay necesidad de recomendarle el silencio -replicó mi espo-sa.

-Safel se guarda muy bien de referir lo que aquí decimos, mucho más sabiendo que si dice una palabra puede malograr nuestro negocio.

Sara tenía razón. El muchacho, que no carecía de talento, se de-cía a sí mismo:

-¡Mi padre me ha tomado, por un imbécil!

Esta idea le humillaba. Muchos años después él me lo confesó, y yo reconocí mi error.

La prudencia de los niños no debe despreciarse; al contrario, de-ben estimularles sus padres a ser reservados.

### III

Aquel mismo día escribí a Pezenas, ciudad del Mediodía, rica> en lanas, vinos y aguardientes. Los precios de estos últimos sirven de regla en todos los mercados de Europa.

Un buen comerciante debía saber esto, y yo no lo ignoraba por la costumbre que tenía de leer los periódicos todas las mañanas. Pedí, pues, al señor Quataya, cosechero de Pezenas, doce pipas de alcohol, cuyo valor, comprendidos los gastos de transporte, se elevaba a unos doce mil francos, puestas en mi domicilio.

Como desde un año atrás el comercio de hierro no producía gran cosa, di la mejor salida que pude a mis mercancías, sin decidirme a hacer nuevos pedidos. En cuanto al pago de los doce mil francos, no me preocupaba: solamente que, como dicha suma constituía la mitad

de mi fortuna, puedes calcular, Federico, si necesitaría armarme de valor para arriesgar de un solo golpe lo que ganara en quince años de trabajo y economías.

Entretanto, mi carta había marchado a su destino. Después me arrepentí y hubiera dado cualquier cosa por poder retirarla; pero ya era tarde. No quedándome más remedio que conformarme tomé el partido de echarlo todo a broma, diciendo a Sara cada vez que me hablaba del resultado de esta especulación:

-¡Todo irá bien, mujer! Ganaremos el doble triplicaremos el ca-pital.

Mi esposa, por su parte, procuraba engañarme aparentando una alegría que estaba bien lejos de experimentar. Durante las seis sema-nas que transcurrieron desde que escribí la carta hasta que recibí la aceptación de mi pedido, la factura y el alcohol, me pasaba la mitad de las noches en vela y diciéndome:

-¡Moisés ya no tienes nada estás arruinado para siempre!

Frío sudor bañaba mi cuerpo. No obstante, si alguno hubiera ve-nido a decirme: «Tranquilízate, Moisés, yo haré por ti ese negocio», habría rechazado la proposición, pues tenía tanta envidia de que otro ganara como miedo de perder mi dinero. En esto, a mi entender, se reconoce a los verdaderos negociantes y a los hombres decididos que, acometen alguna empresa por su cuenta: los demás no son más que máquinas de expender tabaco o copitas de licor. Toda la gloria es para los primeros. Por eso al hablar de Austerlitz, de Marengo y de Wa-gram, nadie se acuerda de Juan Claudio o de Juan Nicolás; sólo se aclama a Napoleón: él fue quien lo arriesgó todo; los que combatían a sus órdenes solamente Jugaban el pellejo.

No digo estas cosas porque quiera compararme a Napoleón, pero el hecho de decidirme a comprar aquellas doce pipas de espíritu de vino, era mi verdadera batalla de Austerlitz.

¡Cuando recuerdo que al volver a París el Emperador había pedi-do cuatrocientos millones y *seiscientos mil hombres* -lo que, había sido causa de que, conociendo todo el mundo que estábamos amena-zados de una invasión, se apresurase cada cual a hacer dinero, vendiendo a cualquier precio sus géneros, en tanto que compraba yo, sin dejarme arrastrar por el ejemplo de los asustadizos; -cuando recuerdo esto, amigo Federico, no puedo menos de sentirme orgulloso de mi valor.

En medio de tanta inquietud, llegó el día prefijado para la cir-cuncisión del pequeño Esdras. Zeffen estaba ya restablecida y Baruch me había escrito anunciándome que, para evitarnos molestias, ven-drían ellos a Falsburgo donde se verificaría la ceremonia.

Inmediatamente, ocupóse Sara en los preparativos del festín, que, debía ser espléndido, tanto, que figuraban en él el *bie-kougel*, el *ha-man*, el *schlach-moness* y otras golosinas.

Por mi parte hice probar el mejor vino de mi bodega al viejo *re-bbe* <sup>2</sup> Heymann, convidando de paso a algunos amigos, entre los cuales se contaba Leiser de Mittelbron y su esposa, Bouné, Senterlé, Hirsch y el profesor Burguet.

Este último individuo no era judío, pero merecía serlo por su be-llísimo carácter y extraordinario talento.

---

<sup>2</sup> Rabino.

Cuando había precisión de dirigir un discurso al Emperador a su paso por la ciudad, era; Burguet quien lo improvisaba; cuando se necesitaban canciones para una fiesta nacional, Burguet las componía en un abrir y cerrar de ojos; cuando un estudiante no acertaba a desarrollar su tesis, iba al momento a casa de Burguet, quien arreglaba el asunto, ya fuese en francés, o en latín; si se trataba de hacer derramar lágrimas a los padres de los alumnos en la distribución de premios, a nadie más que a Burguet se elegía para el caso. Era de ver entonces la indiferencia con que tomaba algunas hojas de papel y escribía en diez minutos un discurso que otros no hubieran redactado en diez años. En fin, cuando había que elevar algún memorial al Emperador o una súplica al prefecto, Burguet lo hacía; y cuando Burguet se tomaba el trabajo de defender a un desertor ante el Consejo de guerra, el acusado, en vez de recibir cuatro tiros en el bastión de la puerta de Francia, era inmediatamente puesto en libertad.

Hay que advertir, empero, que después de haber llevado acabo alguna de estas Dobles acciones, volvía Burguet muy tranquilo a su casa o bien iba a jugar su acostumbrada partida de malilla con el bri-bón de Salmel<sup>3</sup>, que siempre le ganaba. Ahora bien, Federico, ¿creerás que cuando no le necesitaban, nadie hacía caso de él ni se acordaban de Burguet para nada?

Algunas veces he pensado que Burguet despreciaba soberana-mente a muchos de aquellos imbéciles ante quienes se quitaba el som-brero.

Al ver a ciertos necios que se dan importancia porque desempeñan los cargos de guardas jurados o secretarios de la alcaldía debía reírse ese hombre que estaba adornado de tan bellas cualidades.

Nunca en verdad, me había dicho una palabra sobre esto, pues tenía demasiada experiencia del mundo para hacer semejantes confesiones.

Por lo que hace a sus prendas personales, Burguet era un antiguo cura constitucional, de elevada talla figura simpática y voz sonora y agradable. Aun antes de oírle hablar, ya se sentía uno subyugado por él. Desgraciadamente no velaba por sus intereses y se dejaba robar por el primer bribón que le salía al paso.

Cuántas veces le dije:

-¡Burguet, en nombre del Cielo, no juegue usted con ladrones!, ¡Burguet, no permita que esos tunantes le despojen! Confíeme sus fondos. Cuando algún tuno quiera desvalijarme yo estaré allí, apuntaré los tantos y le daré cuenta de todo, hasta del último sueldo.

Eran inútiles tales exhortaciones: Burguet no pensaba en el por-venir, y nada en el mundo podía hacerle salir de su apatía.

Decía, pues, que yo había convidado a mis mejores amigos, para el día 24 de noviembre, a las nueve de la mañana. Ni uno solo dejó de acudir a la cita.

Zeffen, Baruch y sus dos hijos, en compañía del padrino y de la madrina llegaron muy temprano en un carruaje.

---

<sup>3</sup> Salomón.

Al dar las once verificóse la ceremonia en nuestra sinagoga y to-dos regresamos a casa poseídos de la más viva satisfacción, porque el circuncidado apenas dejó escapar un ligero grito, lo -cual se tiene en-tre nosotros como un excelente augurio.

Sentado en torno de una gran mesa adornada con flores y cu-bierta de delicados manjares, empezamos a celebrar este fausto día.

El viejo, *rebbe* Heymann, Leiser y Burguet, estaban colocados a mi derecha; Safel, Hirsch y Baruch, a mi izquierda y las mujeres Sara Zeffen, Jetelé y Bouné enfrente de nosotros, según el mandato del Se-ñor, cuya voluntad es que los dos sexos se hallen separados, en los festines.

Entre los comensales sobresalía Burguet quien, con su corbata blanca su levita color de café y su camisa de chorreras honraba la reu-nión.

Hablaba en voz alta y con ademanes llenos de nobleza como un hombre de talento. Discurría sabiamente sobre las antiguas costum- bres de nuestra nación, sobre las ceremonias religiosas, del pueblo hebreo, sobre el *Paecach*<sup>4</sup>, el *Rosch haschnach*<sup>5</sup>, el *Kippour*<sup>6</sup> expre-sándose como un verdadero *ied*<sup>7</sup>, encontrando muy bella la religión de Israel y elogiando el genio de Moisés. Para dar una idea de sus cono-cimientos, basta decir que poseía el *lochenekoidech*<sup>8</sup> como un verda-dero *bal-kebolé*<sup>9</sup>.

Al escucharle mis amigos de Saverne acercaban la boca al oído de sus vecinos, preguntando, en voz baja:

-¿Quién es este hombre que, habla con tanta autoridad, que dice cosas tan buenas? ¿Es acaso un *rebbe*, un *schames*<sup>10</sup> o bien es el *par-ness*<sup>11</sup> de vuestra comunidad?

Y como les respondieran que no era de los nuestros, aquellas buenas gentes quedaban asombradas.

Solamente el venerable Heymann habría podido sostener con él una discusión, pero estaban de acuerdo sobre todos los puntos, cual sucede a dos sabios que hablan de asuntos conocidos y que respetan mutuamente su ciencia.

En tanto nuestro pequeño Esdras descansaba en el lecho de la abuela con sueño tan profundo que ni las carcajadas, ni los discursos, ni el choque de los vasos eran bastantes a despertarle. De vez en cuando se acercaba a la cama uno con otro de los convidados, y después de examinarle un momento, volvía a sentarse exclamando:

-¡Hermoso niño Es el vivo retrato de Moisés!

Como es natural, esto me envanecía o iba también a contem-plarle, encontrando que, más que a mí, se parecía a mi padre.

---

<sup>4</sup> Fiestas de Pascua.

<sup>5</sup> Año nuevo.

<sup>6</sup> Día de las expiaciones.

<sup>7</sup> Judía.

<sup>8</sup> Idioma caldeo.

<sup>9</sup> Doctor en cábala

<sup>10</sup> Especie de pertiguero, en las sinagogas.

<sup>11</sup> Jefe de una comunidad israelita.

El banquete, iba tocando a su término. A las tres de la tarde se sirvieron los postres, y para obsequiar a los convidados, bajé a la bodega a buscar una botella de añejo Rosellón, que desenterré de entre sus compañeras, toda cubierta de polvo y telarañas. Sin limpiarla siquiera volví a la sala y la deposité entre las flores que adornaban la mesa diciendo a mis amigos:

-Ya que han encontrado ustedes excelente el otro vino, a ver qué les parece este.

Tal s palabras hicieron sonreír a Burguet pues el vino viejo era su delicia y extendiendo los brazos exclamó, con aire inspirado:

-¡Oh generoso licor! ¡Tú eres el reparador... el bienhechor de los pobres humanos en este valle de lágrimas! ¡Oh venerable botella, que ostentas todavía las señales de una noble antigüedad, yo te saludo!

Y como al decir esto tuviese la boca llena excitó la hilaridad de los circunstantes.

Yo mandé a mi mujer por el sacacorchos para destapar la botella y no había hecho Sara más que levantarse para ejecutar esta orden, cuando resonó debajo de nuestras ventanas un toque de corneta.

Instantáneamente abandonamos nuestros asientos, preguntándo-nos unos a otros:

-¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

Al mismo tiempo dejóse oír en la calle el gafeo de muchos ca-ballos, que hacían retemblar la tierra y las casas bajo sus herrados cascos.

Desde las ventanas adonde todos nos habíamos asomado, vimos desfilar una porción de soldados de artillería con sus grandes chacós forrados de hule y los uniformes cubiertos de polvo, que avanzaban a escape por el lado de la puerta de Francia conduciendo cuatro furgones llenos de balas granadas y herramientas, para practicar minas, y abrir fosos.

Considera, Federico, cuáles serían mis pensamientos en aquel instante.

-¡He aquí la guerra amigos míos -exclamó Burguet, -la guerra que se acerca a pasos de gigante! Nos ha llegado, el turno de sopor-tarla, después de veinte años de tranquilidad.

Apoyado en el alféizar de la ventana, permanecía largo rato abismado en tristes reflexiones.

-Puesto que envían a esos para poner a la plaza en estado de de-fensa -me decía interiormente, -es indudable que, el enemigo no ha de tardar en presentarse. ¿Qué será de mí y de mi pobre familia si los aliados nos cercan antes de que hayamos podido recibir los aguar-dientes?

¿Cuál será nuestro porvenir si los rusos o los austriacos de-tienen los carros en que los conducen y los entran a saco? Me veré obligado a pagar y quedaré en la miseria.

Ante esta aterradora idea debí palidecer horriblemente. Sara me contemplaba en silencio; sin duda la atormentaban los mismos pen-samientos, pero no osaba despegar los labios.

Cual si una fuerza superior nos retuviese allí, presenciemos in-móviles el desfile de la tropa.

La Calle estaba llena de gente. Algunos antiguos soldados tales como Desmarets, el Egipcio; Paradís, el artillero; Faisard, el zapador del Beresina y otros camaradas suyos,

gritaban con todas las fuerzas de sus pulmones: «¡Viva el Emperador!» Los chiquillos iban detrás de los furgones, gritando también: «¡Viva el Emperador!»; pero la mayoría de los espectadores parecían del todo indiferentes a estas aclamaciones.

Cuando el último furgón dobló la esquina de la calle Fouquet, la multitud fue retirándose poco a poco. Mis amigos también volvieron a la sala sin ganas, al parecer, de continuar la fiesta.

Burguet se acercó a mí, y observándome atentamente, me dijo:

-¿Se siente usted enfermo? ¿Qué le pasa Moisés?

-Estoy pensando -le contesté -en los males que van a caer sobre, esta desgraciada ciudad.

-¡Bah! Está usted tranquilo, amigo mío -replicó en voz alta; -le aseguro que será enérgica la resistencia y, sobre todo, ¡sea lo que Dios quiera! Lo que no se puede evitar hay que soportarlo con paciencia.

Así, pues, resignación y volvamos a sentarnos a la mesa, a ver si el vino de usted nos alegra el corazón.

Los convidados ocuparon de nuevo sus asientos, y yo me di prisa a destapar la botella. La alegría renació entre mis huéspedes.

Burguet se levantó de pronto con el vaso en la mano, exclamando:

-¡A la salud del pequeño Esdras! ¡Que el Eterno extienda sobre él su poderosa diestra!

Todos correspondieron a este brindis diciendo:

-¡Dios quiera que este niño viva muchos años para ser la alegría de su excelente abuelo Moisés y de su buena abuela Sara! ¡A su salud!

Después de formar mil votos por mi felicidad, acabaron por votar al Emperador, asegurando que no tardaría en venir a auxiliarnos, luego que exterminase a nuestros enemigos de la otra orilla del Rin.

Esto no obstante, cuando a la caída de la tarde fue preciso separarnos la mayor parte de los convidados me parecían tristes y cavilosos.

El propio Burguet, estrechándome la mano al pie de la escalera dijo con abatimiento:

-Será preciso cerrar el colegio. Enviaré mis alumnos a sus padres, y me quedará aquí sin saber en qué ocuparme.

Mis amigos de Saverne, en compañía de Zeffen, Baruch y sus hijos subieron al carruaje que los había traído, y emprendieron la marcha cariacontecidos y silenciosos, sin que resonase el alegre chasquido del látigo ni las voces de los conductores.

#### IV

Todo esto, amigo Federico, no era más que el preludio de las grandes desdichas que nos amenazaban y que pudieron fácilmente preverse al día siguiente, cuando corrió el rumor de que, los oficiales de ingenieros, después de examinar las fortificaciones, habían mandado construir setenta y dos plataformas en el interior de los bastiones, tres blockaus a prueba de bomba para treinta hombres cada uno, a ambos lados de la puerta de Alemania, diez

empalizadas en forma de reducto, y cuatro blindajes en los ángulos de la gran plan de la Alca-  
lía donde pudieran guarecerse quinientos defensores de la ciudad.

Además de esto, se decía también que, los vecinos estaban obligados a trabajar en las obras de defensa, proporcionando las palas picos y ca-  
rretillas que fuesen necesarios, y que los aldeanos de las inmediacio-  
nes habían de acarrear con sus propios caballos, troncos de árboles y otros materiales indispensables.

Sara Safel y yo no teníamos la más ligera idea de lo que era un blindaje, ni mucho menos una empalizada. Deseando averiguar para qué servía aquello, dirigíme al viejo armero Bailly, nuestro vecino, quien, riéndose de mi pregunta me respondió con malicia:

–Ya lo sabrá usted, amigo, cuando oiga silbar las balas y grana-  
das.

Ahora sería muy largo de explicar, aunque es cosa que, práctica-mente, se aprende en dos minutos.

Figúrate, cuán asustados quedaríamos al oír tales palabras.

Recuerdo que aquel día una gran multitud se encaminaba a la plaza, donde nuestro alcalde el barón Parmentier, debía pronunciar una alocución. Nosotros fuimos también allá, Sara se apoyaba en mi brazo; Safel venía agarrado al faldón de mi capote.

Llegado que hubimos a la puerta del Ayuntamiento, vimos una buena parte de los habitantes de Falsburgo, hombres, mujeres y niños formando, semicírculo y escuchando al, alcalde en, medio del más profundo silencio, tan sólo interrumpiendo por algunos fanáticos que gritaban:

«¡Viva el Emperador!» Enfrente del gentío, sobre las gradas que conducen al cuerpo de guardia, el barón Parmentier, un hombre alto, delgado, envuelto en un inmenso frac azul, con corbata blanca y la faja tricolor ceñida a la cintura, rodeado de los demás individuos del consejo municipal, voci-feraba:

–«Conciudadanos: ha sonado la hora de probar vuestra adhesión al Imperio. El año anterior toda Europa estaba a nuestro lado; hoy, toda Europa marcha contra nosotros. ¡Qué sería de Francia sin el arrojo, la pujanza y la energía de sus hijos! Aquel que en este trance no cumpla con su deber, será considerado como traidor a la Patria.

¡Habitantes de Falsburgo, mostrad lo que valéis! Acordaos de vuestros hijos y hermanos que han sucumbido, por la traición de los aliados:

¡vengadlos! Que todos obedezcan a la autoridad militar, para salvar a Francia» Nada más que de oír a aquel hombre, se me erizaron los cabellos porque, no pude menos de pensar:

–¡Mi aguardiente no llegará!.. ¡Es claro!.. el enemigo está ya en camino...

Elías, el carnicero, y Kalmes Levy, el mercader de ropas, se ha-llaban a mi lado. En lugar de gritar como los demás: «¡Viva el Empe-  
rador!», se decían uno a otro en voz baja:

–¡Bueno... bueno! ¿Qué nos importa eso? ¡Nosotros no somos no-  
bles!

Los barones, los condes y los duques deben defenderse a sí mis-mos.

¿Qué tenemos que ver con sus santos?

Por otra parte, los antiguos soldados, en particular cuatro o seis veteranos de la República, tales como el viejo Goulden, el relojero, Desmarets, el Egipcio, y otros varios que no tenían ya un pelo en la cabeza y ni siquiera dos dientes para sostener la pipa aplaudían al alcalde gritando entusiasmados:

-¡Viva Francia! ¡Es preciso defenderse hasta la muerte!

Como alguno de aquellos furiosos patriotas mirase de reojo al buen Kalmes Levy, acerqueme: disimuladamente a él, y le dije al oírlo:

-¡En nombre del Cielo, Kalmes, refrena la lengua! ¡Esos bribones van a hacerte pedazos!

Y era verdad, porque los alborotadores le dirigían furibundas, miradas con los ojos inyectados de sangre, los labios temblorosos de ira y los puños cerrados.

No poco asustado el pobre Kalmes se apresuró a salir de entre, el gentío y se encerró en su casa.

Elías, por el contrario, quiso oír el final de la arenga. Cuando ésta concluyó y la muchedumbre empezaba ya a retirarse lanzando su acostumbrado grito de: «¡Viva el Emperador!», cometió la imprudencia de interpelar al viejo relojero, diciendo:

-¡Cómo, señor Goulden, un hombre grave como usted, un excelente ciudadano, que nunca ha aceptado nada del Emperador, ayuda ahora a sostenerle, afirmando que es necesario defenderle hasta la muerte!... ¿Nos cuadra a nosotros, ancianos ya y padres de familia, convertirnos en soldados? ¿No hemos proporcionado cuantos hombres ha necesitado el Imperio durante diez años? ¿O es, que no ha hecho matar todavía bastantes? ¿Será preciso ahora darle nuestra sangre, a fin de que pueda sostener sus barones, sus condes y sus duques?

Goulden no le dejó terminar, y se volvió hacia él, contestándole indignado:

-Oye, Elías, piensa bien lo que dices, si tienes apego a la piel. No se trata ahora de saber quien tiene razón, ni quién se ha equivocado, sino únicamente de salvar a Francia. Por mi parte te advierto que si intentases desanimar a nuestros conciudadanos, lo habrás de sentir.

Ya estás avisado, y si quieres seguir un buen consejo, retírate al momento.

Varios veteranos rodearon con aire amenazador al pobre Elías, que se escabulló más que de prisa para salvarse de sus iras.

A partir de ese día los bandos, las requisiciones, la prestación personal y las visitas domiciliarias en busca de herramientas para los trabajos de defensa se sucedieron sin interrupción. Puede decirse que uno no era, nadie en su propia casa: los oficiales de ingenieros tenían autoridad sobre todo; ellos eran los verdaderos amos, mediante un recibo que os entregaban de lo que les antojaba llevarse de vuestra casa.

Una gran parte, de los útiles que tenía en mi almacén, estaba ya en las murallas. Afortunadamente había vendido de antemano gran cantidad de hierro, pues de otro modo me hubieran arruinado. Aquellos recibos no tenían valor alguno en los mercados.

De cuando en cuando nos dirigía el alcalde una arenga, mientras el gobernador militar de la plaza, un hombre rechoncho y granujiento, significaba su satisfacción a los vecinos como pudiera hacerlo con sus soldados, prodigando frases altisonantes a cambio de las mercancías de que se apropiaba.

Cuando me llegó el turno de empuñar la piqueta y tirar de la ca-rretilla arregló el asunto con Carabin el aserrador, quien no tuvo in-conveniente en ocupar mi puesto por treinta sueldos diarios que le ofrecí. ¡Ah, qué miseria! ¡No se verá jamás una época más calamitosa!

En tanto que el gobernador dirigía los trabajos, la gendarmería escoltaba a los campesinos. El camino de Lutzelburgo se veía cubierto de una interminable hilera de carros cargados de añosos robles y enci-nas, que se empleaban en la construcción de blockaus. Esta clase de parapetos no son otra cosa que grandes garitas formadas con troncos de árboles, apoyados unos contra otros en su parte más alta y rellenas, de tierra sus junturas, lo que los hace mucho más fuertes que una bó-veda de mampostería. Las bombas y granadas pueden llover sobre ellos sin conmoverlos según, tuve ocasión de comprobar repetidas veces durante, el asedio. Además, aquellos árboles servían para cons-truir empalizadas, por cuyas aspilleras disparaban los tiradores.

Aun me parece oír los gritos de los trabajadores, los relinchos de:

los caballos los chasquidos de los látigos y todo aquel estrépito que no cesaba de día ni de noche.

Mi único consuelo era pensar:

-Si llegasen ahora mis aguardientes, estarían bien defendidos; los señores austriacos, rusos y prusianos no vendrían a beberlo aquí den-tro.

Cada mañana esperaba Sara recibir carta anunciando el envío de las doce pipas de espíritu de vino.

Un sábado, al obscurecer, quisimos mi mujer y yo visitar las obras de defensa de los bastiones. Todo el mundo hablaba de ellas y el mismo Safel venía a decirme a cada momento:

-¡Los trabajos avanzan! Ahora están cargando las bombas y gra-nadas en el Arsenal. Han sacado muchos cañones, y los colocan en las murallas.

No encontrábamos medio de retener en casa a este muchacho.

Como, nada quedaba que vender en nuestras barracas del Mercado, dedicóse a recorrer la población para traernos noticias de lo que pasa-ba.

Habiendo sabido aquel día que estaban ya emplazadas cuarenta y dos piezas, en batería y que continuaban los trabajos en los baluartes del cuartel de infantería, dije, a Sara que se pusiera el chal y tomán-dola del brazo la conduje al bastión de la puerta de Francia donde al-gunos, cientos de trabajadores y soldados levantaban un terraplén en forma de triángulo, de treinta pies de alto sobre doscientos a lo menos de largo. Un oficial de ingenieros acababa de descubrir con ayuda de su anteojo, que desde la falda de una montaña vecina podían disparar sobre el baluarte, y he aquí por qué se trabajaba con tanto ahínco para colocar las piezas de artillería al debido nivel.

En todas partes se había hecho lo mismo. El interior de estos bastiones aparecía rodeado de un muro de siete pies de altura flan-queado de troneras por las cuales asomaban sus bocas los cañones, que podían avanzar o retroceder en todas direcciones mediante, una pa-lanca que se introducía en las anillas de la trasera de las cureñas.

Todavía no había tenido yo ocasión de oír el estampido de estas enormes piezas de a cuarenta y ocho; pero sólo al verlas en batería sobre sus plataformas, me formaba una idea completa de su terrible fuerza de destrucción.

Sara parecía encantada.

-¡Esto es hermoso! -exclamaba. -¡Está muy bien construido!

Tenía razón, pues el interior de los reductos parecía una sala; no había quedado ni una brizna del hierba y contra la pared se apilaban sacos llenos de tierra que servían de reparo a los cañones.

¡Pero cuánto trabajo inútil!.. ¡Cuando pienso que cada disparo de estos cañones cuesta un Luis de oro a la nación, no puedo menos de deplorar que se gasten los hombres tanto dinero para exterminarse los unos a los otros!

Los aldeanos empleados en aquellos trabajos se entregaban a ellos con más entusiasmo que si se tratara de la recolección de sus propias cosechas. Muchas veces he pensado que si los franceses des-plegasen tanta energía e inteligencia en las cosas de la paz, sería el pueblo más rico y venturoso del mundo. En pocos años habrían dejado atrás a sus rivales los ingleses y norteamericanos. Empero después que han cultivado, maravillosamente sus campos y hecho grandes ahorros; después que han abierto los caminos, levantado magníficos puentes y dotado al país de canales, y la riqueza y el bienestar parecen llegarles por todas partes, el genio de la guerra se apodera de ellos los lanza a los combates, y en tres o cuatro años les obliga a gastar todo su dinero en grandes armamentos, en cañones, en pólvora y en balas dejándoles más miserables que antes. Después de todo esto algunos soldados de fortuna llegan a ser sus dueños sus tiranos, y los tratan como a esclavos.

Tal es el provecho.

En medio de semejantes preparativos las noticias de Maguncia, de Estrasburgo y de París llegaban a docenas. No podía uno asomarse a la puerta de casa sin ver un correo que cruzaba la calle a galope.

Todos iban a detenerse ante, la casa de Bockholtz, cerca de la puerta de Alemania donde residía el gobernador. No había tenido tiempo el mensajero de echar pie, a tierra y subir a entregar los pliegos de que era portador, cuando ya se esparcía el rumor de que los aliados se concentraban en Francfort; que nuestras tropas guardaban las isletas del Rhin; que los soldados del 1813 a 1814 habían sido llamados a filas; que los reclutas de 1815 estaban destinados a formar cuerpos de reserva en Metz, Burdeos y Turín, y que los diputados de la nación trataban de reunirse a pesar de que el Emperador acababa de darles con las puertas del Parlamento en las narices, etc., etc.

Además de lo dicho, solían también llegar de cuando en cuando algunos contrabandistas del Graufthel, de Pirmasens, de Kaiserslautern y otras poblaciones vecinas, con Frantz-Sepel, el manco, a su cabeza que repartían en secreto miles de proclamas de Alejandro, de Francisco José y de Federico Guillermo, en las cuales aseguraban éstos monarcas, que ellos no hacían la guerra a Francia sino a su Emperador, para impedir que desolase por mis tiempos a Europa. Hablaban también los soberanos aliados no solamente, de la abolición de los derechos reunidos, sino de toda clase de impuestos. Los que leían estas alocuciones no sabían qué pensar.

Al fin llegó el día en que pudimos conocer nuestra verdadera situación.

Era el 8 o el 9 de diciembre. Acababa yo de levantarme y me vestía despacio, cuando, oí el redoble de un tambor en la esquina de la calle Mayor.

No obstante el mucho, frío que se sentía aquel día, abrí inmediatamente la ventana con objeto de averiguar lo que pasaba. El alcalde Parmentier tenía un papel en la mano, el hijo de Egelheider proseguía sus redobles y la gente se iba reuniendo. Parmentier leyó, al fin, el documento en que se decía que el gobernador de la plaza mandaba a los habitantes que se presentaran en el Ayuntamiento, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde para recibir cada uno un fusil y cartucheras, so pena de entregar al Consejo de guerra a los que no obedeciesen esta orden.

¡Sólo esto nos faltaba! Todos los hombres que podían sostener las armas estaban ya en campaña; únicamente quedaban los viejos y achacosos, y a éstos era a quienes se encargaba ahora la defensa de las plazas fuertes. Los pacíficos vecinos, acostumbrados a vivir tranquilamente en el seno de sus familias atendiendo a sus negocios, tenían que subir a las murallas a riesgo cada día de perder la vida.

Sara me miraba en silencio, y la indignación me impedía despegar los labios.

Quando hube acabado de vestirme dije, a mi esposa con aparente calma:

-Prepara el desayuno mientras voy a la alcaldía a tomar mi fusil y mi cartuchera.

-¡Ah, Moisés! -exclamó ella, -¿quién había de pensar que te obligarían a batirte en edad tan avanzada? ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

-Es la voluntad del Eterno -respondí.

Y abandonó la estancia dejando a mi mujer deshecha en llanto.

Safel me siguió.

Llegado que hube a la Municipalidad, tropecé con Burguet, que, llevaba ya su fusil, y al verme se echó a reír.

-¡Hola amigo Moisés! -me dijo, -ya estamos convertidos en otros Macabeos, a nuestra vejez.

Su jovialidad me infundió algún valor.

-¿Será posible -querido Burguet -exclamé, que nos obliguen a nosotros, hombres viejos y padres de familia a ir a hacernos matar sobre las murallas? No puedo comprenderlo. ¡Esto carece, de sentido común!

-¡Qué le hemos de hacer! A falta de pan, buenas son tortas.

Pero como el chiste no me hiciese reír, añadió Burguet:

-Vamos, vamos, Moisés, todo esto no es más que mera formalidad.

Afortunadamente, tenemos bastantes tropas para el servicio activo de la plaza. Nosotros no haremos otra cosa que montar las guardias del interior de la población. Si es necesario hacer una salida o rechazar asaltos, esté usted seguro que no le elegirán para llevar a cabo tales empresas. ¡Qué diablos! No está usted en edad de correr por esos campos para dar una carga a la bayoneta. Tiene usted la barba blanca y la cabeza calva: ¡vaya, tranquilícese!

-Sí, sí, es verdad, querido Burguet; estoy más acabado de lo que pudiera esperarse de mis años.

-Bien se ve en su rostro. Pero no quiero detenerlo más: vaya us-ted a tomar el fusil, el sable y la cartuchera.

-¿Será cosa de que nos hagan vivir acuartelados como la tropa?

-De ningún modo: viviremos tranquilamente, en nuestras casas.

Dicho esto, estrechóme Burguet, la mano y yo empecé a subir la escalera de la alcaldía que estaba atestada de individuos en espera de que los llamasen.

Allí, Federico, tuve que aguantar las burlas de los Robinot, los Guourdier, los Mariner y otros canallas por el estilo; hato, de bribones, en su mayor parte pizarreros y embadurnadores de muestras, que venían cada día, en tiempos normales, a pedirme con la gorra en la mano que les proporcionase algún trabajo para comprar pan a sus hijos.

Encendía la sangre ver a unos holgazanes como ellos mirarme por encima, del hombro con aire, despreciativo, al mismo tiempo que gritaban:

-¡Hola! ¿Tú aquí, Moisés? ¡Vas a hacer un soberbio granadero!

¡Je, je, je! ¿Qué apostamos a que te afeitan las barbas, con arreglo a la ordenanza?

Y otras chanzas parecidas.

Sí, Federico, todo había cambiado; aquellos veteranos habían sido nombrados de antemano cabos y sargentos, mientras a nosotros nos dejaban de soldados rasos. La guerra lo revuelve y lo trueca todo: los que ayer eran los últimos, son hoy los primeros. Ya no es el buen sentido sino la disciplina la que impera; el que fregaba la víspera el piso de nuestra casa porque era demasiado ignorante para ganarse la vida de otro modo, llega a ser nuestro jefe, y si se le antojase decirnos que lo blanco es, negro, no hay más remedio que darle: la razón.

En fin, después de haber tenido que aguardar una hora oí gritar a un portero:

-¡Moisés!

El piso principal estaba lleno también de hombres que esperaban a que se les llamase.

Allí se desarrolló otra escena semejante a la de la escalera.

-¡Moisés! ¿Vienes también a alistarte entre los defensores de la patria? -vociferaban unos.

-¡Miradle!.. ¡Parece un veterano de la antigua guardia! -añadían otros.

-¡Ja, ja, ja! ¡Qué figura va a hacer!

-¡Serás nuestro abanderado, Moisés!

Diciendo esto aquellos imbéciles reían como locos. Yo pasé por delante de ellos sin responderles, ni dignarme siquiera volver la cabeza.

En una de las habitaciones inmediatas, el gobernador Moulmi, el comandante: Petitgent, el alcalde Parmentier, su secretario Frichard, el capitán Rolli y seis o siete oficiales retirados, cubiertos de cicatrices, celebraban consejo, arrellanados los tinos en unos sillones y los otros en pie.

Al verme entrar, todos aquellos personajes prorrumpieron en carcajadas. Oí que señalándome con el dedo, decían:

-¡Por mi vida! ¡Está bien conservado el viejo! .

-Decid lo que queráis -pensaba yo, -pero no por eso me haréis creer que tenéis veinte años ni que sois buenos mozos.

De repente el gobernador, que hablaba en un rincón con el alcalde y tenía puesto el sombrero de través, se volvió hacia mí, diciendo:

-¿Qué voy a hacer de este, vejistorio a quien no pueden sostener sus piernas?

A pesar de la mala opinión que formaba de mi robustez, le agradecí en el alma semejantes palabras, y para confirmarle más en su idea púseme a toser.

Bueno, bueno! Puede usted volverse a mi casa, a cuidar ese cata-rro -me dijo el coronel.

Me retiraba apresuradamente, y ya estaba a cuatro pasos de la puerta, cuando el secretario Frichard, se levantó diciendo:

-¡Ese es Moisés, mi coronel!.. ¡El judío Moisés, que hizo marchar a América a sus dos hijos, para librarnos del servicio militar!

Aquí debo advertir que el miserable Frichard tenía también en el Mercado un puesto de vestidos y trapos viejos y que me odiaba a muerte porque los compradores me daban la preferencia. Eso fue lo que, le impulsó a denunciarme.

Al oír la acusación el gobernador, exclamó enfurecido:

-¡Alto ahí! Espere un instante. ¡Ah, viejo zorro!.. ¿Con que manda usted a América a sus hijos para salvarlos de la conscripción?

Perfectamente. ¡Que le den al momento un fusil, una cartuchera y un sable!

La cólera contra Frichard me ahogaba. Bien hubiera querido decir algo; pero la vista de aquel miserable que reía malignamente, en tanto que, escribía sentado a su mesa me impedía hacer uso de la palabra.

No tuve más remedio que seguir al gendarme Werner, a una de las salas de al lado, que estaba llena de toda clase de armas.

El mismo Werner me colgó un sable y una cartuchera en bandolera, y alargándome un fusil me dijo:

-¡Toma Moisés, y trata de acudir con puntualidad cuando oigas el toque de llamada!

Bramando de coraje salí de la Municipalidad, atravesando por entre la apiñada muchedumbre sin escuchar siquiera sus gritos y carcajadas con que saludaron mi reaparición.

Al llegar a casa, referí a Sara cuanto acababa de ocurrirme. Ella me escuchó poniéndose muy pálida y cuando hube concluido, exclamó indignada:

-¡Ese Frichard es el enemigo de nuestra raza; es el perseguidor de Israel! Sé bien que nos detesta -continuó; -ero es preciso no darle a entender nuestro resentimiento, Moisés, porque, esto le causaría mucho placer. Más adelante, aprovechando una ocasión propicia,

po-drás vengarte de él. Si no te es dado conseguirlo, serán tus hijos o tus nietos quienes se encargarán de exigirle cuentas de todos los agravios que ese hombre ruin ha inferido a sus abuelos.

Diciendo esto Sara tenía los puños crispados de furor. El pequeño Safel escuchaba en silencio, abriendo un palmo de ojos.

Era este el partido más prudente; pero, por mi parte, habría dado con gusto la mitad de cuanto poseía para arruinar a aquel malvado.

Durante todo el día grité más de cien veces con desesperación:

-¡Ah!.. ¡el infame!.. ¡el infame! ¡Ya estaba salvado; ya me ha-bían dicho: «Váyase usted a su casa», y él fue quien me delató!..

No puedes comprender, amigo Federico, cuánto he odiado a ese hombre. Ni mi mujer ni yo olvidaremos jamás los sobresaltos y dis-gustos que hubimos de sufrir por culpa suya. Mis hijos y mis nietos tampoco lo olvidarán.

## V

A la mañana siguiente, el toque de llamada nos convocó delante de la casa del Ayuntamiento.

Todos los chiquillos de la población nos rodearon al punto, em-pezando a silbar y a armar algarabía. Afortunadamente, los blindajes de la plaza de armas no estaban acabados, lo cual fue causa de que se nos llevase a hacer el ejercicio al gran patio del colegio inmediato al camino de ronda. Los escolares habían sido despedidos y el local esta-ba desocupado. Figúrate, querido Federico, este gran patio ocupado por una multitud de honrados padres de familia con sombrero, capo-tes, polainas y el calzón corto, obligados a obedecer a sus antiguos caldereros y deshollinadores, o sus mozos de cuadra transformados en cabos y sargentos. Figúrate estos hombres pacíficos, divididos en pe-lotones, con el fusil al hombro, y alargando la! piernas a las voces de:

-¡Uno... dos!.. ¡Uno... dos! -¡Alto! ¡Firmes!

Entretanto, los que nos mandaban marchaban hacia atrás, frun-ciendo el entrecejo y apostrofándonos con estas insolencias:

-¡Moisés, levanta las espaldas!

-¡Moisés, esconde tus narices, que salen de las filas!

-¡Atención, Moisés!

-¡Presenten armas!.. ¡Ah, viejo imbécil! ¡Nunca servirás para nada! ¿Es posible que a pesar de tus años seas tan animal? ¿No puedes hacer esto? ¡Uno... dos!.. ¡Uno... dos! -¡Vaya un viejo estúpido! ¡Ea volvamos a empezar! -¡ Presenten armas!..

-He aquí, Federico, cómo mi propio zapatero Monborne, me mandaba durante la instrucción.

Por lo, que atañe, a los demás jefes, hacían lo mismo que sus an-tiguos amos. Habríase dicho que semejante situación debía durar toda la vida y que ellos deberían ser siempre sargentos y nosotros soldados.

Aquellos tunos parecían ser los amos de todo. La única vez que recuerdo haber, dado un par de bofetones a mi hijo Safel, fue Monbor- ne quien pudo vanagloriarse de haber sido la causa. Escucha cómo ocurrió. Todos los muchachos que nos, habían seguido desde la plaza de la Municipalidad, estaban encaramados sobre el muro del camino de ronda para mirarnos más de cerca y burlarse de nosotros. Al levantar los ojos vi a Safel entre, ellos y, lleno de indignación, hícele seña de que bajase. El pobre chico obedeció al momento; pero cuando terminó el ejercicio y nos dieron orden de romper filas delante del Ayuntamiento, como él se me acercase para tomar mi fusil, le agarró por un brazo, ciego de cólera y le apliqué dos buenas bofetadas diciéndolo al mismo tiempo :

-¡Toma!, Esto es en pago de haberte mofado de tu padre como el ingrato Cam, en vez de traer una capa para cubrir su oprobio.

Safel rompió a llorar a lágrima viva.

Cuando llegué a mi casa, Sara notó que yo estaba pálido de coraje, y al ver al niño que me seguía de lejos, sollozando todavía bajó precipitadamente, para preguntarle qué tenía.

Después que hubo sabido la causa de aquel castigo, mi mujer afeó vivamente la conducta de Safel, que vino a arrodillarse a mis pies pidiéndome perdón. Puedes creer que se lo concedí con toda mi alma.

Empero, al acordarme que el día siguiente, debía volver al ejercicio, hubiera deseado abandonar para siempre la población, si me fuera posible llevar conmigo mi casa y mis mercancías.

De cuantos trabajos e incomodidades me atrajera la mala voluntad de Frichard, lo que yo sentía más era estar a las órdenes de unos bribones cuyo orgullo no reconocía límites y que eran incapaces de comprender que en este mundo le llega a cada uno su turno de mandar.

Mucho podría decir sobre este asunto, mas prefiero seguir adelante en la narración.

El Eterno me tenía reservado este día un gran consuelo. Luego que hube dejado en un rincón mi fusil y la cartuchera para sentarme a la mesa vino Sara y me entregó una carta sonriendo.

-Léela Moisés -dijo, -y se disipará tu mal humor.

Apenas la hube abierto, lancé una exclamación de alegría.

Aquella carta era del señor Quataya de Pezenas, quien me participaba que mis doce pipas de alcohol estaban ya en camino. Entonces respiré como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

-¡Alabado sea Dios! -dije entre mí los aguardientes llegarán dentro de dos semanas.

Por la parte de Estrasburgo y de Sarrebruck nada malo se anuncia.

Los aliados continúan concentrándose pero no se mueven. Mi espíritu de vino está por ahora libre, de sus garras. Me parece que voy a realizar un soberbio negocio.

-Y ahora, Moisés, ¿qué dices de esto? -me preguntó Sara, entregándome otra carta llena de sellos en la que, enseguida reconoce la letra de mis hijos Itzig y Fromel.

Efectivamente, la carta era de América. Latiéndome de gozo el corazón, púseme a alabar al Todopoderoso por la felicidad que, me proporcionaba pero sin poder pronunciar palabra, tanta era mi alegría.

-¡Nuestro Señor es grande! -murmuré, al fin. -¡El no mira a la fuerza del caballo! ¡El desdeña a los hombres ligeros en la carrera! ¡El sólo ama a los que todo lo esperan de su misericordia infinita!

Esto pensaba yo mientras leía aquella carta en que mis hijos elogiaban la tierra de América el verdadero país de los comerciantes y de los hombres activos y emprendedores; donde todo es libre; donde no se educa a los jóvenes para la guerra sino para la paz; el país, Federico, donde cada individuo llega por su inteligencia economía y laboriosidad al punto que merece ocupar entre sus semejantes; el país donde ningún gobierno puede decidir un negocio grave sin contar con el consentimiento de sus administrados, cosa en extremo justa puesto que, cuando todos deben contribuir para los gastos de la nación, tienen derecho a que se tome en cuenta su parecer.

Esta carta era una de las primeras que me escribían, mis hijos.

Itzig y Fromel me participaban que habían ganado ya bastante, dinero, al cabo de un año, para no tener necesidad de llevar sus fardos a la espalda; que poseían tres magníficas, mulas y que acababan de abrir en Cast-kill, cerca de Albany, estado de Nueva York, una casa de comercio, para cambiar por mercancías de Europa las excelentes pieles de búfalo, tan abundantes en aquella comarca.

Sus negocios, según aseguraban, no podían presentarse bajo mejores auspicios. Mientras Fromel emprendía algún viaje, con sus tres mulas, Itzig permanecía en la casa, y cuando a Itzig le tocaba salir, era su hermano quien quedaba encargado del establecimiento.

Habiendo llegado hasta ellos la noticia del estado de guerra en que nos encontrábamos, daban gracias a Dios por haberles deparado unos padres que habían sabido librarles de una muerte segura en los campos de batalla.

Ellos deseaban tenernos a su lado, y puedes creer Federico, que, antes de exponerme de nuevo a ser maltratado por un Monborne, habría preferido abandonar a Francia para reunirme con mis hijos.

A pesar de todo, no obstante la alegría que experimentaba en aquel instante, me era imposible olvidar a Frichard y exclamaba indignado, como si le tuviera delante:

-Por más importancia que quieras darte, no serás más que un as-no, comparado conmigo. Mientras tú no saldrás jamás de simple secretario de la alcaldía yo voy a vender mi aguardiente y ganaré en un mes lo que tú no podrías ganaren muchos años. Además, haré que mi Safel se sitúe a tu lado en el Mercado: cuando algún comprador vaya a entrar en tu tienda él se lo atraerá por medio de una seña, y le daré los géneros a precio de costo, para que tú mueras de rabia.

Las lágrimas humedecían mis ojos y, sollozando, abracé a Sara que reía y no cabía en sí de gozo.

Después de perdonar otra vez a Safel, quien nos juró que no volvería a reunirse con los de la raza maldita dimos principio, a nuestra comida. Terminada ésta, fui a dar una vuelta por mi bodega una de las más espaciaosas de la ciudad, pues medía doce pies de ancho por

treinta y cinco de largo, seca como un horno y con todas, las condiciones apetecidas para conservar los vinos durante, muchos años.

Como las pipas de aguardiente podían llegar a fin de mes, arreglé cuatro gruesas vigas para sostener los toneles, y aseguré de paso si el pozo tenía el agua necesaria para atemperar el alcohol.

Eran las cuatro de la tarde cuando dejaba terminados estos preparativos, y al salir a la calle vi al arquitecto Kramer, que, atravesaba el Mercado con su metro debajo del brazo.

-¡Hola amigo, Kramer! -exclamé, saliéndole al encuentro, -¿quiere, usted ver si mi bodega resistiría un bombardeo?

Sin replicar palabra, el arquitecto siguióme hasta la cueva. Una vez allí midió el espesor de las paredes, y me dijo sonriendo:

-Hay siete pies de tierra sobra la bóveda. Cuando las bombas penetren hasta aquí, no quedará en la ciudad piedra sobre piedra. Puede usted dormir tranquilo, Moisés.

Hecho esto apuré mi hombre un buen vaso de vino que, le ofrecí y abandonamos la bodega, bastante satisfechos uno del otro.

Mas en el instante que poníamos el pie en la acera abrióse con estrépito una puerta de la calle Mayor, llegando al propio tiempo hasta nosotros el ruido de cristales que se hacían añicos.

-¡Mire usted allá abajo, Moisés! -exclamó de repente, el arquitecto.

-¡Algo sucede en casa de Camus!

Volvíme rápidamente y vi, en lo alto de la escalera a un sargento de veteranos, con su capote gris y el fusil en bandolera, que tenía asido por el pescuezo al viejo Camus, pugnando por arrastrarle hasta la calle.

El pobre anciano se aferraba a la puerta con todas sus fuerzas, haciendo inauditos esfuerzos para desprenderse de las garras que lo oprimían. Al cabo de un buen rato de lucha pudo librarse aunque no sin dejar el cuello de su camisa entre las manos del sargento. Hecho esto, entró apresuradamente en su morada cerrando la puerta con extraordinaria violencia.

-Si la guerra empieza de este modo entre los vecinos y la guarnición -dijo Kramer, -los alemanes y los rusos harán un magnífico negocio.

El sargento, entretanto, viendo cerrada la puerta intentó derribarla a culatazos, lo cual produjo en el barrio un gran alboroto: los vecinos salían tumultuosamente de sus casas y los perros ladraban sin cesar.

De repente, vimos a Burguet atravesar el Mercado y dirigirse al veterano, a quien apostrofó con dureza por su comportamiento. En un principio pareció no escucharlo aquel hombre; Pero, al cabo de un instante, echándose el fusil al hombro, le volvió la espalda con un movimiento brusco y pasó delante de nosotros como un jabalí furioso.

Era un hombrón de unos cincuenta años, moreno, con los bigotes erizados y entrecanos, y surcado el rostro por muchas cicatrices. Jurando y blasfemando como un carretero, entró de sopetón en la posada de los Tres *Pichones*.

Burguet le seguía de lejos, con el sombrero de anchas alas caído sobre los ojos, envuelto en su capote de castorina el cuello levantado, y sonriendo.

-Y bien -le dije, cuando estuvo junto a mí, -¿qué le ha sucedido a nuestro vecino Camus?

-Casi nada -respondió mi amigo. -Figúrate que el sargento Tru-bert, de la 5ª compañía de veteranos, acaba de hacer una de las tuyas.

Ese bribón quiere tratar a todos a punta de baqueta. En quince días ha recorrido nueve alojamientos, sin poder entenderse con nadie. Todo el mundo se queja de él, pero el dichoso, sargento alega mil razones que al alcalde y el gobernador hallan excelentes.

-Mas, ¿qué tiene, que ver eso con los malos tratos de que ha he-cho objeto a Camus?

-Camus -contestó Burguet -no tiene sitio bastante, para albergar a toda su familia y por esa razón quería enviar al sargento a dormir a la posada; pero el muy tuno había elegido la cama de su patrón para acostarse y extendiendo sobre ella su capote, decía: «Mi boleta de alojamiento debe de andar por ahí: me encuentro bien en esta casa, y no quiero ir más lejos» Como es de suponer, Camus se opuso a ello, y entonces el sargento, como acaban ustedes de ver, quiso arrastrar al viejo, hasta la calle para propinarle una paliza.

Hablando así, Burguet reía a carcajadas.

-¡No cabe, duda de que eso es muy divertido! -exclamó Kramer; -pero cuando uno piensa lo que otros pillos como ese Trubert han de-bido hacer a la otra orilla del Rhin...

-¡Bah! -Interrumpió Burguet -cuestión es ésa que atañe única-mente a los alemanes. Empero es hora ya de ir a leer los periódicos.

Mucho temo que haya llegado el día en que tengamos que pagar añe-jas deudas. Adiós, señores.

Y siguió su camino en dirección opuesta a la que tomó Kramer, que se despidió de mí al mismo tiempo. Yo me quedé en la puerta de mi bodega.

Lo que acabo de referir ocurría a mediados de diciembre. El frío se dejaba sentir. Muchos días hacía ya que las calles y los tejados se cubrían de escarcha al dar las cinco de la tarde, lo que nos, obligaba a encerrarnos en casa muy temprano, pasando las veladas alrededor de la chimenea.

Encontró a Sara en la cocina preparando la cena. Una buena lumbre ardía en el hogar, haciendo hervir la marmita.

Estas cosas, Federico, están grabadas en mi imaginación. Aun me parece ver a la hacendosa madre de familia fregando los platos cerca de la ventana; el pequeño Safel soplando la lumbre, con sus mo-fletes gordos y colorados como manzanas, mientras, sentado yo en un banquillo, tenía en la mano un ascua tomada con las tenazas, para encender mi pipa.

Nada nos decíamos. Considerámonos dichosos al pensar que el alcohol debía llegar muy pronto, que Itzi y Fromel hacían magníficos negocios y que una buena cena nos convidaba a sentarnos a la mesa.

¿Quién hubiera pensado en aquel momento, que veinticinco días después el enemigo habría cercado la población, y que, las bombas y granadas silbarían en el aire amenazando destruir nuestras moradas?

**VI**

Ahora querido Federico, voy a narrarte un acontecimiento que me ha hecho pensar a menudo cómo el Eterno me ha protegido siem-pre.

Cuando nos amenaza alguna desgracia solemos exclamar: «¡Se-ñor...

Señor, tened piedad de nosotros!» Y más tarde se asombra uno de que todo salga a medida de sus deseos.

Tú no ignoras que el secretario de la alcaldía me profesaba un odio encarnizado. Era Frichard un vejete pequeño, sumamente delga-do, con la peluca rubia aplastadas las orejas y las mejillas cubiertas de arrugas. Este infame estafermo no pensaba más que en atormentarme y bien pronto encontró una nueva ocasión de satisfacer sus deseos.

A la mañana siguiente al día en que recibiera tan excelentes no-ticias de América un viernes, día de mercado, si no me engaño, una multitud de aldeanos de Alsacia y de Lorena entraron en la población con sus grandes banastas atestadas de! huevos frescos, manteca, queso y volatería de cuyos artículos abastecieron la ciudad.

Toda esta buena gente deseaba hacer dinero a cualquier costa pa-ra enterrarlo en sus cuevas o al pie de los árboles de los bosques veci-nos, pues ya sabes, Federico, que en aquella época se perdieron grandes cantidades que se van encontrando, hoy bien al pie de una encina o de una haya y que proceden de las que nuestros aldeanos ocultaron durante el asedio, temiendo ser saqueados por los rusos, los prusianos o los austriacos en desquite de lo que hicieron con ellos los franceses. Muchos de los que entonces enterraron sus tesoros murie-ron antes de que terminara la guerra o a consecuencia de ella y por eso se hallaron, después.

Aquel día, el 11 de diciembre, se dejaba sentir un frío bastante intenso que penetraba hasta la medula de los huesos, y eso que, toda-vía no había empezado a caer la nieve. Yo abandoné el lecho al ama-necer y, dando diente con diente, no obstante llevar bien abotonada mi armilla de bayeta y encajado, hasta las cejas mi gorro de piel de nu-tria, bajé a abrir el almacén, a tiempo que el mercado estaba ya inva-dido por una muchedumbre de compradores que disputaban sobre el valor de las mercancías.

Sin tener tiempo más que para colgar del techo mi balanza vi la tienda ocupada por una turba de campesinos, pidiéndome los unos clavos, los otros barras para forjar, y algunos presentándome hierros viejos, para que se los comprara pues todos sabían que si los enemigos cercaban la ciudad, nadie podría comprar ni vender nada.

Pensando en el buen negocio que podría hacer, me puse a pesar alegremente.

Al mismo tiempo se oía en las calles el acompasado de las pa-trullas.

Las guardias iban a ser dobladas y aparecían alzados los puentes levadizos.

No se había declarado aún el estado de sitio, pero esperábamos de un momento a otro que se adoptase esta medida puesto que los úl-timos partes recibidos, de Maguncia, de Sarrebruck y de Estrasburgo anunciaban la llegada de los aliados a la otra orilla el Rhin.

Por lo que a mí hace, sólo me preocupaba la llegada de mis aguardientes. En tanto que pesaba vendía y embolsaba dinero, esta idea no me abandonaba un segundo.

-Haría una hora próximamente que, duraba aquel despacho ex-traordinario, cuando asomé la cabeza por entre, la turba de campesinos el señor Burguet y me dijo levantando la voz para poder ser oído:

-Moisés, salga usted un momento, tengo que decirle dos palabras.

Obedecí enseguida..

-Entremos en el portal -añadió mi amigo.

Yo le miraba asombrado, porque tenía el aire grave y reservado.

Los campesinos no cesaban de gritar:

-¡No tenemos tiempo que perder! ¡Despáchenos usted, Moisés, que nuestro dinero vale tanto como el de otro cualquiera!

Pero yo no les escuchaba. Una vez en el portal, prosiguió Burguet:

-Vengo de la alcaldía donde he sido llamado para redactar un informe dirigido al gobernador civil acerca del espíritu de la población, y allí he sabido que han dado al sargento Trubert boleta de alojamiento para su casa de usted.

-¡No lo quiero! ¡no lo quiero! -vociferé. -En el espacio de quince días, he tenido seis alojados, y no me corresponde...

-Calma amigo mío -me interrumpió Burguet, -y no grite tanto, sino quiere, empeorar su situación.

-¡Jamás! -repliqué, encolerizado. -¡Ese sargento no entrará jamás en mi casa! ¡Eso sería inicuo! Un hombre como yo, pacífico ciudadano, que nunca he hecho daño a nadie, que sólo deseo la paz...

Y como yo continuara gritando, apareció Sara con el cesto en el brazo para ir al mercado, y preguntó, sorprendida qué ocurría.

-Escuche usted, señora Sara -contestó Burguet; -usted es más, razonable que su marido y me comprenderá mejor. Me hago cargo de su indignación, pero cuando una cosa no tiene, remedio, fuerza es bajar la cabeza. Como usted sabe, Frichard es el encargado de hacer las listas de alojamiento y distribuir las boletas, y se le ha ocurrido mandar a esta casa al sargento Truhert, un hombre, violento, un malvado, convengo en ello, pero que no por eso tiene menos derecho que, los buenos a ser alojado. A todos los argumentos que yo alegué en favor de ustedes, Frichard respondía invariablemente: «Moisés es rico, ha hecho huir a sus hijos para librarles del servicio militar, y justo es que pague por ellos» El alcalde el gobernador militar, todos le daban la razón. Así, pues... si quieren ustedes seguir el consejo de un amigo, no se resistan; mientras más les moleste Trubert, más se reirá Frichard...

No hay escapatoria posible; por lo tanto, sean ustedes razonables.

Al saber qué era Frichard el causante de esta nueva extorsión, mi cólera aumentó lo indecible e iba a prorrumpir en denuestos, cuando, mi mujer me atajó poniéndome una mano en el hombro y diciéndome:

-Déjame hablar, Moisés. El señor Burguet tiene razón, y le agradezco que nos haya avisado. Frichard nos odia y quiere molestarnos por todos los medios imaginables, pero llegará el día en que ajustaremos cuentas. ¿Cuándo vendrá el sargento?

-A mediodía –respondió -Burguet.

-Perfectamente -replicó mi mujer; -la boleta de alojamiento no le da derecho más que a fuego y luz, y no podemos negárselo; pero Fri-chard lo pagará, todo a su debido tiempo.

Estaba pálida al decir esto, y yo comprendía que tenía razón.

-Cálmate, Moisés –prosiguió, -y punto en boca. Déjalo todo a mi cuidado.

-Nada más tengo que decirles -agregó Burguet, -sino que haré todo lo posible para librar a ustedes de ese sargento. Ahora debo reti-rarme.

Sara tenía que ir al mercado; Burguet me estrechó la mano, y como los campesinos no cesaban de chillar en la tienda, tuve que vol-ver a seguir pesando hierro.

La ira me ahogaba. Vendí aquel día por valor de doscientos fran-cos, pero la indignación que sentía contra Frichard y el miedo que me inspiraba el sargento me trastornaba; si hubiese estado más sereno habría hecho un magnífico negocio.

-¡Ah, el bandido! –decía para mi coletó. -No me dejará un mo-mento de reposo! ¡Ya no podrá vivir tranquilo en esta ciudad!

Al punto del mediodía cuando ya habían terminado las ventas y los aldeanos se retiraban por la puerta de Francia cerré la tienda y subí a mi habitación, pensando:

-Desde hoy no seré nadie en mi propia casa; ese Trubert será el amo y nos mirará por encima del hombro como los alemanes y los españoles.

Estaba desesperado. De pronto percibí un olorcillo muy agrada-ble que subía de la cocina y me erguí, sorprendido, porque sólo los días de fiesta se hacían en mi casa los guisos que despedían aquel olor.

En el momento que me disponía a abrir la puerta apareció Sara y me dijo, sonriendo:

-Moisés, es preciso que te afeites enseguida y te mudes de cami-sa.

Observé que ella habíase acicalado ya como si fuese sábado, con sus arracadas de oro, su vestido verde y su pañoleta de seda encarna-da.

-Pero, ¿por qué he de hacer eso? -le pregunté.

-Ve, ve, pronto; no hay tiempo que perder –me contestó.

Estaba dotada mi mujer de tan buen sentido y habíamos realiza-do tantos excelentes negocios, merced a su talento, que, sin replicar palabra me apresuré a obedecerla.

Acababa de mudarme la camisa cuando oí gritar a Safel:

-¡Ya está, aquí, mamá, ya está, aquí el sargento!

Al mismo tiempo, percibí ruido de pasos, en la escalera y a los pocos segundos una voz ronca que llamaba:

-¡Eh, de casa! ¿Quién hay por aquí?

-Es, el sargento –me dije, y púseme a escuchar.

-¡Ya tenemos en casa a nuestro sargento! –repitió Safel con acento de triunfo.

-Sea bien venido -repuso mi mujer, con tono afable. -Pase usted, señor sargento, pase; le estábamos esperando. Ya sabíamos que tendríamos el honor de alojar un sargento, la cual nos satisface más que, si fuera un soldado raso. Tenga usted la bondad de entrar, señor sargento.

-¡Ah Sara, Sara, qué astuta eres! -decía yo para mis adentros, al oírla hablar con tanta dulzura. -Ya sé adónde vas a parar con tu ex-tremada cortesía: a amansar a ese salvaje. ¡Qué mujer tienes, Moisés!

¡Vale un tesoro!

Acababa yo, entretanto, de vestirme riendo interiormente de las tretas de mi esposa cuando oí exclamar a aquel bruto de sargento:

-¡Sí, sí, está muy bien, señora pero no he venido para escuchar simplezas! ¿Dónde está mi habitación? Eso es lo que me interesa. A mí no se me gana con palabritas melosas; todo el mundo sabe quién es, el sargento, Trubert.

-Será usted complacido enseguida, señor sargento -contestó mi mujer. -Mire, este es su cuarto, ahí está su cama. Como ve usted, no podemos ofrecerle otra cosa mejor.

En aquel momento llegué al pasillo y vi a Sara que abría la puerta de la hermosa habitación donde se hospedaban Zeffen y Baruch cuando venían a Falsburgo.

Me acerqué despacito. El sargento examinaba el colchón para comprobar si era blando; Sara y Safel me miraban sonriendo. El veterano continuaba inspeccionándolo todo, con entrecejo fruncido. No os posible Federico, que, hayas visto en tu vida un hombre parecido a mi sargento: con los mostachos canosos e hirsutos, la nariz larga y afilada, que parecía querer juntarse con la barbilla la tez amarillenta y surcado el rostro de profundas arrugas, resultaba un tipo muy curioso.

Arrastraba la culata de su fusil por el pavimento y, sin que pudiéramos adivinar la causa, no cesaba de murmurar en tono de mal humor:

-¡Hum!.. ¡Hum! ¿Qué hay aquí debajo?

-La cubeta para que se lave, usted, señor sargento.

-¿Y estas sillas son bastante sólidas? ¡Vamos a ver!

Y así diciendo, derribó una bruscamente. No había duda de que, buscaba un pretexto para armar querrela. Al volverse reparó en mí, y examinándome de pies a cabeza me preguntó:

-¿Es usted el patrón?

-Sí, sargento, yo soy el dueño de la casa.

-¡Ah!

Apoyó su fusil contra la pared, en un rincón, dejó su morrión sobre la mesa y dijo en tono autoritario:

-Está bien. Déjenme ustedes solo.

Safel abrió la puerta de la cocina y el buen olor del asado penetró en la estancia.

-Señor sargento -dijo Sara con tono melifluido, -quisiera pedirle un favor.

-¿A mí? -preguntó él, volviendo ligeramente la cabeza.

-Sí, sería para nosotros un placer -repuso mi mujer, -el que se considerase usted en nuestra casa como en la suya propia Como en familia y por eso le ruego que, siquiera sea por esta vez, nos acompañe usted a la mesa.

-¡Ah! -repitió el sargento, con la cabeza vuelta hacia la cocina y olfateando con fruición el incitante olorillo que trasminaba el ambiente.

Parecía reflexionar sobre, la conveniencia de otorgarnos o no semejante, honor. Al fin, arrojó su cartuchera sobre la cama y dijo con aire protector:

-Bueno... Acepto. ¡Vamos allá!

-¡Canalla! -decía yo para mis adentros. ¡Algarrobas te haría yo comer!

Sara parecía contentísima y precediendo a nuestro huésped repetía:

-Por aquí, señor sargento, por aquí. Sírvase usted venir por aquí.

Al entrar en el comedor, vi que todo había sido dispuesto como si se tratara de agasajar a un príncipe: el suelo, recientemente fregado, brillaba de puro limpio; la mesa ostentaba blanquísimo mantel, y los cubiertos de plata relucían junto a los platos.

Nuestra criada colocó la sopera en el centro de la mesa y levantó la tapadera; el olor de una exquisita sopa se esparció por la sala y empezó la comida.

No quiero describirte minuciosamente aquella comida Federico; pero puedes creerme que jamás habíase servido en nuestra casa otra mejor. Teníamos una oca asada y rellena pescado, conservas, en fin, todo lo que se necesita para un banquete, opíparo, y delicado, y arreglado con el mayor cuidado por Sara. Para rociar estos manjares, cuatro botellas de excelente vino, y otros licores propios de la estación y de las circunstancias. Pues bien, ¿creerás que aquel miserable no encontraba nada de su gusto? ¿Creerás que ni una sola vez se dignó decir:

«Esta oca está en su punto, este lucio es exquisito» o cosa parecida? Hubiérase dicho que aquel hombre estaba acostumbrado a darse la gran vida. Y mientras más se esforzaba mi mujer por hacerle hablar y servirle mejor, más huraño se ponía el sargento, más fruncía el ceño, y con más desconfianza nos miraba, como si tratásemos de envenenarle. De vez en cuando miré a Sara indignado; pero: ella no cesaba de sonreír, de servir al taciturno comensal los mejores bocados y de llenarle de vino el vaso. Dos o tres veces me atreví a decir:

-¡Ah, Sara qué bien sabes guisar! ¡Qué bueno está este relleno!

Pero enseguida el sargento me miraba de través, como diciendo:

-¿Qué significa eso? ¿Pretendes darme lecciones de buen paladar?

¿Supones que, no sé distinguir entre los guisos buenos, y los malos?

Y al punto se me quitaban las ganas de seguir elogiando, los méritos, culinarios de mi esposa.

Sin embargo, el ejemplo de Sara me animó a poner buena cara y acabé por decirme:

-Puesto que estamos a la mesa y hay de qué... comamos en gracia de Dios. Sara se ha engañado, pero es igual; su idea es buena, excepto para un miserable como este.

Yo mismo pedí que nos sirvieran el café, y entretanto saqué del armario una botella de *kirschenwasser* y otra de ron.

-¿Qué es eso? -preguntó el sargento.

-Ron y *kirschenwasser* de la Selva Negra -le contesté.

-¡Ah! -exclamó, guiñando maliciosamente un ojo. -¿Ha dicho usted *kirschenwasser* de la Selva Negra? Eso se dice muy pronto, pero no es fácil engañar al sargento Trubert. ¡Vamos a verlo!

Y habiéndose tomado apresuradamente su taza de café, apuró dos vasos de *kirsch*, diciendo a cada trago:

-¡Falta saber si es legítimo!

De buena gana le hubiera estrellado la botella en la cabeza.

Sara quiso servirle el tercer vaso, pero el sargento lo rehusó, diciendo:

-Basta ya gracias. Esta noche tengo que, estar de guardia en la puerta de Francia y no conviene abusar de los licores. La comida no ha sido mala; si de vez en cuando me obsequian con otra parecida, quizá nos podremos entender.

Y al decir esto se reía como mofándose de nosotros.

-Se hará lo que se pueda señor sargento -repuso Sara mientras éste entraba en su cuarto para ponerse el capote y tomar su fusil.

-Sara -dije a mi mujer, cuando el sargento se hubo marchado, -no he visto en mi vida un bruto semejante. Con ese hombre, no podrá hacer nunca buenas migas.

-¡Bah! -me respondió, -yo no soy de tu parecer. Ya verás cómo seremos buenos amigos.

-¡Dios te oiga pero yo no tengo mucha confianza! -contesté.

Sara reía mientras levantaba los manteles, y su jovialidad me infundió un poco de esperanza porque mi mujer estaba dotada de una perspicacia extraordinaria y de una discreción y talento admirables.

## VII

Ya ves, Federico, lo que teníamos que soportar los pacíficos vecinos de Falsburgo en aquellos tiempos. Pues bien, ni cuando tenía que pagar un substituto para que cumpliera por mí con la prestación personal, ni cuando Monborne me insultaba durante, las horas de ejercicio, ni cuando Trubert cayó en mi casa como una bomba, ni cuando se hablaba de registros domiciliarios para ver si los vecinos tenían víveres, me olvidaba un momento de mis doce, pipas de espí-ritu de vino, que venían lentamente de camino.

¡Cuán arrepentido estaba de haberlas pedido! ¡Cuántas veces me hubiera arrancado los cabellos al pensar que había arriesgado la mitad de una fortuna economizada durante treinta años de trabajo! ¡Cómo maldecía al Emperador! ¡Con qué afán recorría por las mañanas los cafés y las cervecerías, para recoger noticias, y cómo temblaba al oírlas! Nadie se podía

imaginar lo que sufría excepción hecha de Sara, a cuya perspicacia no escapaba nada. Era demasiado clarividente para no observar mis inquietudes, y a veces me decía:

-¡Vamos, Moisés, ármate dé valor! ¡Todo se arreglará! ¡Ten todavía esperanza!

Pero las noticias contradictorias que llegaban todos los días de la Alsacia de la Lorena alemana y del Hunsruch, me desconcertaban.

-¡Ya viene el enemigo! -¡No se atreverá! ¡Estamos preparados para recibirle! -¡Seremos sorprendidos! -¡Va a firmarse la paz! ¡Mañana pasarán los austriacos! -¡No tendremos campaña de invierno! ¡Inmediatamente van a empezar las hostilidades! -¡El Emperador no ha salido todavía de París! -¡El mariscal Víctor está en Huningue! -¡Se organizan brigadas de aduaneros, de guardabosques y de gendarmes:

echan mano a todos! -¡Los dragones de España bajaron ayer tarde hasta Saverne! -¡Los montañeses defenderán la cordillera de los Vosgos!

-¡Va a darse una batalla en Alsacia!

Era cosa de volverse loco. Parecía un continuo flujo reflujo de noticias, que venían a alegrarnos por la mañana y a entristecernos por la noche. Sin los demás, cuidados que me asaltaban aquellos días, había perdido el juicio. Afortunadamente, la indignación de que me hallaba poseído contra Monborne y otros canallas de su ralea, me hizo olvidar el riesgo que corrían mis intereses.

Durante todo el día de la gran comida no oímos hablar una palabra del sargento Trubert, que estaba de servicio; pero a la mañana siguiente, cuando acababa de levantarme le vi entrar en mi cuarto con él fusil terciado en bandolera y los bigotes blanqueados por la escarcha.

-¡Hola señor Moisés! -dijo, riendo: -¿No es verdad que ha hecho esta noche pasada un frío terrible? ¡Ja, Ja, ja!

-En efecto, sargento -respondí, asombrado de aquel acceso de jovialidad; -pero no hay nada más natural, puesto que estamos en diciembre.

-Pues entonces, razón de más para que echemos un trago, Veamos:

¿queda todavía algo de aquel famoso *kirschenwcaser* que me hizo usted catar ayer?

Al decir esto el veterano, me dirigía una mirada escudriñadora.

Yo abandoné al momento mi sillón, y corrí al armario a sacar la botella, que le entregué, diciendo:

-Aun queda algo, sargento tome usted, y despáchese a su gusto.

Dejó Trubert su fusil junto a la cama y presentándome un vaso exclamó:

-Eche usted, señor Moisés, y tenga cuidado, no se derrame, pues sería una lástima.

Mientras llenaba el vaso hasta el borde vi la alegría pintada en el rostro de mi huésped.

-¡Y que es del verdadero! -murmuró después que hubo, bebido; -demasiado lo conozco. ¡Como que tengo apuradas, mas de cincuenta botellas como esta en la Selva Negra! Por más señas, que no me costaron ni un sueldo. Pero, ¿qué hace usted que no trinca conmigo?

-Con mucho gusto -respondí.

He hice chocar, mi vaso contra el suyo.

De repente, mirándome con más fijeza que antes, preguntóme con burlona sonrisa:

-Diga usted, señor Moisés, ¿es cierto que ayer le metí miedo?

-¡Oh, sargento!..

-¡Vamos... vamos! -añadió, poniéndome la mano sobre el hom-bro:

-confiese usted que lo asusté.

Parecía tan alegre el veterano, que no tuve reparo en responder:

-Pues bien, sí, me asustó.

-¡Ja, ja, ja!.. Ya lo sabía. Sin duda le habían dicho: «¡El sargento Trubert es muy duro de pelar! ¡Tiene un carácter inaguantable!» Us-ted lo creyó de buena fe, y para ablandarme, me dio una magnífica comida... una comida de príncipe, por vida mía.

El veterano prorrumpió en una estrepitosa carcajada a la cual no pude por menos de hacerle coro. Sara, que había escuchado nuestra conversación, apareció en la estancia diciendo:

-¡Muy buenos días, sargento!

-¡He aquí, señor Moisés, lo que se llama una mujer! -exclamó Trubert. -Puede usted vanagloriarse de poseer una esposa más lista que usted un millón de veces! ¡Vaya si es lista la señora!

-¡Cómo, señor sargento!... ¿Cree usted..?

-Lo dicho: es usted un a excelente ama de casa. Bien lo com-prendí ayer al entrar aquí: por eso me hice, el siguiente cálculo:

«¡Atención, Trubert! ¿Te hace muy buena cara, eh? Pues este es un ardid para enviarte a dormir a la posada. Dejemos que el enemigo descubra sus haterías» Pero declaro que me equivoqué: son ustedes muy buenas personas, y me han dado de comer como a un mariscal del Imperio. Por lo demás, señor Moisés, me convidó a tomar de cuando en cuando un vasito de *kirsch*. Ponga usted aparte la botella que es del legítimo. En cuanto a mi alojamiento, la habitación que se me tiene, destinada es demasiado buena. Yo no hago caso de esas fruslerías, de esos costosos muebles y mullidos lechos, buenos solamente para las mujeres. Lo único que necesito, es una alcobita como esa de al lado, con dos sillas una mesa de pino, un catre y cinco o seis clavos en la pared para colgar mis efectos.

-Puesto que usted lo desea, señor sargento... -Sí, sí, lo exijo; des-tinen ustedes esta habitación a quien mejor les parezca.

-¿Almorzará, usted con nosotros? -preguntó Sara contentísima.

-Yo almuerzo en la cantina, donde no me tratan del todo mal.

Además, no me gusta perjudicar a nadie. Cuando doy con personas que guardan a un viejo soldado los miramientos debidos; cuando se le demuestra buena voluntad, como acaban ustedes de hacerlo, el sar-gento Trubert, se porta convenientemente.

-Sin embargo, yo creo, señor sargento...

-Nada... nada: llámenme sargento a secas. Les conozco perfectamente.

No son ustedes como esos canallas de paisanos, hato de la-drones, que se han enriquecido a costa nuestra; esos miserables que viven de nosotros, que nos lo deben todo, y que, nos mandan a dormir a los desvanes entre nidos de ratas. ¡Mil millones de truenos !

-¡Cuán acertados anduvimos en tratarle bien! -decía yo interior-mente:

-¡Sara no tiene más que buenas ideas!

-¡Y pensar que son ustedes judíos! -añadió el veterano poniéndome una mano en el hombro y riendo a mandíbula batiente. -¡Que pertenecen ustedes a una raza abominable, es decir, todo lo que hay de más sórdido y hediondo en este mundo!.. Porque ustedes son judíos, ¿verdad?

-Sí, señor -respondió Sara.

-Pues bien: palabra de honor, que, estoy asombrado. He visto tantos, de: su raza en Polonia y Alemania que al mandarme aquí me dije: «¿Te envían alojado, a casa de un judío? Corriente; no has do dejar en la casa títere, con cabeza» Enseguida, como creyera que nos había humillado, añadió son-riendo:

-¡Ea! No se hable más de eso. Son ustedes muy buenas personas, y sentiría en el alma disgustarles. ¡Señor Moisés, vengan esos cinco!

Y me estrechó la mano con fuerza.

-Repito que les aprecio de veras -añadió. Ahora señora Sara de-me usted la habitación que, he pedido.

No creyendo prudente disuadirle de este propósito, le conduji-mos, al aposento que deseaba en el cual se instaló, diciendo:

-¡Ahora estoy a mis anchas! No creo que riñamos mientras vi-vamos juntos. Yo no me meteré en sus asuntos; hagan ustedes otro tanto conmigo. Ya entre, ya salga; sea de día sea de noche es el sar-gento Trubert y basta. Alguna mañana que, otra tomaremos juntos una copita de *kirsch*... ¿Quedamos entendidos, señor Moisés?

---Desde luego, sargento.

--Tome usted la llave de la puerta de la calle -dijo Sara entregán-dosela.

-Perfectamente: ahora que nos entendemos, me voy a echar un sueño. Hasta luego, amigos míos.

-Que usted descanse, sargento.

Y le dejamos solo; al cabo de pocos instantes le oímos roncar.

-¿Lo ves, Moisés, lo ves? -Preguntóme Sara. -¿Te has convencido de que yo no iba descaminada?

-Sí, sí -le respondí: -tu idea fue buena. Todo ha salido mejor de lo que yo esperaba Ahora no falta más sino que lleguen pronto nues-tros aguardientes para que seamos venturosos.

## VIII

Desde este día vivió Trubert entre nosotros sin incomodarnos en lo más mínimo. Cada mañana antes, de ir a cumplir su servicio, venía a mi habitación, donde tomábamos nuestro vasito de *kirsch*, conversando amigablemente. Le agradaba hacer reír a Safel y le llamábamos nuestro sargento, como si fuera de la familia. El veterano parecía satisfecho de sus patrones. Forzoso es confesar que era un hombre extraordinariamente aseado. No permitía que nuestra *schabés-goie* le limpiase las botas, blanqueaba él mismo el correaje, se cosía la ropa, y tenía gran cuidado de que nadie tocara sus armas.

Una mañana en que acudía yo, apresuradamente al toque de llamada le encontré en el portal; y al ver algunas manchas de orín en mi fusil, se puso hecho una furia, y me dijo en tono desabrido:

-¡Ah, señor Moisés! ¡Si le tuviera yo en mi compañía pagaría usted caro este descuido!

-¡A Dios gracias -pensaba yo -no tienes que ver nada conmigo!

Sara que lo escuchaba todo desde lo alto de la escalera reía con toda su alma.

A partir de ese día pasaba el sargento revista a mi armamento y correaje, obligándome a cada momento a desmontar la recámara del fusil, limpiar el cañón y bruñir la bayoneta, cual si estuviera en vísperas de marchar al combate. Además, cuando se hubo enterado de que Monborne, me trataba de burro, quiso enseñarme la instrucción. De nada sirvieron cuantas objeciones opuse para disuadirle de este propósito, porque respondía siempre frunciendo el ceño:

-Señor Moisés, no puedo consentir que un hombre honrado como usted sepa menos que ese canalla de zapatero: ¡en marcha!

Y me obligaba a subir el desván, donde a pesar del mucho frío que se sentía era tanto lo que se enfadaba mi hombre al ver que no ejecutaba los movimientos con el vigor y rapidez debidos, que concluía siempre por hacerme sudar a chorros.

-¡Atención a la voz de mando, y nada de pereza! -gritaba.

Pero como llegasen a mis oídos las burlonas sonrisas de Safel y Sara que, por el agujero de la cerradura observaban todos los episodios de mi aprendizaje militar, llegaba a perder muchas veces los estribos y me equivocaba a cada paso, con gran disgusto del sargento que me hubiera molido a culatazos, a haber sido un soldado de su compañía.

No sin mucho trabajo y paciencia consiguió el valiente, Trubert hacerme uno de los mejores cazadores de mi batallón.

¡Ah, Federico! todo hubiera marchado a pedir de boca si el mal-dito aguardiente hubiera llegado; pero en lugar de las doce: pipas de alcohol que yo esperaba ver entrar en la ciudad dos baterías de artillería de marina, y cuatrocientos quintos, destinados al depósito del 9º de ligeros.

Casi al mismo tiempo dispuso el gobernador que, se arrasaran los alrededores de la plaza hasta una distancia de seiscientos metros.

Daba lástima ver derribar aquellas cercas, demoler las viviendas de los labradores y talar sus árboles frutales; daba pena ver, desde lo alto de las murallas cómo caían uno tras otros los añosos pinos y árboles frutales, abatidos por un verdadero hormiguero de trabajadores...

Necesario era haber visto estas cosas para conocer todos los males que lleva consigo la guerra.

El abuelo Frise los hermanos Camus, los Sade los Bossert, en una palabra, cien familias de jardineros y cultivadores que vivían en Falsburgo, estaban desolados. Aún me parece estar oyendo los la-mentos del viejo Frise:

-¡Mis pobres manzanos!.. ¡Mis queridos perales!.. ¡Yo os había plantado hace cuarenta años! ¡Cuán lozanos estabais, y cómo se incli-naban nuestras ramas, cargadas de exquisitos frutos! ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

Empero los soldados no hacían el menor caso. El viejo, Frise se bajaba el sombrero sobre, los ojos y lloraba a lágrima viva.

Y la obra destructora continuaba. Se habló de prender fuego a las Casas Rojas, situadas en el camino de Mittelbron, el tejaz del *Árbol Verde* y la *Canastilla de Flores*, pero el gobernador lo impidió, bien por que no lo considerase necesario de momento o porque los aliados llegaban más aprisa de lo que se esperaba.

Serían las once de la mañana del 22 de diciembre, cuando se dejó oír el toque de llamada. Todos pensábamos que convocaban a los milicianos para alguna revista extraordinaria, y yo marché tranquila-mente con mi fusil en bandolera como de ordinario; pero al llegar cerca de la alcaldía vi las tropas de la guarnición, que estaban ya for-madas bajo los árboles de la plaza.

A medida que llegábamos nos hacían formar. A eso del mediodía apareció el gobernador Moulin, seguido del comandante Tomás Pe-titgenet y del alcalde Parmentier, que llevaba su inseparable banda tricolor ceñida a la cintura.

Un prolongado redoble de tambores hizo la señal de atención.

Cuando, hubo concluido, el gobernador tomó la palabra; todos escu-chábamos atentamente, y los que estaban cerca repetían sus frases para que se enterasen los que se hallaban más lejos.

«Oficiales, suboficiales y guardias nacionales.

»El enemigo se concentra sobre la otra orilla del Rhin, y no está más que a dos jornadas escasas de nosotros. La plaza queda declarada en estado de sitio. La autoridad civil resigna el mando en la militar.

Desde este instante, el Consejo de guerra permanente reemplaza a los tribunales ordinarios.

»Habitantes de Falsburgo, vuestro gobernador espera que mos-tréis en estas circunstancias, valor, fidelidad y obediencia. ¡Viva el Emperador!

Mil gritos de ¡Viva Francia! ¡viva el Emperador! se elevaron al cielo.

Esta escena me había hecho estremecer hasta la medula de los huesos. Mis aguardientes estaban en camino, ya me consideraba to-talmente arruinado.

La distribución de cartuchos, llevada a efecto un instante, des-pués, y la orden que recibí el batallón de ir a apoderarse de cuantos víveres y ganados se encontrasen en las aldeas vecinas, para abastecer la plaza, me impidieron pensar en mi desgracia.

Por otra parte, no dejaba también de abrigar temores por mi vida, porque al recibir semejante orden creí que los aldeanos iban a defenderse, sin contar, además, con que miraba yo como una cosa horrible tener qué batirme con las pobres gentes a quienes íbamos a despojar.

Yo estaba pálido y sentía incesantes escalofríos.

Pero esto no fue nada en comparación del espanto qué se apoderó de mí cuando el comandante Tomás hizo cargar las armas. ¡Oh, qué horrible momento fue para mí aquel en que nuestro comandante gritó:

«¡Media vuelta a la derecha! ¡Paso acelerado! ¡Marchen y salimos en dirección de las Barracas del Bosque de las Encinas, mientras el primer batallón ganaba las alturas del Cuatro Vientos y Bichelberg y el segundo se encaminaba a Wechen y Meeting!

Considerando que, debíamos robar cuanto se ofreciera a nuestra vista, y que el Consejo de guerra se hallaba en la alcaldía, dispuesto a condenar a los que no cumplieran sus deberes, me: estremecía de horror.

Miraba de lejos las aldeas que íbamos a despojar y me parecía oír va los lamentos de las mujeres y los llantos de los niños.

Calcula, amigo Federico, si es una cosa horrible ir a quitar a un pobre labrador, a la entrada del invierno, sus vacas, sus terneras, en una palabra todo lo que constituye sus medios de subsistencia y la de su familia. Era en verdad cruel lo que estábamos obligados a hacer, y en aquella ocasión, mis propias desgracias me hacían mirar con lástima los sufrimientos ajenos.

Mientras marchábamos, pensaba con angustia en mi hija Zeffen, en Baruch y en mis nietos, exclamando en el fondo de mi corazón:

-¡Señor!.. ¡Señor! Si el enemigo invade este país, ¿qué será de ellos en una población indefensa como Saverne? ¡Se lo robarán todo, y los veré reducidos a la miseria de la noche a la mañana!

En medio de tan tristes reflexiones llegamos a las primeras casas del pueblo, donde algunos de sus habitantes contemplaban con asombro nuestra inesperada visita.

Seis gendarmes a caballo precedían a la columna. El comandante Tomás les dio la orden de situarse a derecha e izquierda de las Barracas, a fin de impedir que los labradores huyesen al bosque, con sus ganados, cuando supieran que venían a robárselos. Los gendarmes partieron al galope.

Cuando llegamos a la primera casa, delante de la cual se levantaba la cruz de piedra se nos dio la voz de: ¡Alto!

Enseguida se destacaron treinta hombres para que vigilasen las calles. Yo estaba entre ellos lo que me alegró mucho, pues prefería hacer centinela a tener que registrar las granjas y cuadras.

Mientras desfilábamos por la calle Mayor, nos preguntaban los vecinos:

-¿Qué sucede en Falsburgo? ¿Por qué talan los bosques? ¿Venís a prender a alguien?

Y otras cosas por el estilo, que nosotros dejábamos sin respuesta, marchando siempre a paso acelerado.

El sargento Monborne; me situó frente a la casa del tío Frantz el colmenero. Como se oyera desde aquel sitio el mugido de los bueyes y los balidos de las ovejas encerradas en los establos dijo el desapiadado Monborne, guiñando el ojo con aire maligno:

-¡La caza será buena! ¡Vamos a dar una sorpresa a esta gente!

Ahora Moisés -añadió volviéndose hacia mí, -vas a quedarte aquí de centinela. Si alguno intentase pasar con ganado, cala la bayoneta. En caso del que hallases resistencia pincha de firme y dispara después:

¿entiendes? Es necesario hacer que respeten las leyes.

No sé dónde este tuno de zapatero había aprendido semejante Ju-risprudencia; pero lo cierto es que me dejó solo, entre dos altas hayas cubiertas de nieve, y siguió su camino con el resto del piquete, que mandaba.

Más de veinte minutos permanecí inmóvil en mi puesto, pre-guntándome a mí mismo qué haría si los aldeanos quisieran salvar su hacienda, y pensé que sería mejor, tirar sobre el ganado que a sus dueños.

En esta incertidumbre, me encontraba cuando sentí estallar de-trás de mí una espantosa gritaría a la que venían a reunirse los pro-longados redobles de nuestros tambores. Las tropas entraban en los establos y arreaban todo el ganado que había dentro. Los barraqueños gemían, suplicaban y blasfemaban, y algunos intentaron defenderse.

El comandante, Tomás, que lo observaba todo desde su caballo, gritaba a los merodeadores:

-¡A la plaza! ¡Llevalas a la plaza!

Las vacas corrían por entre las encinas en medio de un tumulto indescriptible. Yo me consideraba feliz por no haber sido destinado al saqueo. Empero mi alegría fue de corta duración. Una piara de cabras, conducidas por dos desarrapadas viejas, salió de pronto de la calle-juela emprendiendo, el camino hacia el bosque.

Fuéme preciso, en cumplimiento de mi consigna, calar la bayoneta, gritando:

-¡Alto!

Una de las mujeres, a quien llamaban la tía Mignerón, me conocía:

blandía en la mano una larga horquilla y barbotaba pálida de furor:

-¡Moisés, déjame pasar!

Al proferir tales palabras, vi que, se me acercaba poco a poco, con ánimo, sin duda de ensartarme con la horquilla, en tanto que su compañera hacía saltar, las cabras por encima de la empalizada de un huerto inmediato.

Yo tenía intenciones de dejarlas pasar, diciendo que no había visto nada; pero, desgraciadamente, el suboficial Rollet, seguido, de dos individuos de mi compañía apareció en aquel momento, gritando:

-¡Cuidado, Moisés, cuidado!

Viéndose amenazada por mi bayoneta, la anciana Mignerón re-chinaba los dientes de coraje.

-¡Ah, infame! -aullaba; -¡ya me la pagarás!

En realidad estaba tan furiosa que, mi fusil no le inspiraba miedo, llegando hasta a atacarme con su horquilla; entonces comprendí que, el ejercicio es bueno para alguna cosa, puesto que me permitió parar los golpes que me dirigía la vieja.

Dos cabras que pasaron por entre mis piernas, fueron las únicas que se salvaron; las demás cayeron en nuestro poder. Desarmada la vieja cuya horquilla hicimos mil pedazos, mis camaradas se incorporaron, al batallón, que acampaba en la calle Mayor, que estaba llena de toda clase de ganado que balaba o mugía sin cesar.

La pobre Mignerón quedó a la puerta de su casa mesándose los cabellos.

Para aumentar, si cabe, este cuadro de desolación, dos vacas, espantadas de los gritos de sus perseguidores, echaron a correr, salvando las empalizadas y derribando las colmenas del padre Frantz. Afortunadamente, nos encontrábamos en medio del invierno, estación en que, las abejas yacen adormecidas en sus cestos, pues a no ser así, creo que ellas solas habrían puesto en derrota nuestro batallón.

El cuerno del pastor resonaba en la aldea. Este pastor, a quien llamaban Nickel, había sido obligado, en nombre de la ley, a conducir las reses a la ciudad. No bien hubo aparecido en la calle Mayor, todo el ganado siguió la dirección que él quiso darle. Yo lo vi desfilar por delante, del callejón en que quedara haciendo centinela: primero iban los bueyes, después las cabras y por último los cerdos. Los pobres aldeanos seguían este convoy a alguna distancia arrojando sobre los merodeadores palos piedras y cuanto les venía a mano. Por mi parte, calculaba y quizás con sobrada razón, que si me dejaban olvidado en la callejuela, caerían sobre mí aquellos infelices para hacerme pedazos; mas el sargento Monborne vino a relevarme con otros compañeros.

Todos reían alegremente, oyendo decir al zapatero:

-¡Los dejamos pelados! No queda ni una cabra en las Barracas.

Hemos arramblado con todo en un abrir y cerrar de ojos.

Apretamos el paso para alcanzar la columna que marchaba en dos filas a la derecha e izquierda del camino, llevando en medio a los rebaños, mi compañía detrás, y a Nickel con el comandante, Tomás a la cabeza. Formábamos una fila lo menos de trescientos pasos. También llevábamos haces de heno para alimentar el ganado.

De este modo atravesamos lentamente el camino del cementerio.

Al llegar a los glaciares, se nos mandó hacer alto. Allí estuvimos descansando hasta que llegó la orden de bajar el ganado a los fosos.

Nosotros éramos los primeros que regresábamos. Habíamos recogido trece, bueyes, y cuarenta y cinco vacas, un gran número de cabras y carneros y algunas docenas de cerdos.

Todo el día estuvieron entrando en la plaza otras compañías trayendo cada una su botín, con lo cual se llenaron los fosos de ganados, que pacían al aire libre. Entonces el gobernador declaró que la garnición contaba con víveres para seis meses; que todos los

vecinos debían probar que tenían comestibles para otro tanto. tiempo, y que iban a practicarse visitas domiciliarias.

Después nos hicieron romper filas delante de la casa del Ayun-tamiento.

Yo subía cabizbajo por la calle Mayor, cuando oí detrás de mí una voz que decía:

-¡Eh!.. ¡Eh!.. ¡Señor Moisés!

Volví rápidamente, la cabeza, y me encontré con nuestro sargento.

-Y bien -preguntó riendo: -¿viene, usted de hacer sus primeras armas? ¡Qué diablos!.. Nos han traído víveres: sea en hora buena.

-En efecto, sargento, pero es muy triste lo que hemos hecho.

-¿Cómo triste? Al contrario, magnífico. ¡Trece bueyes, cuarenta y cinco vacas!.. Le digo que ha sido un excelente golpe de mano.

-Sin duda ¡pero si hubiese visto usted el llanto, la desesperación de aquellos desgraciados!

-¡Bah! ¡bah ! señor Moisés: lo principal es que el soldado viva.

Nada más justo que el que arriesga el pellejo tenga su ración. Yo he visto mucho de esto en Alemania, en Italia en España. Todos los campesinos son, egoístas. Quieren guardar sus bienes, sin dárselos un ar-dite, el honor de su bandera. Le digo que son unos canallas. Es necesario desplegar mucho, rigor con esa gente.

-Ya lo hemos desplegado, sargento -le contesté; -pero si hubiera sido yo quien mandaba, no se habría despojado a aquellos infelices:

son muy dignos de lástima.

-Es usted demasiado bueno, señor Moisés, y piensa que todos se le parecen. Pero ha de saber que los labradores, los comerciantes y los letrados viven a expensas del militar, y que ellos se aprovechan de todo, sin querer pagar nada. Si uno fuera a escucharles, pereceríamos de hambre entre los muros de una fortaleza. Los campesinos manten-drían a los rusos, a los bárbaros, y a los austriacos con lo que debían darnos a nosotros. Ellos se atracarían desde por la mañana; hasta por la noche, mientras que nosotros estaríamos aquí con los dientes tan largos como ratones de iglesia.

Hablando así, reía como un loco. A este tiempo entrábamos en el portal de casa.

-¿Eres tú, Moisés? -preguntó mi esposa saliendo, a la puerta de nuestra habitación.

-Yo soy, y me acompaña el sargento.

-¡Ah! ¡bueno! ¡bueno! Ya estaba con cuidado por tu larga ausencia.

-Señora Sara -exclamó mi acompañante, -su marido de usted puede vanagloriarse de ser un verdadero soldado. Es cierto que hasta ahora no ha disparado un tiro, pero, en cambio, ha dado una carga a la bayoneta:

-¡Oh, Dios mío! -dijo Sara; -¡cuánto me alegro de verle sano y salvo!

Sin añadir una palabra más, entramos todos; el sargento se retiró a su cuarto y mi mujer y yo nos sentamos a la mesa. Sara me miraba con sus grandes ojos negros, y sabía de qué procedía mi palidez.

-¿Dónde está, Safel? -preguntó.

-Debe estar todavía en el Mercado -contestó mi mujer. -Le había enviado a ver si sabía algo de ti, y... pero va le tenemos aquí.

Efectivamente, la puerta de la estancia se abrió de golpe, dando paso al muchacho, que se arrojó en mis brazos radiante de júbilo. A pesar de la gran tristeza de que me hallaba poseído, comí con apetito.

No había tomado nada desde por la mañana.

De pronto me dijo Sara:

-Si la factura de aguardientes no llega antes, que hayan cerrado, las puertas de la ciudad, no deberemos nada al señor Quataya, puesto que la mercancía queda a cuenta del vendedor si no ha sido aceptada la guía.

-Es cierto -respondí: -nada más justo. El señor Quataya, en lugar de mandar el alcohol sin pérdida de tiempo, ha tardado ocho días en contestar a la carta en que le hacía el pedido. Si él no hubiese retrasado el envío, las doce pipas estarían ya en nuestra bodega. No creo que esta falta deba caer sobre nosotros.

La llegada del sargento, que acudía a fumar su pipa al lado de la chimenea, puso término a esta conversación.

Habiendo significado mis temores sobre lo que podría suceder a Zeffen y Baruch en una ciudad abierta como Saverne, se esforzó mi huésped por tranquilizarme diciendo que, en caso de invasión, se apo-deraba el militar de los víveres, carruajes y caballos que encontraba a su paso; pero que, a menos, de hacerle resistencia dejaba en paz a los hombres honrados, tratando siempre, de vivir con ellos en buena armonía.

En esta plática nos entretuvimos hasta las diez, a cuya hora salió de casa el sargento, para montar la guardia de la puerta de Alemania.

Lo que voy refiriendo ocurría durante la noche del 29 de diciembre, una de las más frías de aquel crudo invierno.

## **IX**

A la mañana siguiente, en cuanto fue de día abrí mis ventanas; lo vi todo cubierto de nieve: los viejos olmos de la plaza y los tejados, aparecían cubierto de nieve.

Algunos vecinos, tales como el hojalatero Recco, el panadero Spick y la anciana colchonera Durand, abrían sus puertas tiritando de frío y miraban al cielo exclamando:

-¡Ah, qué invierno!

-¡Según principia la estación -decíanse unos a otros, -habremos de hacer buena provisión de leña!

Apenas hube yo descornado las cortinas, saltó Safel de su lecho como una ardilla, yendo a pegar la nariz a uno de los cristales, con sus largos cabellos desgreñados y las piernas desnudas.

-¡Oh, la nieve! ¡la nieve! -exclamaba batiendo las manos de contento y estremeciéndose frío de pies a cabeza.

Sara, que se vestía en su habitación, vino después a colocarse al lado, del niño. Durante algunos minutos contemplamos gozosos el blanco panorama que se ofrecía a nuestra vista. Después fui a encender la chimenea; mi mujer entró en la cocina. Safel se vistió en un periquete, y vino a reunirse conmigo, corriendo, como de costumbre.

Mientras tomábamos la sopa, dije a mi mujer:

-El pobre sargento habrá, pasado una noche terrible; buena falta le habrá hecho su vasito de *kirsch*.

-Haces, muy bien en recordarlo -contestó Sara.

Y fue a abrir el armario, llenando de *kirschenwaser* mi pequeño frasco de viaje.

Bien sabes, Federico, que nosotros los judíos no entramos nunca en las posadas cuando vamos de camino para nuestros negocios. Cada uno lleva su botella y su pedazo de pan: esto es muy económico, y, sobre todo, más conforme a la ley del Señor.

Habiéndome entregado Sara mi frasco lleno, metíle en el bolsillo, disponiéndome a marchar al cuerpo de guardia. Safel quería seguirme pero su madre le mandó quedarse y yo salí solo, sumamente gozoso de poder dispensar un obsequio a nuestro pobre sargento.

Eran las siete de la mañana. Las grandes masas de nieve que se desprendían de los tejados a cada golpe, de viento, amenazaban dejar-me sepultado. No obstante, conseguí deslizarme a lo largo de los muros, perfectamente envuelto en mi hopalanda, llegando sin contratiempo a la puerta de Alemania y ya había subido, la escalera del cuerpo de guardia, cuando el mismo sargento salió a mi encuentro, diciendo:

-¡Es usted, señor Moisés! ¿Qué diablos viene a hacer aquí con tanto frío?

-Tome usted, sargento -respondí, presentándole mi frasco de viaje: -he aquí su vaso de *kirsch*, que le he traído, porque creo que tendrá usted gran necesidad de él, después de la noche tan cruda que ha pasado.

-¡Cómo! ¿ha pensado usted en mí? -exclamó él asiéndome del brazo y mirándome enternecido.

-Sí, sargento.

-Muy bien: se lo agradezco. Y sin añadir una sílaba más, levantó el codo, y apuró de un trago el contenido de la botella.

Al mismo tiempo dejóse oír a lo lejos una voz que gritaba:

-¡Quién vive!

Algunos soldados de la guardia corrían a los puestos avanzados.

-¡Magnífico! -exclamó el sargento, tapando la botella y devolviéndomela.

-Tome usted, señor Moisés, y un millón de gracias.

En seguida volviendo la cabeza hacia la medialuna:

-¿Qué hay de nuevo? ¿qué ocurre por ahí fuera? -preguntó.

Llevado de la curiosidad, avancé algunos pasos, a tiempo que un oficial de húsares, un hombre alto, seco, con pelo canoso, y los bigotes blancos, y el brazo cubierto de galones, tras, pasó la poterna a todo el galope de su caballo.

Cien años que viviera creería tener delante a este individuo, con su sable y portapliegos, azotando los ijares del fatigado caballo; con su dormán cubierto de nieve; con su cara huesosa y llena de arrugas; la nariz encorvada la barba puntiaguda y la mirada de águila. Todavía me parece verlo llegar ligero como el viento, detener su bridón ante nosotros, y gritar con voz semejante, al sonido de una trompeta:

-¡Pronto, sargento! ¿la casa del gobernador?

-La segunda a la derecha mi capitán. ¿Qué novedades hay?

-¡El enemigo ha invadido la Alsacia!

Quien no haya tenido ocasión de observar a uno de estos hombres acostumbrados a la guerra y duros como el hierro, difícilmente, podrá formarse una idea del siniestro efecto que, producían en su boca semejantes palabras. Además, el grito de: «¡El enemigo ha invadido la Alsacia!», hacía temblar de rabia.

Los veteranos salieron todos del cuerpo de guardia, y el sargento, que parecía muy tranquilo mirando al húsar que ataba su caballo a la puerta del gobernador, exclamó alegremente:

-Ahora señor Moisés, vamos a vernos lo blanco de los ojos.

Los veteranos que le escuchaban celebraron el chiste con una ri-sotada.

Yo no supe qué contestar, y les volví la espalda, dirigiéndome a casa con la cabeza, baja al mismo tiempo que repetía atemorizado, las siguientes palabras del profeta:

«Llegarán correo tras correo y mensajero tras mensajero, para anunciar al rey que sus fronteras han sido violadas, que el fuego consume sus marjales, y que sus hombres de armas se retiran, porque no tienen fuerzas para combatir. Levantad estandartes sobre la tierra; tocad la trompeta bélica sobre las naciones; arrojad vuestros fuegos sobre el enemigo; oponedle los más bravos y entendidos capitanes...

Todo será en vano: la tierra se conmoverá profundamente, y sufrirá mil calamidades; porque lo que el Eterno ha resuelto, se ejecutará hasta desolar totalmente el país, sin que haya persona que pueda evitarlo» Esto pensaba yo creyendo cierta mi ruina: había perdido la esperanza.

Viéndome entrar Sara en nuestra habitación:

-¡Dios mío! ¿qué tienes, Moisés? -exclamó: -¡estás pálido... desconcertado!..

¡Algo te ha sucedido!

-¡Oh! sí, sí -respondí, dejándome caer sobre una silla: -el día de las grandes desgracias ha llegado... aquel día de que dijo el profeta:

«El rey del Mediodía chocará contra sus cuernos, y el rey de Aquilón se levantará, contra él como una tempestad; entrará en sus tierras, las inundará, y pasará de largo» Al proferir estas palabras, elevaba las manos baría el cielo. El pequeño Safel se apretaba contra mis rodillas. Sara me contemplaba sin saber qué responderme.

Seguidamente, le referí a mi mujer que los austriacos se habían posesionado de la Alsacia: que, los bávaros, los rusos, los suecos y los prusianos, en número de centenares de miles de hombres penetraban en Francia por todas partes; que un capitán de húsares acababa de darnos esta infausta noticia; que nuestros aguardientes estaban, perdi-dos y que la ruina y la miseria se cernían sobre nuestras cabezas.

Como siempre, la idea de verme reducido a la indigencia me hi-zo derramar amargas lágrimas. En vano mi cariñosa mujer y mi tierno hijo trataron de consolarme.

Aquella escena se desarrollaba a mediodía. Un tumulto espantoso se advertía en la ciudad: él tambor redoblaba; en todas las esquinas se leían los bandos militares. Habríase dicho que los aliados atacaban la plaza. Sara asomó la cabeza a una ventana para escuchar. Al mismo tiempo que el gobernador militar ordenaba a los vecinos que desocu-paran enseguida mis graneros y sus pajares, un gran carro de Alsacia tirado por dos caballos vino a parar con estrépito delante de nuestra puerta. Yo, a mi vez, corrí a mirar a la calle. Luego que, hube fijado los ojos en el pesado carruaje, reconocí a Baruch que ocupaba la de-lantera mientras que Zeffen y sus hijos aparecían en el interior, re- costados sobre un haz de aquella aparición me dejó anonadado; y juntando mis temblorosas, manos en ademán de súplica exclamé:

-¡Señor! ¡Señor! ¡aleja de mí toda debilidad! ¡Ya lo ves, tengo necesidad de vivir para mis hijos! ¡Sé, pues, mi fuerza mi sostén, y no me dejes abatir por la desgracia!

Enseguida bajé a recibir a los recién venidos: Sara y Safel me se-guían.

Yo mismo, tomé a mi hija en los brazos para ayudaría a des-cender del carro, mientras Sara se encargaba de los niños:

-Llegamos tarde –dijo Baruch: -cuando acabábamos de entrar le-vantaban los puentes. Muchos de Cuatro Vientos y de Saverne se que-darán fuera de la plaza.

-¡Dios sea loado, Baruch! –respondí: -en cuanto a vosotros, mis queridos hijos, sed muy bien venidos. Ya sabéis que no tengo gran cosa, que no vivo en la abundancia; pero todo cuanto poseo es vuestro; todo está a vuestra disposición..

Dicho esto, Zeffen, Sara y los niños subieron a nuestra habita-ción, quedándome yo para ayudar a Baruch a descargar el equipaje.

Entretanto, las calles se llenaban de paja y de heno que arrojaban de los graneros. El viento se había calmado y ya no nevaba. Momentos después cesaron también, los redobles de tambores y los pregones.

Sara presentó a Zeffen y Baruch algunas tajadas de carne, resto de nuestra cena, con una botella de excelente vino, que saqué del ar-mario.

Mientras comía mi yerno describía el espanto que reinaba en Al-sacia dándonos la noticia de que los austriacos habían rodeado a Ba-silea y que, avanzaban a marchas forzadas sobre Seshelestadt, Neuf-Brisach y Estrasburgo, dejando sitiado Huningue.

--Todos tratan de ponerse en salvo –añadió -huyendo a la mon-taña y llevando consigo todos sus objetos de valor. Ha corrido la voz de haberse visto en Mutzig algunas bandas de cosacos; pero esto no es posible, puesto que el ejército del mariscal Víctor ocupa el Alto-

Rhin, y los dragones pasan constantemente para incorporarse a aquellas fuerzas: ¿cómo hubieran podido atravesar sus líneas sin arriesgar una batalla?

Llenos de angustia escuchábamos todos el relato de Baruch, cuando, abriéndose la puerta de la estancia apareció el sargento. Venía de llenar su servicio, y como ignorase quiénes eran los nuevos hués-pedes que tenía delante, quedóse parado a la entrada de la habitación, sin atreverse a dar un paso.

Entonces tomé de la mano a Zeffen, y adelantándome hacia él:

-Sargento -le dije, -he aquí a mi hija, mi yerno y mis nietos, de quienes le he hablado muchas veces. Ellos le conocían ya porque en mis cartas les he dicho cuánto le queremos.

El veterano miró fijamente a Zeffen.

-Señor Moisés -contestó: -tiene usted una hija muy guapa y su yerno Te parece, un buen hombre.

Después tomó en brazos al tierno Esdras, y le levantó hasta la altura de su rostro, haciéndole un mohín. El niño pareció comprender esta caricia y le recompensó pasando, sus manecitas por el espeso bigote del soldado.

-Mis hijos vienen para vivir conmigo -dije al sargento; -espero que les perdonará si mueven un poco de ruido, ¿no es cierto?

-¡Cómo! señor Moisés. ¿Qué es eso de perdonar? Yo lo dispensa-ré todo; ¿no somos antiguos camaradas?

Y sin esperar respuesta fue a su habitación a buscar su equipaje, que trasladó a una especie de camaranchón, cuya ventana daba al patio.

-Nada, nada: es necesario que, toda la familia esté reunida. Yo soy un buen amigo de la casa el viejo sargento, que no quiere, inco-modar a nadie, con tal que estén contentos de verle.

Sentíme tan profundamente conmovido, al escuchar este noble lenguaje, que no pude menos de abandonar mi asiento para estrecharle las manos.

-¡El día que entró usted en mi casa fue un día de bendición!

-exclamé. -Doy gracias por ello, al Eterno.

-Vamos, señor Moisés, dejemos eso -repuso el veterano: -nada hay, más natural que lo que he hecho; ¿de qué se admira usted?

Enseguida y para ocultar su emoción, salió bruscamente de la estancia. ¡Cuánto se engaña uno en sus cálculos! Este sargento, enviado por Frichard para molestarnos, a los quince días era nuestro, mejor amigo. Cualquier sacrificio habría llevado a cabo por, sernos útil en alguna cosa. A pesar de los muchos años que han transcurrido desde entonces, no puedo pensar sin, entermecerme en este excelente hombre.

Luego que estuvimos solos nos advirtió Baruch que no podía permanecer en Falsburgo sino, unas cuantas horas; que había venido solamente para acompañar a su familia trayendo de camino todos los víveres que pudo recoger en el primer momento de sobresalto, y que, a pesar de los peligros que le amenazaban, cuando el enemigo no debía tardar en presentarse

creía de su deber permanecer en su casa, para salvar, en lo posible, sus mercancías del pillaje.

Esta resolución nos pareció bastante razonable por más que sin-tiéramos en el alma vernos separados en semejantes circunstancias, sin poder mandar ni recibir noticias y estando temblando siempre los unos por los otros.

Decidida la marcha de Baruch, cada uno se ocupó en, sus queha-ceres.

Zeffen y Sara arreglaban la cama de los niños; mi yerno subía las provisiones; Safel jugueteaba con su sobrinito, y yo, con la cabeza inclinada hacia el suelo, recorría a largos pasos la habitación, pensando en nuestras desdichas.

Cuando Zeffen y sus hijos se hubieron instalado en el aposento que, solían ocupar otras veces, como la puerta de Alemania estuviese cerrada y con la de Francia debía hacerse lo mismo a las dos de la tarde, luego que hubiesen salido los forasteros que habitaban la ciudad, se levantó Baruch de improviso, exclamando:

-¡Zeffen, ha llegado el momento de partir!

Apenas acabó de pronunciar, estas palabras se desarrolló entre nosotros una desgarradora escena: las mujeres lanzaban dolorosos gritos; nos abrazaban y mezclaban sus lágrimas con las nuestras. ¡Ah!

¡es una gran dicha el ser amado, la única, la verdadera felicidad que existe en la tierra!.. Empero, ¡qué tristeza causa una separación, y más queriéndose cual nos quería mas todos los de mi familia!.. ¡Si vieras cómo se abrazaban Zeffen y Baruch; cómo estrechaban a sus hijos contra el corazón; cómo los contemplaban exhalando lastimosos gemidos!..

¿Qué podría yo decir en tan amargo trance? Sentado cerca de la ventana, y cubriéndome el rostro con las manos, no me sentía con fuerzas para levantar la voz. Sólo me era dado decir, mentalmente :

-¡Dios mío! ¿será posible que un hombre sólo tenga entre sus manos la suerte, de tantos millones de hombres? ¿Permitiréis que, por satisfacer su orgullo o su ambición, todo esté confundido, desconcertado, y se derrame a torrentes la sangre humana? ¡Señor!.. ¿ tales mi-serias no acabarán jamás? ¿No tendrás compasión de tus pobres criaturas?

Sin levantar los ojos, escuchaba los lamentos de mi familia, que me destrozaban el corazón, y que, se prolongaron hasta el instante en que, viendo Baruch abatida y sin fuerzas a Zeffen, huyó rápidamente, gritando:

-¡Es necesario!.. ¡es necesario!. ¡Adiós Zeffen! ¡Adiós, hijos mí-os!

¡Adiós, padres, adiós!

¡Nadie le siguió!

Sin atrevernos a respirar, escuchamos el ruido del carruaje que le conducía: después se apoderó de nosotros una profunda melancolía que pudiera pintarse solamente, recordando este doloroso cántico:

«Muy fatigados nos detuvimos cerca del río de Babilonia acor-dándonos de Sión. Allí colgamos nuestras arpas en las ramas de los sauces. Cuando aquellos que nos habían conducido nos dijeron:

-¡Dejadnos oír vuestros cantos de Sión! -les respondimos: -¿ Cómo queréis, que entonemos himnos al Eterno, en una tierra extranjera?» X

Empero en este día debía recibir un disgusto mucho más grande que los anteriores.

Recordarás, Federico, que Sara me había dicho la noche antes, durante la cena, que si no recibíamos la factura de los aguardientes, quedarían éstas de cuenta y riesgo del señor Quataya de Pezenas, de-clinando por nuestra parte toda responsabilidad en este asunto.

Yo lo comprendía así y me parecía justo. Además, como las puertas de Francia y Alemania estaban cerradas desde las tres de la tarde, todo lo consideraba acabado por esta parte y estaba tranquilo.

-¡Es una desgracia Moisés -pensaba paseando a trancos por la habitación, -es una desgracia que no hayan, expedido el alcohol ocho días antes! A no haber sido así, habrías realizado un excelente negocio.

En fin, de todos modos, el hecho es que, has salido de cuidado.

Esto te servirá de lección. ¡Conténtate, Moisés, conténtate, con tu antiguo comercio! ¡No te metas otra vez en semejantes empresas, que te roban la paz del alma! ¡Guárdate, de arriesgar tu dinero a un golpe de azar, y que, esto no se repita!

He aquí las reflexiones que, me hacía cuando, a eso de las cuatro, percibí en la escalera un paso tardo y pesado, semejante, al de un hombre que busca su camino en medio de la obscuridad.

Zeffen y Sara estaban en la cocina preparando la cena. Como las mujeres tienen siempre alguna cosa que decirse en secreto, estaban charlando y no pudieron oírle. Escuché, pues, atentamente, y abrí la puerta de par en par preguntando:

-¿Quién va?

-¿No vive aquí el señor Moisés, traficante en aguardientes?

-repuso un individuo con blusa azul y sombrero de alas anchas, cuyo oficio de carretero se adivinaba a tiro de ballesta por el látigo que traía en la mano.

Al oír aquellas palabras, palidecí horriblemente. No obstante, re-poniéndome al punto contesté:

-Yo soy Moisés; ¿qué se ofrece?

Entró el desconocido en la estancia, sin aguardar permiso, para hacerlo y sacando de debajo de su blusa una cartera de badana de la cual extrajo unos papeles, dijo alargándomelos:

-Tome usted; son las facturas, del espíritu de vino. ¿No es usted quien espera las doce pipas de Pezenas?

-Sí, ¿dónde le están?

-En la colina de Mittelbron, a veinte minutos de aquí -respondió tranquilamente el carretero: -Los cosacos han detenido mis carros, me han obligado a desenganchar los caballos y con no poco trabajo he logrado salvarme, entrando en la plaza por la única poterna que ha quedado abierta.

Mientras me decía esto, sentí que no podían sostenerme mis piernas. Tuve que dejarme caer sobre un sillón, sin poder articular palabra.

-Es preciso que me pague, usted los portes y firme el recibo de los aguardientes -añadió el carretero.

-¡Sara! ¡Sara! -exclamé con voz desfallecida.

Mi mujer y Zeffen se presentaron al punto. El carretero entonces les explicó el asunto de que se trataba. Por mi parte, no comprendía nada de lo que, pasaba en derredor mío: solo tenía fuerzas para gritar:

-¡Todo está perdido!.. ¡Habré de abonar hasta el último liard, sin recibir la mercancía!

Pero Sara, que no perdía tan fácilmente la serenidad, le contestó:

-Estamos dispuestos a pagar, pero este documento consigna ex-presamente que las doce pipas han de ser entregadas en la plaza...

-Antes de venir aquí -interrumpió el carretero, -he querido ase-gurarme de mí derecho.

Vengo de casa del juez de Paz, quien me fía dicho que todo corre de cuenta de ustedes, lo mismo el aguardiente, que mis carros y caba-llos.

He desenganchado éstos, y me he puesto en salvo con ellos: esto menos tendrán ustedes que abonar. Ea, ¿quieren ustedes pagarme o no?

Estábamos medio muertos de espanto cuando llegó el sargento, el cual, habiendo oído los gritos del carretero, preguntó en tono amena-zador:

-¿Qué le pasa a usted, señor Moisés? ¿Qué pide este hombre?

Sara que recobraba enseguida su sangre fría le contó el caso lisa y llanamente.

-¡Oh! -exclamó el veterano. -¡Doce pipas de espíritu de vino, de las cuales pueden salir veinticuatro toneles de excelente coñac! ¡Qué contenta se pondrá la guarnición!

-Cierto -repuse yo, -pero es el caso que esas doce pipas no pue-den entrar en la plaza, cuyas puertas están cerradas. Además, los cos-mos, según dice este hombre, han rodeado los carros, y a estas horas...

-¿Quién ha dicho que no entrarán? -interrumpió el sargento.

-Vamos, señor Moisés, ¿acaso el gobernador es tan imbécil? ¿Cree usted que rechazará, esas veinticuatro pipas de coñac, cuando el sol-dado carece de tan necesario licor? ¡Ja, ja! ¡bueno es él para dejar era ganga a los cosmos!

Después, volviéndose a mi esposa añadió:

-Ea, señora Sam, pague, usted sin miedo; y usted, señor Moisés, póngase el capote y sígame a casa del gobernador, con la factura en el bolsillo. ¡En marcha! no hay que perder momento. Si los cosmos lle-gan a meter la nariz en los toneles, le aseguro que los encontrará usted bastante mermados.

-¡Ah, sargento, me salva usted la vida!

Y me di prisa a ponerme el capote.

-Conque, ¿pago la cuenta? -preguntó Sara.

-¡Sí, sí, paga... paga! -respondí, bajando la escalera detrás del sargento, no ocultándose me por otra parte, que el carretero podía obligarme a pagarle.

Cuando estuve, en la calle se apoderó de mí una terrible indecisión.

Lo único que me acuerdo de aquel instante, es que el sargento me precedía hundiéndose hasta los tobillos en la nieve; que llegamos a la residencia del gobernador, y que el veterano dijo algunas palabras al oído del zapador que hacia centinela quien nos dejó pasar inmediatamente.

Ya en la galería rodeado de una balastrada, me dijo el sargento:

-Calma, señor Moisés. Saque usted la factura y déjeme hablar.

Al mismo tiempo llamaba suavemente a una puerta.

-¡Adelante! -gritaron desde dentro.

Franqueamos al punto la entrada y nos hallamos en presencia del coronel Moulin, hombre al parecer como de unos cincuenta años bastante robusto y colorado, vestido con Lata. y calzones de seda, que fumaba tranquilamente su pipa delante de un buen fuego que ardía en la chimenea teniendo sobre el mármol de ésta una botella de ron y una copa vacía.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó el gobernador, volviéndose hacia nosotros.

-Mi coronel, los cosacos han apresado doce pipas de aguardiente en la colina de Mittelbron.

-¡Los cosacos! -exclamó el gobernador. ¿Han traspasado nuestras líneas?

-Sí -contestó el sargento; -hay una *hourra* de cosacos, que se ha apoderado del aguardiente que este patriota traía de Pezenas para la guarnición.

-¡Ah, bandidos! ¡canallas!

-Aquí está la factura que acredita lo que digo -prosiguió el sargento tomando el documento que yo le alargaba y entregándolo al coronel.

Fijó los ojos el gobernador en aquel escrito, y encarándose bruscamente con el veterano, exclamó:

-Sargento, va usted a tomar veinticinco hombres de su compañía, y marchará, con ellos a paso de carga a rescatar esas doce pipas de aguardiente. Para conducir las a la ciudad puede embargar los primeros caballos que encuentre a mano.

Luego, como advirtiese que nos disponíamos a salir, agregó:

-Esperen ustedes, voy a darles la orden por escrito.

Y acercándose a una mesa, trazó algunas líneas sobre un papel que entregó al veterano.

-Señor Moisés -me dijo el sargento cuando estuvimos en la escalera, -corra usted a buscar al tonelero, pues tendremos necesidad de él y de sus oficiales. Conozco muy bien a los cosacos: su primera idea habrá sido descargar las pipas, para desfondarlas a su sabor. Encárgueles que traigan cuerdas y una escalera de mano. Yo voy al cuartel a reunir mis soldados.

Recibidas estas instrucciones, partí como un gamo hacia mi casa.

Estaba indignado contra los cosacos. Sin despegar los labios, me puse la cartuchera y empuñé el fusil. En aquel instante me sentía capaz de batirme contra todo un ejército.

-¿Adónde vas? ¿Qué es eso? -me preguntaban Zeffen y Sara tra-tando de detenerme.

Pero yo me desprendí de ellas diciendo:

-¿Que adónde voy? ¡Ya lo sabréis después!

No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya estaba en casa del tonelero Schweyer. Este tenía dos pistolas que colgó de su cintura juntamente con el hacha, tan pronto como supo de lo que se trataba.

Sus dos oficiales Nickel y Frantz, cargaron el uno con la escalera y el otro con un manajo de cuerdas, y nos dirigimos a la puerta de Francia.

El sargento no había parecido todavía; pero, diez minutos des-pués, le vimos venir a la carrera, al frente de una treintena de vetera-nos.

El oficial que mandaba la guardia de la poterna nos dejó pasar, luego que hubo visto la orden del gobernador, y un instante después, estábamos en los fosos de la plaza detrás del hospital, donde el sar-gento hizo formar sus hombres, diciéndoles:

-¡Se trata de coñac, de veinticuatro pipas de coñac! Conque, ¡atención, camaradas! La guarnición se ve privada de aguardiente:

¡aquellos de vosotros a quienes no les guste el aguardiente, que pasen a retaguardia!

Ninguno de los veteranos dio un paso atrás: todos querían com-batir en primera fila.

Serían las cinco de la tarde. Al mirar desde la pendiente de los glacis, se distinguía la extensa llanura de Eichmat, y más lejos las colinas de Mittelbron, cubiertas enteramente de nieve. El cielo estaba cubierto de densos nubarrones; hacia bastante frío.

-¡En marcha! -gritó el sargento.

Al momento ganamos el camino de la montaña. Los veteranos, con nieve hasta las rodillas marchaban en dos filas paralelas a ambos costados de la senda que recorríamos. Schweyer, sus dos mozos y yo, formábamos la retaguardia de la columna.

Al cabo de un cuarto de hora los soldados estaban ya muy lejos.

Todavía llegaba hasta nuestros oídos el rumor que producían ¡sus cartucheras llenas de municiones; pero bien pronto este ruido se per-dió en lontananza: después no oímos más que los ladridos de los pe-rros de las *Tres Casas*, que estaban sujetos a sus cadenas.

El profundo silencio de la noche me hacía reflexionar. Sin el de-seo que tenía de recobrar mis pipas de aguardiente, hubiera desde lue-go emprendido la fuga hacia Falsburgo. Afortunadamente, esta idea me retenía en mi puesto y exclamé:

-¡Despachémonos, Schweyer, despachémonos!

-¡Despachémonos!.. -gritó montando en cólera el tonelero: -tú puedes darte prisa porque tienes interés en rescatar tu espíritu de vino; pero ¿qué nos importa eso a nosotros? ¿Somos

acaso unos bandidos para arriesgar de noche nuestra existencia en medio de un camino real ?

Estas palabras me dieron a entender que aquel hombre deseaba ponerse en salvo, y esto me indignó.

-¡Ten cuidado, Schweyer! -le respondí; -¡ten cuidado! porque si tú y tus mozos me abandonáis, se dirá por ahí que habéis hecho traición a los aguardientes de la guarnición. Esto es peor que desertar de su bandera sobre todo para un tonelero.

-¡Llévete, el diablo! -refunfuñó; -nunca debía haber venido.

A pesar de todo, continuaba subiendo la colina aunque algunos pasos detrás de mí. Nickel y Frantz nos seguían sin apresurarse.

Al llegar a lo alto de la loma vimos iluminadas algunas casas de la aldea; en las dos primeras casas hormigueaba la gente.

La puerta de la posada del *Racimo*, abierta de par en par, dejaba ver el fondo de la cocina, en la cual ardía una gran hoguera merced a cuyo resplandor, que llegaba hasta el camino, pude ver dos carretas estacionadas delante de la caiga.

Por la cocina cruzaban como sombras una porción de hombres, bailando, gesticulando y lanzando gritos ininteligibles. Eran los cosa-cos, que habiendo obligado a la mujer del posadero Heitz a cocerles una sopa con pimiento, la despachaban alegremente y desde el sitio donde nos habíamos detenido, a unos trescientos pasos de la casa distinguíamos perfectamente a aquellos tunos, que sé: alargaban unos a otros grandes jarros de vino, u otro líquido que, no pude averiguar, lanzando al mismo tiempo estrepitosas carcajadas.

Me pareció que, se estaban bebiendo mi aguardiente, pues en el primer carro había un farol y aquellos miserables no cesaban de ir y venir con gran algazara.

Esta idea me sacó de quicio. Sin pararme a reflexionar el peligro a que iba a exponerme eché a correr hacia la casa, vociferando como un energúmeno.

Por fortuna, los soldados me llevaban bastante delantera pues, de otro modo, los cosacos me habrían hecho pedazos. No estaba todavía a mitad del camino del punto a donde me dirigía, cuando nuestra tropa saliendo de repente de entre los árboles, cayó sobre el enemigo como una manada de lobos, gritando:

-¡A la bayoneta!

Tú no has podido ver, amigo Federico, nada parecido a la terrible escena que, te voy describiendo. En un abrir y cerrar de ojos, estaban los cosacos a caballo, y los veteranos en medio de ellos. La fachada de la fonda con su pequeño Jardín, rodeado de una empalizada apareció iluminada por el siniestro resplandor de los fogonazos. Las dos hijas de Heitz, asomadas a las ventanas, levantaban los brazos al cielo, lanzando gritos que debían oírse en todo Mittelbron.

A cada instante, y en medio del estruendo de las armas, velase un bulto informe caer pesadamente sobre la arena del camino; después un caballo sin jinete partía como el viento a través, de los campos, relinchando, espantado, y azotándose los ijares con su flotante cola.

Los habitantes de la aldea acudieron en tropel; el posadero Heitz se deslizó en el henil, encaramándose apresuradamente, en la escalera y yo llegué corriendo como un loco. Yo

estaba más que a unos cincuenta pasos de la casa, cuando un cosaco, que huía a galope tendido, vol-vióse a mí furioso, gritando con voz ronca:

-¡Hurra!.. ¡hurra!

Y me asestó un lanzazo. Sólo, tuvo, tiempo de bajar la cabeza. El hierro de la lanza pasó haciéndome aire a lo largo de la mejilla izquierda.

Jamás he visto mi vida en más inminente peligro, amigo Federi-co.

En aquel instante, sentí un escalofrío que circulaba por todo mi cuerpo; ese estremecimiento de la carne, que el profeta ha descrito de este modo: «Se estremeció mi alma: mis cabellos se erizaron de terror» Empero lo que revela la prudencia y sabiduría del Señor, cuando reserva a una de sus criaturas para llegar a una edad avanzada, es que a pesar del temblor que sentía en las rodillas tuve bastante, fuerza para llegar hasta uno de los carros en que estaban cargadas, mis pipas de aguardiente, y me agazapé debajo de él, al abrigo de los botes de lanza y de las balas perdidas.

Desde allí observó cómo los veteranos iban exterminando a los cosacos, que se habían refugiado en el patio. En la puerta yacían cinco o seis cadáveres de enemigos y otros tantos en la carretera. Haría cosa de unos diez minutos que duraba el combate, cuando volvieron a reinar las tinieblas y oí gritar al sargento:

-¡Alto el fuego!

Heitz, que había bajado del henil, alumbraba con una linterna gracias a lo cual pudo verme el sargento debajo del carro.

-¿Está usted herido, señor Moisés? -me preguntó.

-No -le respondí; -pero es el caso que uno de esos bribones ha querido ensartarme con su lanza y me he refugiado en este sitio.

El veterano soltó una risotada.

Después, dándome la mano para ayudarme a levantar, añadió:

¡Señor Moisés, me ha dado usted un gran susto; pero hágame el favor de limpiarse las espaldas, no vayan a creer por ahí que no se ha portado usted como un valiente!

-Que los demás crean lo que, les dé la gana -pensaba yo riendo interiormente: -lo principal es vivir en perfecta salud todo el tiempo Posible.

Nosotros no teníamos más que un herido, el cabo Duhem, un antiguo soldado que se vendaba él mismo la pierna derecha atravesada de un balazo, y que quería marchar como sus camaradas. Hízosele subir a uno de los carros, donde Lehnel, la hija mayor de Heitz, le hizo beber un vaso de *kirschenwasser*, que lo volvió al momento su fuerza y buen humor, hasta el punto de oírsele exclamar alegremente:

-¡Esta herida hace la de quince! Ya tengo para estar, ocho días en el hospital. Dejadme ahí cerca la botella para *kirsch* para remojar las compresas.

Yo estaba ebrio de alegría al contemplar mis doce pipas sobre los carros. Schweyer y sus dos ayudantes habían huido, como unas liebres a los primeros tiros, de modo que nos habríamos visto muy apurados si hubiésemos tenido nosotros que cargar los toneles.

Lo primero que hice, después que me hubo pasado el susto, fue ir a golpear la tapa del último barril, a ver lo que, faltaba. ¡Parece increíble que aquellos miserables se hubieran tragado cerca de siete azumbres de espíritu de vino! El tío Heitz me aseguró que muchos de ellos lo bebían sin agua. Era necesario que semejantes salvajes tuviesen el gahate de hierro, cuando los más afamados borrachos entre nosotros no apurarían una copa sin dar con las narices en el suelo.

En fin, habíamos ganado, y nada teníamos que hacer allí. Cuando pienso en eso, me parece estar viendo aún a los vigorosos caballos de Heitz saliendo de la cuadra y al sargento, apareciendo en la puerta de la posada con una linterna en la mano, gritando:

-¡A escape a la ciudad! Esos canallas podrían volver en mayor número y darnos un mal rato.

Los veteranos rodeaban los carros en la puerta de la posada: más lejos, a la derecha veíanse los aldeanos, armados de hoces y picas para contener a los cosacos; y yo, encaramado en uno de los carros, cantaba mentalmente alabanzas al Señor, pensando en la alegría que habían de experimentar Sara, Zeffen y el pequeño Saffel por el buen éxito de nuestra empresa. ¡Qué placer sentía oyendo el sonido de los cascabeles y el chasquido, del látigo que hacía volar a los caballos!

Los veteranos, formados en dos filas con el fusil al hombro, escoltaban mis doce pipas de alcohol, como si fuese el Tabernáculo; Heitz guiaba los caballos y el sargento y yo marchábamos detrás.

-Y bien, señor Moisés -me dijo riendo: -ya ve usted que todo ha salido según sus deseos ¿está usted contento?

-Tanto, que no, sé cómo expresarle mi alegría. Lo que debía arruinarme será la causa de la prosperidad de mi familia. Le debo a usted mi fortuna, sargento.

-¡Vamos!.. ¡vamos! -interrumpió Trubert: -¿se burla usted de mí?

Yo estaba enternecido, porque, efectivamente, no dejaba de conmovirme al creerse uno arruinado y encontrarse de pronto no sólo con su hacienda íntegra sino con pingües beneficios. Y murmuraba para mis adentros:

«¡Bendito seas, gran Dios, bendito seas! yo te celebraré entre los pueblos: yo cantaré tu gloria a las naciones; porque tu bondad es inmensa y tu sabiduría se eleva hasta las nubes»

## **XI**

Voy a referirte nuestro regreso a Falsburgo. Puedes pensar si mi mujer y mis hijos estarían con cuidado después de haberme visto salir de casa con el fusil en la mano, sin quererles decir a dónde iba. A eso de las cinco, Sara y Zeffen bajaron a la calle a adquirir noticias, y entonces supieron que yo marchaba a Mittelbron con un destacamento de veteranos.

¡Calcula cuál sería su terror al saber esto!

El rumor de que iban a ocurrir cosas extraordinarias, se había extendido por la ciudad. Multitud de vecinos se habían situado en el baluarte del cuartel de infantería, para observar lo que pasaba en el campo. Burguet, el alcalde y otras personas notables de la población, se encontraban allí, rodeados de mujeres y niños haciendo inútiles esfuerzos para distinguir algo en medio de la obscuridad de la noche.

Había quien afirmaba que Samuel Moisés iba acaudillando la columna de ataque. Empero, esto no parecía creíble. El discreto Bur-guet decía:

-¡Es imposible! ¡Una persona tan sensata como Moisés, no iría a arriesgar su vida contra los cosacos! ¡Es imposible!

A haberme encontrado en su lugar, habría creído lo mismo.

Los hombres, Federico, aun los más pacíficos, se ciegan de furor cuando se ataca a sus intereses. Ellos son más valientes que los otros, cuando no miran el peligro a que, se exponen.

Entre la muchedumbre de curiosos se encontraban Zeffen y Sara envueltas en sus chales, y pálidas como dos cadáveres. Las pobres mujeres estaban en pie, silenciosas e inmóviles como dos estatuas.

Estas cosas las he sabido después.

En el momento en que Zeffen y su madre llegaban a aquel sitio, serían las cinco y media de la tarde. Ni una estrella brillaba en el cielo.

Precisamente, era entonces, cuando Schweyer y sus oficiales huían delante del enemigo, a los dos minutos de empezarse la batalla.

Burguet me refirió algunos días después, que, a pesar de la noche y la distancia, se distinguían los fogonazos y oía el estampido de la fusilería cual si fuese a cien pasos, y que ninguno de los circunstantes se atrevía a respirar, para escuchar mejor los disparos, que, resonaban sin interrupción, repetidos por el eco del Bosque, de las Encinas y el de Lutzelburgo.

Cuando se restableció el silencio en la campaña descendió Sara del parapeto, apoyada en el brazo de Zeffen. La infeliz no podía tener-se en pie. Burguet las ayudó a llegar al Mercado, haciéndolas entrar en casa del anciano Frise que se calentaba solitario y triste delante de su hogar.

-¡Este es el último día de mi vida!

Zeffen lloraba a lágrima viva.

Muchas veces me he arrepentido de haberles causado tan, gran disgusto; pero, ¿quién puedo responder de su propia sabiduría? La misma Sabiduría ha dicho:

«He considerado la sabiduría, la estulterez y la locura y visto que la sabiduría aventaja muchas veces a la locura; pero he visto también que el sabio se comporta como el loco; por lo que, me he dicho, en el fondo de mi corazón, que la sabiduría es a menudo vanidad» Acababa. Burguet de salir de casa del buen Frise a tiempo que Schweyer y sus dependientes subían la escalera de la poterna diciendo a cuantos querían oírles que los cosacos nos rodeaban por todas partes, y que estábamos perdidos sin remedio.

Por fortuna mi mujer y mi hija no podían escacharles. Además, el alcalde vino inmediatamente, a decirles que se abstuviesen de pro-palar noticias desfavorables, si no querían hacerse conducir a la cárcel.

Ellos obedecieron, pero la gente creyó de buena fe que habían dicho la verdad, y se confirmó más en esta idea al ver que todo volvía a quedar silencioso y sombrío por la parte de Mittelbron.

Cansados de esperar los curiosos, bajaron del bastión, llenando por entero la calle: Mayor. Muchos de ellos se volvían a sus casas pensando no volver a vernos jamás, cuando al tocar el reloj de la catedral las siete de la noche se oyó la voz de un centinela gritando:

-¿Quién vive?

Era nuestra columna que llegaba delante de la plaza.

En un instante volvió la multitud a ocupar el sitio que había abandonado. La guardia de la puerta corrió a las armas, saliendo en seguida a reconocernos.

Nosotros, entretanto, escuchábamos el murmullo que se elevaba de la ciudad, sin saber a qué atribuirlo. Por esto fue grande mi sorpresa cuando, después que nos reconocieron y hubieron bajado los puentes para que pasáramos, oí gritar en derredor mío:

-¡Viva el señor Moisés! ¡Viva el aguardiente!

Tales exclamaciones hacían brotar lágrimas de mis ojos. Añade a esto el sordo ruido que producían, mis carros, rodando sobre el puente levadizo, la vista de los soldados que escoltaban mi hacienda y la numerosa turba de mujeres y chiquillos que me seguían gritando sin cesar:

-¡Hola el señor Moisés!.. ¡Éh!.. ¡Moisés! ¿estás bueno? ¿No te han muerto, Moisés?

Mientras unos reían como locos, venían otros a tomarme del brazo para que les describiera la batalla con todos sus pormenores.

No había persona que no quisiera hablarme. El mismo alcalde se dignó dirigirme la palabra sin que tuviera tiempo para contestarle.

Pero esto no era nada en comparación de la alegría que experimenté al ver a Sara, Zeffen y Safel salir corriendo de casa de Frise y arrojarse en mis brazos exclamando:

-¡Aquí está!.. Se ha salvado!

-¡Ah, Federico! ¿qué son los honores al lado de semejante amor?

¿Qué vale la gloria del inundo, comparada con el placer que, ocasiona la vista de aquellos a quienes se ama? Ya hubieran podido mis conciudadanos repetir un año entero: ¡Viva Moisés!, porque yo no habría vuelto la cabeza para escucharlos; la llegada de mi familia en aquel momento hábame causado hondísima emoción.

Desahogados un tanto nuestros corazones, di el fusil a Safel, y mientras los carros continuaban su marcha en dirección a la plaza escoltados por los veteranos, conduje a Zeffen y a Sara a través de la muchedumbre, a casa del viejo Frise donde los abrazos y las exclamaciones de júbilo: comenzaron de nuevo.

Afuera no cesaba el griterío y los vítores entusiastas: hubiérase creído que mi aguardiente, era propiedad de todos los habitantes de Falsburgo. Entretanto, mi mujer y mi hija se deshacían en lágrimas que me hacían comprender todo el alcance de mi imprudencia. Por eso, lejos de hablarles de los peligros que, habíamos corrido, les dije que, los cosacos huieron en cuanto nos vieron y que no tuvimos que hacer más que enganchar los caballos.

Un cuarto de hora después cesó e en la calle y nos encaminarnos a nuestras casa precedidos de Safel, que llevaba mi fusil al hombro.

Mientras andábamos, iba yo pensando, en dejarlo todo arreglado aquella misma noche a fin de empezar a vender lo más pronto posible.

Cuando se han corrido peligros semejantes a los que vi expuestos mis intereses, es necesario agarrar la ocasión por los cabellos pues si uno fuese a dar su mercancía a precio de coste, como algunos quisie-ran, nadie querría arriesgar su fortuna por servir a los demás, llegando el caso que si un comerciante se sacrificase en beneficio del consumi-dor, le tornarían por loco, como se ha visto siempre y se verá, mien-tras el mundo exista.

A Dios gracias, semejantes ideas no han cruzado jamás por mi imaginación, Siempre he creído que el verdadero comerciante debe buscar la mayor ganancia posible honrada y lealmente.

Esto es prudente y justo al mismo tiempo. Podrían ser ya las ocho de la noche. Al llegar a la esquina del Mercado, vi mis dos ca-rros parados delante, de nuestra puerta. El posadero Heitz desengan-chaba sus caballos a toda prisa, para salir de la ciudad antes de que cerraran otra vez la poterna mientras los veteranos se dirigían al cuartel de infantería.

Luego que entramos en casa Zeffen y Sara que parecían bastante fatigadas, se retiraron, a su habitación para tomar algún descanso.

Yo, en vez de hacer lo mismo, mandé a. Safel que fuese a buscar al tonelero Gros, para que me ayudase a descargar mis pipas de aguardiente. Ahora todo el mundo quería ayudarme.

Un instante después llegaba el tonelero, acompañado de sus ofi-ciales y enseguida se puso mano a la obra.

¡Cuán agradables, Federico, ver bajar a la bodega estos grandes barriles, y poder decir: «Eso me pertenece: es alcohol, que me cuesta a veinticuatro sueldos el litro, y que revenderé a tres francos!» He aquí las ventajas del comercio, hecho de buena fe y con inteligencia.

A eso de media noche mis doce, pipas descansaban ya en sus co-dales:

no quedaba otra cosa que hacer sino horadarlas.

Al despedir a Gros, encarguéle que viniese muy de mañana a fin de ayudarme en la tarea de atemperar el alcohol.

Después que hubo salido el tonelero, cerró Safel la puerta de la bodega: enseguida subimos a acostarnos.

He aquí de qué modo pude salvar las doce pipas de aguardiente, que estuvieron tan comprometidas.

Por lo demás, bien comprenderás, Federico, las angustias y zozo-bras que sufríamos en esta época. Nadie estaba seguro dentro de su casa teniendo que dormir, como vulgarmente se dice, con un ojo abierto como, las liebres.

Era digno, de vez cada mañana el gesto que ponían los vecinos al saber que los austriacos y los rusos ocupaban la Alsacia, que los pru-sianos se dirigían sobre Sarrebruck, o bien cuando empezaban las vi-sitas domiciliarias y se obligaba a los ciudadanos a trabajar en las

obras de defensa y a formar compañías de bomberos para desembarazar inmediatamente, las casas de todas las materias combustibles por temor a un bombardeo. Mucho tiempo antes, había pedido el gobernador noticias sobre la situación de la caja municipal, acompañada de la lista de los principales contribuyentes, a fin de que costeasen entre todos los zapatos, capotes y ropa blanca que necesitaba la guarnición.

Repito que, era necesario ver esto, para comprender la desconfianza con que nos mirábamos unos a otros.

En tiempo de guerra nadie hace caso de los lamentos del pacífico ciudadano. Con un simple recibo de la autoridad militar, os obligaban a entregar vuestra última camisa sin permitirnos siquiera el consuelo de quejarnos. Los más notables, los que figuran en el país, enmudecen cuando habla un gobernador militar. He aquí por qué creo yo que todos aquellos que piden la guerra a grandes gritos, a menos de ser soldados, han perdido el seso; o bien que, viéndose arruinados, esperan recobrar algo, que perdieron.

En medio de semejantes miserias, era indispensable no perder tiempo, y durante todo el día que siguió al, en que ocurrieron los sucesos que dejo relatados, no hice más que ocuparme en mis negocios. Al apuntar el alba bajé a la bodega; púseme en mangas de camisa y empecé a sacar agua del pozo. Gros y sus ayudantes, que vinieron después, vaciaban los zagues en dos grandes cubas, que había comprado de antemano, y que al caer la tarde dejaron llenas de un magnífico aguardiente de diez y ocho grados. Había preparado también el caramelo para dar a aquella bebida el color del coñac, añejo, y cuando di vuelta a la espita y levantando el vaso a la altura de mis ojos vi que el aguardiente había adquirido el tinte, deseado, no pude por menos de exclamar, radiante de gozo:

«Dad cerveza al afligido, dadle vino para que los beba y olvide sus penas» El señor Gros, en pie a mi lado, y sus dependientes parecían también contentos. Llené un gran vaso hasta los bordes y ellos lo apuraron con fruición, pasándose uno al otro.

Volví a mi casa a las cinco de la tarde.

En este, mismo día, Safel había buscado cuatro o seis obreros, que, se ocuparon en trasladar al patio, nuestro hierro viejo, dejándolo al abrigo de la intemperie bajo un cobertizo. Desocupado el almacén, se blanquearon sus ennegrecidas paredes. El carpintero Desmaretz empezó entonces a clavar algunos anaqueles para colocar los vasos, las botellas y las medidas de estaño, mientras su hijo aserraba las tablas que habían de para el mostrador. Todo se hacía a la vez y con extraordinaria actividad, pues a todos nos agrada ganar cuanto antes una buena cantidad.

Yo contemplaba todo aquello encantado. Zeffen, con su pequeño niño en brazos, y Sara habían bajado también, al establecimiento.

-He ahí -dije a mi mujer, señalándola el sitio destinado para el mostrador: -he ahí donde estarás sentada metidos los pies en unas buenas pantuflas y abrigada la espalda con un gran chal, vendiendo aguardiente.

Sara inclinó la cabeza en señal de asentimiento, riendo alegremente.

Nuestros vecinos, el armero Bailly, Koffel el tejedor y algunos otros, venían de cuando en cuando a ver cómo, avanzaban los trabajos, leyéndose en sus ojos la envidia con que miraban mis próximas ganancias.

Daban las seis cuando Desmarets arrojó su martillo, dando por terminada la obra. En este instante apareció el sargento que salía de la cantina.

-¡Muy bien, señor Moisés! -exclamó, dándome unos golpecitos en la espalda: -todo eso está, muy bien, pero aun falta en su tienda alguna cosa.

-¿Qué falta sargento?

-Un techo blindado, para evitar que aplasten las bombas a los bebedores.

Comprendí que tenía razón. Estas palabras me llenaron de es-panto.

Sara palideció. Los vecinos se reían de nuestro asombro.

Bien a pesar mío híceme cargo de que aun nos quedaba mucho que sufrir.

Sara, Zeffen y yo subimos a nuestra habitación, mientras Desma-rets cerraba la puerta. La cena estaba preparada; nos sentamos a la mesa y Safel me entregó las llaves. Entretanto, habla cesado el rumor en las calles. Sólo se oía resonar a lo lejos el tardo paso de alguna patrulla de milicianos.

El sargento, como, de costumbre, vino a fumar su pipa al amor de la lumbre. Para matar el rato, el veterano se empeñó en explicarnos el modo de construir blindajes con vigas apoyadas en los ángulos de una habitación, y unidas por sus puntas, en forma de garita; pero en vano se esforzaba; yo no creía que fuese muy sólida esa construcción y la sonrisa de Sara me daba a entender que ella también era del mismo parecer.

Entretenidos en esta plática estuvimos hasta las diez, hora en que cada uno se retiró a su cuarto.

## **XII**

Durante la noche del 5 al 6 de enero, día de Reyes, llegó Q ene-migo delante de la plaza, por la parte, de Saverne.

Hacía un frío horroroso; los cristales de nuestras ventanas apare-cían cubiertos de una espesa capa de hielo. Al punto de la una de la madrugada vino a despertarme el toque de llamada que resonaba en el cuartel de infantería.

No puedes imaginarte, Federico, nada más siniestro que este, rumor que se dejaba oír en medio del profundo silencio de la noche.

-¿Has oído, Moisés? -me preguntó Sara en voz baja.

-Sí, sí -respondí, sin atreverme siquiera a respirar.

Un minuto después se abrían muchas ventanas en nuestra calle; era evidente que, los vecinos estaban alarmados.

De improviso sintiéronse en la calle precipitados pasos, y una voz que, gritaba:

-¡A las armas! ¡A las armas!

Los cabellos se me erizaron de terror. Levantéme al momento, y encendí la lámpara.

Una vigorosa mano descargó algunos golpes sobre la puerta de nuestra habitación.

-¡Adelante! -exclamó Sara, temblando.

Giro la puerta sobre sus goznes, y apareció el sargento en traje de marcha con el fusil al hombro y el sable y la cartuchera en bandolera.

-Señor Moisés -dijo: -puede usted volverse a la cama: el toque, de llamada es para que los soldados acudan al cuartel.

Comprendimos al punto que el sargento tenía razón, pues los tambores no subían por la calle de dos en dos, como se acostumbraba para reunir la guardia nacional.

-Gracias, sargento -respondí.

-Duerma usted tranquilo, -me contestó, bajando la escalera apresuradamente.

El ruido que produjo al cerrar la puerta de la calle despertó a Zeffen que, vino a nuestro cuarto, con su pequeño Esdras en los brazos, preguntando azorada:

-¡Dios mío! ¿Qué pasa en la ciudad?

-No es nada -contestó Sara; -llaman a los soldados al cuartel.

Casi al mismo tiempo bajaba un batallón por la calle; Mayor, dirigiéndose primero a la plaza, de Armas, y después a la puerta de Alemania.

Los vecinos, cerraron sus ventanas; Zeffen volvió a su aposento y yo me metí otra vez en la cama. Pero, ¿cómo dormir después de semejante alarma? Mil horribles ideas asaltaban mi mente. Ya me re-presentaba la llegada de los rusos, en medio, de aquella fría noche; ya creía ver a nuestros soldados que salían a su encuentro, dispuestos a sacrificar sus vidas por la patria.

Acordándome de tanto, blindajes y blockaus como defendían los bastiones, que habían sido contruidos para resistir a las bombas y granadas, exclamaba con desaliento:

-Antes que el enemigo haya destruido esas obras, nuestras moradas yacerán por tierra y nosotros estaremos sepultados bajo sus ruinas desde el primero hasta el último.

Media hora después aumentaba si cabe, mi aflicción, al calcular las desgracias que nos amenazaban. Hacia el lado de Cuatro Vientos dejábase oír una especie de zumbido sordo, semejante al de la tempestad que, se acerca rápidamente. Aquel rumor crecía por momentos.

Queriendo averiguar de qué procedía, incorporéme sobre el codo para oír mejor. Poco tardé en salir de dudas: aquello era una batalla mas sangrienta y terrible que, la de Mittelbron, porque el tiroteo, lejos de disminuir, llegaba a mis oídos con doble fuerza.

-¡Cómo se baten, Sara, cómo se baten ahí fuera! -exclamé, com-padeciéndome de aquellos hombres que se destrozaban unos a otros en medio de la noche sin conocerse siquiera. - ¡Escucha un poco, y dime si esto no hace estremecer!..

-¡Es verdad, Samuel! ¡Con tal que nuestro sargento no pierda la vida! ¡Con tal que no le hieran! ¡Que el Eterno tienda sobre él su bienhechora mano! -repuse saltando de la cama y encendiendo la luz.

No sintiéndome tranquilo, vestíme enteramente, dispuesto a emprender la fuga a la menor señal de peligro que viesse. A pesar de todo, prestaba atento oído a aquel siniestro retumbo, que cada golpe de viento acercaba más y más a la ciudad.

Cuando estuve vestido, abrí una ventana, y asomé la cabeza. La calle aparecía oscura como la entrada de una caverna. No obstante, allá a lo lejos, sobre la línea sombría que proyectaba el bastión del arsenal, podía distinguirse un resplandor rojizo, cuyos reflejos subían hasta el cielo.

El humo de la pólvora era rojo, a causa de los disparos que, le iluminaban, surcándole aquí y allí con listas de fuego. Habríase creído que habla un gran incendio. El armero decía a su mujer, restregándose las manos:

-¡Muy bien se bate el cobre, por allá abajo! ¡Ah! ¡ah! Esto no es más que el principio de la danza aun falta el gran golpe final, que vendrá pronto, si Dios no lo remedia.

-¿Es posible que semejantes desgracias, hagan reír a ese desal-mado?

-pensaba yo, retirándome de la ventana. -¡Eso es antihumano!

El frío era tan intenso, que a los cinco minutos tuve que retirar-me de la ventana. Sara se levantó y encendió algunos leños en la chi-menea.

A este tiempo toda la población estaba en movimiento: los veci-nos corrían de una parte a otra, sin saber qué hacerse; las mujeres gritaban, los perros aullaban lastimeramente.

Safel, a quien despertó aquella algarabía vino a vestirse a nuestra habitación. No pude mirar sin pena a este pobre niño, que llegaba medio dormido y lleno de pavor. Pero lo que me fin presionó más vi-vamente fue oír decir a Zeffen que habría sido mejor, para ella y sus hijos, quedarse en Saverne al lado de Baruch, para morir juntos.

Estas palabras me recordaron las del profeta:

«La piedad y la integridad de tus pensamientos, ¿no han sido siempre tu esperanza? ¿Acaso perece la inocencia? Los varones rectos y amigos de sus semejantes, ¿serán exterminados? No, que sólo los que cultivan la iniquidad, los que siembran la injusticia cosecharán sus amargos frutos. Un soplo de Dios los destruirá. En cuanto a ti, servidor del Eterno, El te defenderá de la muerte: no bajarás a la tum-ba sino cargado de años, como mies segada en sazón» De este modo confortaba mi lacerado corazón, escuchando el ruido y tumulto de la asustada muchedumbre, que corría de aquí para allá a fin de poner a salvo sus bienes.

A las siete se publicó un bando, en que se advertía que las casa-matas estaban a disposición de los que quisieran refugiarse en ellas y que todos los habitantes estaban obligados a tener en su casa grandes cubas de agua para apagar los incendios.

Calcula Federico, cómo nos alarmarían estas órdenes.

Algunas vecinas, tales como Lisbeth Dubourg, Bevvel Ruppert, las hijas de Camus, y otras. varias subieron a nuestra habitación, gri-tando:

-¡Estamos perdidas!

Sus maridos habían salido a adquirir noticias, dejando solas a las pobres mujeres, que se colgaban al cuello de Zeffen y Sara repitiendo en coro:

-¡Oh, Dios! ¡qué desgracia!.. ¡Qué horrible desgracia!

Yo hubiera querido echarlas de casa con una legión de diablos porque en lugar de consolarnos, no hacían más que, aumentar nuestro miedo; pero es imposible en tales

ocasiones hacerse oír de las mujeres, a quienes gustan más los gritos y lamentos, que las palabras juiciosas y reflexiones que pudieran dirigírseles.

Mientras se desarrollaba esta escena, llegó el armero Bailly a buscar a su esposa: venía de las murallas y me dijo:

-Los rusos han bajado en masa desde Cuatro Vientos hasta la Báscula. Los cosacos, los baskirs, y otros canallas como ellos ocupan toda la llanura. ¿Por qué no, se dispara sobre esa gente desde los ba-luartes?

El gobernador nos vende.

-¿Dónde están los nuestros? -pregunté. -Vienen en retirada: ¡ha-ce dos horas que están entrando heridos, y nosotros nos estamos aquí con los brazos cruzados!...

Al decir esto, el belicoso armero, estaba pálido de furor. Sin añadir palabra asió a su mujer del brazo y nos volvió la espalda. Apenas hubo salido, entraron otras vecinas, exclamando llenas de terror:

-¡Los enemigos avanzan hasta las glacis!

Estas noticias me dejaron atónito.

Las mujeres, bajaron a la calle para gritar allí a su sabor. En este instante, un furgón que venía del Arsenal, paró con estrépito delante de mi puerta. Cuatro artilleros, nacionales, el viejo Goulden, Jacobo, Cloutier, Holender y Barrière, galopaban alrededor del carruaje: el capitán Jovis, que, iba delante, gritó con voz de trueno:

-¡Haced que baje el mercader de hierro!

El panadero Chanoine, furriel de la segunda batería saltó de su caballo para cumplir aquella orden. Yo salí a la ventana, preguntando:

-¿Qué es eso? ¿Qué quieren?

-Baje, usted, Moisés -respondió Chanoine.

Así lo hice al momento. Entonces el capitán Jovis, un hombre alto y delgado, con la frente cubierta de sudor, a pesar del intenso frío que se sentía aquel día me interrogó, diciendo:

-¿Es usted mercader de hierro viejo?

-Sí, señor.

-Abra usted el almacén: su hierro queda embargado para la de-fensa de la plaza.

Fue preciso, conducir a aquella gente al patio, donde había esta-blecido, el depósito provisional de mi mercancía. El capitán miró en torno de sí, y vio hasta dos docenas de magníficos lingotes, cuyo peso sería de treinta a cuarenta libras cada uno, los que: vendía a buen pre-cio en los alrededores de la ciudad. Los clavos viejos, los tornillos y tuercas oxidadas, y toda clase de morralla abundaban allí.

-He aquí lo que nos hace falta dijo Jovis; -que se haga pedazos todo eso y al furgón con ello. ¡A escape!

Los artilleros se apresuraron a ejecutar lo que acababan de orde-narles.

Mientras algunos de ellos partían el hierro con unos grandes mazos que, yo les di, llenaban los otros sus espuertas, e iban a vaciar-las al furgón.

El capitán consultaba su reloj, diciendo:

-¡Dense prisa! ¡No nos quedan más que diez minutos!

-Estos, bribones -decía yo interiormente, no tienen necesidad de dar recibo de nada; toman lo que, les viene a mano y se largan con ello.

Más de quinientas libras de hierro sacaron de mi almacén.

Cuando salían de casa volvióse Chanoine hacia mí, y dijo con acento de mofa:

-¡Magnífica metralla, Moisés! Ya puedes prevenir cuanta mone-da de cobre tengas, que mañana vendremos a buscarla para cargar con ella nuestros cañones.

El furgón, partió a galope, a través de la multitud, que corría de-trás gritando, desafortadamente: yo le seguí también.

Cuando más se acercaba a la muralla era más vivo el fuego de fusilería.

Cerca de la casa del párroco, había dos centinelas que detenían la gente; pero a mí me dejaron pasar, gracias a los lingotes y clavos vie-jos que acababan que llevarse-me.

Jamás podrás formarte, idea de la exaltación de aquella muche-dumbre, unida al estrépito que se advertía en torno de las mortifica-ciones.

Las voces de mando de los oficiales de infantería que se extendía por los glacis, los artilleros con la mecha encendí da las cajas de municiones abiertas y las pilas de balas detrás de sí... Treinta años van transcurridos desde que ocurrieron estos sucesos, y los tengo pre-sentes como si hubiera sido ayer. Aun me parece ver aquellos milicia-nos, la mayor parte padres de familia, haciendo retroceder las piezas con sus largas palancas para cargarlas hasta la boca a los gritos de:

-¡Carguen! ¡Ataquen!.. ¡Ceben!

Aquellas enormes masas de bronce, montadas sobre, afustes de siete pies, de altura a los cuales debían encaramarse los artilleros para hacer fuego, me inspiraban un horror indecible.

Los hombres inventan estas máquinas para exterminarse los unos a los otros, y creerían hacer un gran sacrificio gastando la cuarta parte de lo que ellas cuestan en aliviar las miserias de sus semejantes, en darles instrucción en su infancia, y en proporcionarles un pedazo de pan en su vejez. ¡Ah! los que declaman contra la guerra, los que piden reformas en el gobierno de los pueblos saben lo que se dicen.

Yo me había colocado en la esquina del bastión donde comienza la escalera de la poterna entre tres o cuatro gaviones llenos de tierra tan altos como chimeneas. Allí hubiera podido permanecer tranquila-mente, esperando un momento favorable para volver a casa; pero, pi-cándome la curiosidad de ver lo que pasaba en el campo, trepé hasta lo alto del parapeto y me mantuve allí boca abajo entre dos merlones, en un sitio donde sólo por la más rara casualidad podían llegar las balas. Si otros muchos, que perecieron en los baluartes, hubieran he-cho lo que yo, gozarían ahora de perfecta salud, y serían en sus pue-blos honrados padres de familia.

Desde mi observatorio, sin más trabajo que levantar un poco la nariz, dominaba toda la llanura cubierta de nieve. Mi vista se extendía por encima del cordón de la muralla a la otra parte del foso, hasta la línea que formaban nuestros tiradores, defendidos por una empalizada.

Ellos no hacían más que morder el cartucho, cebar, cargar y disparar.

Allí me convencí de la utilidad del ejercicio: aunque no eran más que dos compañías escasas, sus descargas cerradas se sucedían sin interrupción, como un trueno continuo, interminable.

Algo más lejos, se distinguía el camino de Cuatro Vientos. La quinta de Ozillo, el cementerio, la casa de postas y la granja de Jorge, Mouton a la derecha; la posada de la *Ruleta* y la grande alameda a la izquierda aparecían cuajadas de cosacos y otros canallas como ellos que avanzaban arrastrándose hasta el límite, del glacis, para reconocer la plaza.

Detrás de los exploradores veíase multitud de jinetes con anchas capas grises, gorra de piel de zorra como las usan los aldeanos de Ba-den, luengas barbas, las lanzas en ristre y una larga pistola a la cintura.

Esos hombres revolvían sus pequeños caballos con asombrosa rapidez, girando aquí y allí cual una bandada de pájaros.

No se había disparado sobre ellos ningún cañonazo, porque, estaban, diseminados, y se consideraba que la vida de uno de aquellos miserables no valía lo que había costado la bala que se la quitara. De repente sonaron las trompetas, y empezaron a concentrarse en derredor de la posada de la *Ruleta*.

Unos treinta veteranos, que quedaban rezagados en el camino del cementerio, batíanse lentamente en retirada. Apenas, tenían tiempo más que, para retroceder algunos pasos, cargar, volver la cara y disparar, guareciéndose detrás, de los árboles y malezas que no había habido tiempo de arrasar.

A la cabeza de estos valientes se encontraba nuestro sargento. Yo le había conocido desde luego y temblaba por él.

Cada vez que los veteranos descargaban sus fusiles, llegaban hasta ellos seis u ocho cosacos con la lanza en ristre. Pero nuestros soldados no se intimidaban por esto contentábanse con arrimarse a un árbol y calar la bayoneta, mientras sus compañeros, que estaban detrás, cargaban, nuevamente, y apuntaban a los agresores. Cuando esto sucedía, los cosacos se salvaban, huyendo a derecha e izquierda del camino, aunque, no sin volverse un momento para disparar sus pistolas como verdaderos bandidos. Inmediatamente los nuestros continuaban, su marcha hacia la ciudad.

En verdad, causaba admiración ver a aquellos antiguos soldados devolver los golpes que se les dirigían y rechazar los ataques de los enemigos, con la misma calma y sangre fría que, si fumasen su pipa en el cuerpo de guardia.

Al observar la facilidad con que, salían del círculo de hierro en que les encerraban los salvajes, hubiérase dicho que aquello era muy fácil.

Como dejo apuntado, nuestro sargento mandaba aquel puñado de valientes. He aquí por qué sus jefes le querían tanto, dándole siempre la razón contra los paisanos. Testigo del peligro que corría, tuve intención de gritarle:

-¡Despáchese sargento, despáchese!

Pero ni él ni sus hombres me habrían hecho caso.

En el instante, en que el destacamento tocaba al borde del glacis, cargó sobre él una gran misa de cosacos, para cortarle la retirada.

Aquel era el momento crítico. Todos hubieran perecido, si el sargento, no hubiese mandado formar el cuadro.

Un escalofrío circuló por todo mi cuerpo, como si me encontrase en medio, de los combatientes. Las dos compañías, parapetadas detrás de la empalizada no se atrevían a tirar, temiendo herir a sus camaradas.

Por el mismo motivo los artilleros permanecían en forzada inacción, mirando con ansiedad desde el baluarte, a setecientos u ochocientos cosacos que avanzaban por todas partes lanzando su feroz ¡hurra! ¡hurra! Algunos oficiales, con capas verdes y las levitas adornadas de presillas de plata galopaban con los sables levantados.

Nuestro, pobre sargento y sus treinta hombres me parecían perdidos sin remedio.

-¡Cuánto van a llorar Safel y Sara! -pensaba yo, en la creencia de que iba a presenciar la muerte del honrado veterano.

Creyendo los cosacos asegurada su presa desplegábase en semi-círculo rodeando enteramente al pequeño destacamento, cuando oí gritar a nuestros cabos de cañón:

-¡Fuego!

Sólo tuve, tiempo para volver a cabeza: el viejo Goulden bajó la mecha: brilló la llama y en el mismo instante una detonación espantosa conmovió el bastión hasta sus cimientos.

Entonces miré al campo, donde no, se veía más que una confusa masa de hombres y caballos revolcándose por tierra. Un segundo cañonazo vino a sembrar la muerte en las filas enemigas. Puedo decir que vi caer a aquella gente bajo nuestra metralla cual un campo de espigas desaparece bajo la hoz del segador. Los que quedaron con vida volvieron las espaldas.

El fuego de fusilería volvió a empezar entonces con doble fuerza en tanto que, nuestros artilleros, sin esperar a que el humo de la pólvora se hubiese disipado, cargaban vivamente sus piezas, que dispararon sobre los fugitivos.

Aquella inmensa cantidad de clavos viejos y pedazos, de hierro, desparramándose a trescientos metros de distancia hicieron tal carnicería que, se vieron obligados los rusos algunos días después a pedir un armisticio para enterrar sus muertos. Cuatrocientos lo menos se hallaron tendidos frente de la plaza.

Si quieres saber, Federico, el sitio en que están sepultados estos salvajes, no tienes más que recorrer en toda su extensión la alameda del cementerio. A la otra parte de ella a la derecha en el huerto de Adam Ottendorf, verás una cruz de piedra en medio de una plazuela:

allí fue donde se abrió la fosa para ellos y sus caballos.

Cualquiera puede figurarse la alegría de nuestros artilleros al ver esta matanza.

-¡Viva el Emperador! –exclamaban.

Los soldados les respondían desde los caminos cubiertos, y todos estos gritos reunidos subían hasta el cielo.

Nuestro sargento, con sus treinta hombres, ganaba en tanto tranquilamente, el glacis. Los que guardaban la puerta diéronse prisa a bajar el puente, entrando en la ciudad el destacamento, acompañado de las dos compañías de tiradores que con ellos habían bajado a los fosos.

Yo los esperaba en lo alto del baluarte.

Cuando vi aparecer nuestro sargento, le agarré por el brazo, exclamando:

-¡Ah, sargento! ¡Cuán feliz soy al verle fuera de peligro!

Habría dado cualquier cosa por poder estrecharlo contra mi corazón.

El veterano correspondió a mis palabras, con un fuerte apretón de manos.

-¿Ha visto usted la acción, señor Moisés? -preguntó guiñando malignamente los ojos. ¡Ya le hemos enseñado con qué madera se calienta la quinta compañía de veteranos!

-Cierto; pero ¡me ha hecho usted temblar!

-¡Bah! esto no es nada: andando el tiempo, espero hacerle ver cosas mejores.

En aquel instante las compañías de tiradores acababan de formarse bajo el muro del camino de ronda en medio de las aclamaciones del gentío que gritaba:

-¡Viva el Emperador!

A mi vez, bajé del bastión para seguir a nuestro sargento.

Cuando el destacamento doblaba la esquina de nuestra calle Sara, Zeffen y Safel, salieron a las ventanas, gritando a voz en cuello:

-¡Vivan los veteranos! ¡Viva la quinta compañía!

El sargento los vio de lejos, y les saludó inclinando la cabeza. Yo me aproximé a él diciéndole en voz baja:

-¡No olvide usted su vaso de *hirschenwaser*!

-¡Pierda cuidado, señor Moisés, que no lo olvidaré!

Algunos, minutos después, rompía filas el destacamento en medio de la plaza de Armas. Entonces entré en casa, subiendo de cuatro en cuatro los escalones.

Apenas hube aparecido en nuestra habitación, vinieron a abrazarme Zeffen, Sara y Safel, como si en realidad volviera de la guerra:

el pequeño David se apretaba contra mis piernas, y todos a una voz pedíanme noticias de la batalla.

Preciso fue referirles el ametrallamiento y derrota de los cosacos.

Pero el almuerzo estaba preparado y como, yo no había tomado nada desde el día anterior, sentía un apetito extraordinario, y les dije:

-Sentémonos a la mesa y después os contaré el resto. Dejadme tomar aliento.

En aquel instante entró nuestro sargento sumamente alegre, y arrastrando con estrépito la culata del fusil. Todos abandonamos la mesa para recibirle; pero retrocedimos espantados al ver un gran mechón de cabellos rojos que traída pegado a la punta de la bayoneta:

-¡Dios, mío! ¿Qué es eso? -preguntó Zeffen.

Un tanto sorprendido, el sargento miró el objeto que señalaban, y luego, que lo hubo reconocido, contestó sonriendo:

-Es la barba de un cosaco, a quien habré tocado al pasar con mi bayoneta. ¡No es gran cosa a fe mía!

Y sin decir más fue a su habitación a dejar el fusil.

Todos nosotros estábamos horrorizados. Zeffen, en particular, parecía bastante afectada. Al volver el sargento, la encontró recostada en un sillón y tapándose el rostro con las manos.

-¡Ah, señora Zeffen! -dijo el militar con tono compungido; -¡va usted a mirarme desde hoy como un asesino!..

Efectivamente, yo era de parecer que mi hija tendría miedo al sargento; mas no sucedió así. Las mujeres aprecian siempre a los que arriesgan la vida a cada paso, y nuestro huésped habíala expuesto cien veces; por esto fue, sin duda por lo que Zeffen le contestó sonriendo:

-No, sargento; esos cosacos hubieran debido permanecer en su país, en vez de venir a causar nuestra desgracia. Usted nos ha defendido, y debemos estarle agradecidos.

Para cortar esta conversación, me empeñé de tal modo con el veterano para que almorzase con nosotros, que acabó por abrir una ventana, y llamó a dos soldados que pasaban casualmente por delante de casa para que, advirtieran al cantinero que el sargento Trubert no iría a almorzar.

Restablecida la calma volvimos a la mesa. Sara bajó a buscar una botella de buen vino, que vaciamos alegremente.

Servido el café, fue Zeffen quien solicitó el honor de llenar la taza del veterano. Este, estaba en sus glorias.

-Señora Zeffen -decía: -¡me colma usted de favores !

Jamás habíamos estado tan contentos.

Apurado que hubimos nuestras copas de *kirschenwasser*, el sargento se puso a describirnos el ataque, de la noche anterior: cómo se habían apoderado los wurtembergeses de la posada de la *Ruleta*; la llegada de los cosacos al apuntar el día y el combate, que contra estas fuerzas habían sostenido las dos compañías de cazadores primero, y después el destacamento que él mandaba.

Narraba tan bien aquellos acontecimientos, que cualquiera habría creído estar presenciándolos.

Acababan de dar las once, y como yo tomase la botella para llenar nuevamente su copa, exclamó levantándose y atusándose el bigote:

-¡Basta señor Moisés! No ha de ser todo tratarse aquí como canónigos.

Pasado mañana a más tardar, empezarán los rusos el bombardeo:

tiempo es ya de pensar en blindar el granero.

Estas palabras me dejaron atónito.

-¡Ea! -continuó el sargento. -La cosa es muy sencilla. En el patio he visto algunas vigas, que pueden servirnos para el caso. Vamos a probar entre los dos si podemos subirlas.

Sin perder un momento pusimos manos a la obra; mas como los maderos pesaban demasiado, rogué a mi huésped me aguardara un instante, mientras iba a buscar a los hermanos Carabin, dos robustos mozos, llamado el uno Nicolás y el otro Mathis, ambos aserradores de oficio. Algunos minutos después, volví acompañado de estos individuos que, acostumbrados a aquel género de trabajo, tardaron poco en trasladar las vigas al sitio en que debían colocarse. Los Carabin habían llevado sus herramientas. El sargento les hizo aserrar las puntas de los maderos, y apoyarlos uno contra otro hasta formar un cono, ayudándoles él en esta tarea como un hábil carpintero. Sara y Zeffen nos contemplaban sonriendo, y al ver que aquella operación duraba demasiado, bajaron a la cocina para preparar la cena. Yo las seguí, porque, como se acercaba la noche debía proveerme de una linterna para alumbrar a los trabajadores. Cuando, al cabo de contados minutos, volvía con la luz sin pensar en nada dejóse oír, de repente, una especie de silbido espantoso, acompañado de un movimiento de trepidación, cual si toda la casa se viniera abajo. Poco faltó para que cayese de espaldas, haciendo pedazos mi linterna.

Los hermanos Carabin, no menos asustados, mirábase uno a otro, dando diente con diente.

-¡Una bala! -exclamó el sargento, mirándonos con curiosidad excitada por nuestra palidez.

Al acabar de proferir estas palabras, resonó el estampido del cañón, repetido cien veces por los ecos de la noche. Instantáneamente me acometieron tinos violentos retorcijones de tripas, unidos a un vivísimo deseo de echar a correr escalera abajo.

-Puesto, que ha cruzado una bala por ahí -pensaba yo, -pueden muy bien Pasar dos... tres... cuatro.

No podía tenerme en piel.

Los dos Carabin eran, sin duda de la misma opinión, porque, sin rechistar, tomaron enseguida sus blusas y se dirigieron hacia la puerta.

-¡Esperad! ¡espera! -les gritaba el sargento. -¡Nada tenéis que temer! La obra avanza: dentro de una hora todo estará acabado.

-Haga usted lo que le dé la gana -respondió el mayor de los Carabin; -yo no debo permanecer aquí, soy padre de familia.

Al decir esto, una segunda bala silbó sobre el techo, y cinco o seis segundos después, sentimos a lo lejos la detonación.

Lo más extraño era que los rusos, tiraban desde la entrada del Bosque de las Encinas, a tres cuartos de legua de distancia, y se veía el fogueo pasar por delante de nuestras ventanas.

El sargento trataba todavía de detenernos, diciendo:

-¡Jamás dos balas han pasado por el mismo que lugar! Puesto que la primera toco en el techo, las demás irán más altas todavía. Así, pues, volvamos a nuestro trabajo.

Esto era superior a nuestras fuerzas.

Temblando como un azogado, puse la linterna en el suelo y bajé la escalera, tropezando a cada paso, cual si me hubiesen serrado las piernas.

En la calle resonaban los mismos gritos y la misma algazara que por la mañana: las chimeneas caían con estrépito; gran número de mujeres y niños corrían a refugiarse en las casamatas; pero yo no re-paraba en nada a causa de mi propio terror.

Los dos Carabin habían huido, pálidos como muertos.

Toda la noche me duró el cólico. Zeffen y Sara no se sentían más tranquilas ni mejor que yo.

El sargento quedó en el granero, continuando sus obras de defen-sa.

A eso de las doce bajó a mi habitación, exclamando:

-¡Señor Moisés, el techo está blindado; pero éstos amiguitos de usted son unos holgazanes me han dejado solo.

Le di las gracias lo mejor que pude añadiendo que toda la familia estábamos enfermos y que, en cuanto a mí, confesaba no haber pasado nunca un susto semejante.

-¡Ya sé lo que es eso! -contestó riéndose a carcajadas. -A todos los reclutas les sucede lo mismo cuando oyen silbar la primera bala; pero les pasa pronto; es cuestión de acostumbrarse.

Dicho esto, díome las buenas noches y se fue a acostar. Media hora después, todos dormían en la casa, excepto yo.

Después de las doce, no tiraron los rusos ningún cañonazo. Los disparos anteriores no habían sido más que un ensayo, que hicieron para probar el alcance de sus piezas y darnos una ligera idea de lo que nos tenían reservado.

Todo esto, Federico, no constituía más que los preliminares del bloqueo. Ya verás las miserias y horrores que tuvimos que soportar durante los tres meses que duró el asedio.

### **XIII**

A las siete, de la mañana del día siguiente, a pesar del cañoneo de la víspera resonaban en la ciudad las exclamaciones de júbilo de sus moradores. Una porción de gente, que, venia de las murallas baja-ba por nuestra calle gritando:

-¡Han marchado! ¡Han marchado!.. ¡No se ve un cosaco hacia Cuatro Vientos ni detrás de las Barracas del Bosque, de las Encinas!

¡Viva el Emperador!

Todo el mundo corría a los baluartes.

Lleno de curiosidad abrí una ventana y me asomé a ella con go-rro, del dormir. Hacía un tiempo muy húmedo; la nieve se había ido liquidando y caía gota a gota sobré los transeúntes.

Sara que levantaba nuestra dama me dijo:

-Cierra esa ventana, Moisés, no sea que pesquemos un resfriado.

Empero yo no le hice caso, absorto como estaba en mis pensa-mientos.

-¡Los Miserables -me decía -han catado de lo lindo mis tornillos y mis clavos viejos convertidos en metralla! Han conocido que esas almendras van demasiado lejos, y las temen.

Largo rato permanecí allí escuchando las conversaciones de los vecinos acerca de la derrota de los rusos; los mil curiosos que volvían de las murallas afirmaban que no se veía ni uno por los alrededores de la plaza. Algunos, sin embargo, decían que, podían reaparecer de un momento a otro y que se debía estar prevenidos. Yo consideraba esto, un disparate, por más de que estuviera persuadido de que la raza mal-dita no abandonaría el país sin saquear las ciudades y aldeas que en-contrase a su paso y sin arruinar a los pobres labradores. No podía empero, creer que los oficiales, excitaran a sus hombres a atacarnos y que los soldados fueran tan imbéciles que les obedecieran.

La llegada de Zeffen, que venía a vestir a sus hijos en nuestra habitación, me obligó a cerrar la ventana. Un magnífico fuego ardía en la chimenea. Sara preparaba el almuerzo y Zeffen, entretanto, la-vaba a su pequeñuelo, Esdras con agua caliente, exclamando en voz baja:

-¡Si tuviese al menos carta dé Baruch!

El pequeño David jugaba con Sefel, ambos tirados por el suelo, y yo daba gracias a Dios por habernos librado de los rusos.

Durante el desayuno dije a mi esposa:

-¡Todo va bien, Sara! Vamos a estar cercados por algún tiempo, hasta que el Emperador alcance una victoria decisiva. Mientras esto su cede el enemigo se contentará con bloquearnos, sin disparar sobre la plaza: el pan, la carne, el vino, el aguardiente y otros artículos se ven-derán muy caros. Esta es la ocasión de hacer nuestro negocio. Puede sucedernos lo que a los de Samaria cuando Ben-Haddad los tenía si-tiados:

hubo allí un hambre espantosa, tanta que la cabeza de un asno costaba veinticuatro piezas de plata y una pierna de carnero cuarenta y seis piezas. ¡Buenos precios eran, a fe mía! Sin embargo, todavía es-peraban los comerciantes aumentar sus ganancias, cuando, un gran ruido de carros, trompetas y caballos que venía del cielo, obligó a Ben-Haddad y a sus asirios a levantar el sitio precipitadamente, de-jando su campamento y gran cantidad de víveres a merced del pueblo de Dios; siendo tal la abundancia que, se disfrutó después, que el saco de flor de harina sólo se pagaba a dos siglos y a me dio siglo el saco de cebada. Este ejemplo nos servirá de aviso para desprendernos de nuestro espíritu de vino en ocasión propicia esto es, cuando alcance un precio razonable.

Huelga decir que Sara aprobó desde luego mi proyecto.

Durante este tiempo, multitud de artesanos habían vuelto a sus trabajos. El martillo de Klipfel el herrero resonaba sobre el yunque; Chanoine colocaba de nuevo sus apetitosos

panecillos de leche y manteca en el aparador y el boticario Trebolin exponía una porción de botellas de agua roja y azul detrás de sus cristales.

La confianza iba renaciendo por todas partes. Los artilleros nacionales habían abandonado sus uniformes; los carpinteros acababan de llegar para concluir algunas cosas que, faltaban en mi tienda. El ruido de la sierra y el cepillo llenaba la casa.

Todos estaban contentos de poder reanudar sus faenas porque, la guerra sólo trae miseria y desgracias, y mientras, más pronto se acaba es mejor.

Yo, desde la bodega mientras trasegaban el licor de un tonel a otro, veía a los transeúntes detenerse delante de mi antiguo almacén, y les oía murmurar entre sí:

-¡Moisés va a hacer su agosto con el aguardiente! Esos bribones de judíos tienen buen olfato: mientras nosotros vendíamos a cualquier precio, él compraba; y ahora que estamos bloqueados revenderá sus géneros a peso de oro.

Puedes pensar si estas palabras me enorgullecerían. La más legítima satisfacción para un hombre de bien, es ver que, acierta en todos sus negocios, pues que obliga a decir a los que le conocen:

-Este no tiene ejércitos, ni generales ni cañones; sólo cuenta con su talento y buen golpe de vista como cada hijo de vecino. Cuando él gana es a sí mismo a quien lo debe, y no al valor de los demás. Por otra parte, nunca ha arruinado a nadie: él no saquea no roba no asesina; en tanto que, en la guerra el más fuerte, anonada al más débil, y comúnmente al más honrado.

Trabajaba pues, con ardor, y probablemente hubiera continuado hasta la noche, si el pequeño Safel no hubiese venido, a llamarme para comer. El ejercicio me había abierto extraordinariamente el apetito, y subía la escalera sumamente contento de ir a sentarme a la mesa en medio de mis hijos, cuando, de pronto, se dejó oír el toque, de llamada en la plaza U Armas, delante del Ayuntamiento.

En tiempo de bloqueo, el Consejo de guerra está permanente en la alcaldía para juzgar sobre la marcha a los que no acudan a sus puestos al toque de llamada. No tuve otro remedio que engullir de prisa y corriendo algunas, cucharadas de sopa un pedazo de carne y medio vaso de vino.

Estaba pálido como un cadáver: Sara Zeffen, y los niños me rodeaban, guardando el más profundo silencio. Los tambores continuaban redoblando. Al cabo de un momento les vi baja por la calle Mayor, acabando por, detenerse delante de mi casa. Entonces corrí a ponerme la cartuchera y tomar el fusil.

-¡Ah! -exclamaba Sara. -Cuando creíamos que todo estaba acabado, volvemos a comenzar.

Zeffen estaba callada, deshecha en lágrimas. Al mismo tiempo apareció en la estancia el viejo rabino Heymann, gritando con espanto:

-¡En nombre del Cielo, que las mujeres y los niños se refugien en las casamatas! Ha llegado un parlamentario que, amenaza arrasar la población si no se rinde en el término de dos horas. ¡Póngase usted en salvo, Sara; póngase usted en salvo, Zeffen!

¡Figúrate, querido Federico, cuáles serían los gritos y lamentos de las dos mujeres al escuchar semejante noticia!

-Esos malvados -pensaba yo, con el cabello erizado por el terror, -no tienen piedad ni aun de las mujeres y los niños. ¡Caiga sobre ellos la maldición del Cielo!

Zeffen se arrojó en mis brazos. Yo no sabía qué hacer.

-Los enemigos -agregó Helmann -no hacen sino devolvernos el mal que les hemos hecho. De este modo se cumplen las palabras del Eterno: «Serás tratado según trataste a tu hermano» Pero, el tiempo apremia y es forzoso salvarse a toda prisa.

El toque de llamada había dejado de oírse.

Me temblaban las piernas y Sara que no perdía jamás su sangre fría me dijo:

-¡Despáchate, Moisés! ¡Corre a tu sitio, no sea que te hagan prender!

Y como al mismo tiempo me empujase hacia la puerta empecé a bajar la escalera, diciendo a Heymann:

-¡Rabino, deposito en usted toda mi confianza!.. ¡Sálvelas!

No sé cómo llegué a la plaza de Armas a tiempo de responder a la lista. Por lo demás, ya comprenderás el estado de mi espíritu al considerar que dejaba abandonados a Sara Zeffen, Safel y los dos peque-ñuelos.

Nuestro gobernador Moulin, el, teniente coronel Brancion y los capitanes Revonyé, Vignerón y Grevillet, eran los únicos que parecían no inquietarse por nada. Estos soldadotes nos hubieran sacrificado a todos por su Emperador. El gobernador, sobre todo, solía decir a quien quería escucharle que él rendiría la plaza cuando una bomba le quemase el pañuelo que llevaba en el bolsillo. ¡Juzga Federico, por esta baladronada cuál sería el talento de aquel hombre!

En fin, nos pasaron revista mientras una multitud de ancianos achacosos, mujeres y niños atravesaban la plaza en dirección a las casamatas.

Pocos instantes después vi pasar al viejo Heymann, conduciendo mi carretón de mano, cargado de colchones y ropas de cama. El rabino tiraba de las varas y Safel empujaba el ligero vehículo, detrás del cual iban Sara y Zeffen, llevando en los brazos una a David, y la otra al tierno Esdras.

Marchaban con las ropas en desorden y los cabellos enmarañados, como si hubieran de un incendio, pero sin lanzar lamentos, silenciosas en medio de tan gran desolación.

¡Con qué placer hubiera dado mi vida por poder abandonar las filas y correr a ayudarlas!

¡Ah, los hombres que vivieron en aquellos tiempos, han visto cosas horribles! Cuántas veces me he dicho interiormente:

-¡Dichoso aquel que vive solo en el mundo! él no sufre más que sus propios dolores; no ve gemir y padecer a los que ama sin ser dueño de consolarlos ni prestarles el menor auxilio.

Acabada la revista, el gobernador mandó a los artilleros nacionales al polvorín, en busca de municiones para servir las piezas; re-partió los bomberos en los diferentes cuarteles de la ciudad, quedándonos nosotros, con medio batallón del 6º de ligeros, para la guardia del Ayuntamiento y destacar las patrullas y retenes que fueran necesarios.

Los otros dos batallones habían sido distribuidos entre Tres Casas, la Fuente del Castillo, los blockaus, las media lunas, la granja de Ozillo y las Casas Rojas, fuera de la plaza y demás puestos avanzados.

La fuerza que quedó en el Ayuntamiento constaba de treinta y dos hombres, esto es, de diez y seis soldados, a las órdenes del subteniente, Schinindret, y de otros tantos guardias nacionales, mandados por el guarnicionero Jacob. Entre estos últimos me encontraba yo. La habitación del teniente Burrhus fue destinada a cuerpo de guardia.

Esta famosa estancia era una espaciosa sala cuadrada con vigas de un, grosor que en vano se buscarían hoy iguales en nuestros bosques; a la izquierda, en un rincón junto a la puerta había una estufa de hierro colado, cuyo tubo, formando zig-zag, entraba en la chimenea. En el fondo se veía un montón de leña. El agua, el viento y la nieve entraban por todas partes. Yo no había visto nada más triste que aquello, no solamente porque de un momento a otro esperaba ver caer una granizada de bombas sobre, mi cabeza y prender luego al edificio, sino también porque, la nieve licuefacta había convertido aquello en un barrizal, la humedad penetraba hasta los huesos y el sargento no cesaba de dar órdenes y más órdenes a voz en cuello.

Añade a esto la rechifla y sarcasmo, de qué yo era objeto por parte de aquel hato de pizarreros, albañiles y empedradores, mis compañeros de armas, que, sentados en torno de la estufa, me tuteaban cual si fuese un canalla como ellos, diciendo:

-¡Moisés, alárgame el cántaro!

-¡Moisés, dame fuego!

-¡Ah, pícaros judíos! ¡cuando vino arriesga su pellejo porque no lo roben sus riquezas vienen aquí dándose importancia!.. ¡Miren el holgazán!

Y mil impertinencias por el estilo.

Algunos de ellos me: habrían enviado de bueno, gana a comprarles tabaco con mi dinero. Todo lo que un hombre puede sufrir, hube de soportar allí. ¡Todavía me estremezco con sólo pensarlo!

Por otra parte, el humo, de las pipas y de los enormes troncos que ardían en la estufa, no bien secos aún, me cortaban la respiración.

A cada instante tenía que, asomarme a una ventana para aspirar el aire, puro, y fresco, de la noche; pero bien pronto el agua que caía a torrentes me obligaba a retirar la cabeza.

Algún tiempo después, al acordarme de esto, he pensado que sin las miserias y trabajos que tuve que, sufrir aquel aciago día, la sola idea de que estaban Sara y mis hijos encerrados en una casamata me habría vuelto loco.

Esta angustiosa situación duró hasta la noche. No se hacía más que entrar y salir, fumar, pisar fuerte, para calentarse los pies, el que estaba de centinela y pasar haciendo guardia en la entrada de las po-ternas horas enteras. Hacia las nueve quedó la ciudad sombría y silenciosa.

No se oía más que el paso, de las patrullas, y la voz de alerta de los centinelas colocados en el recinto de la plaza. En vista de aquella tranquilidad, hubo un momento en que creí que

los rusos habían ame-nazado con un bombardeo para atemorizarnos, y que, llegaría la mañana siguiente sin que se hubiese disparado un tiro.

Para ganarme las simpatías de mis camaradas, rogué a Monborne que me permitiese ir a buscar un jarro de aguardiente, petición a la que accedió al momento.

Como puedes suponer, aproveché la ocasión para dar un vistazo a mi casa, tomando de paso un bocado y un buen vaso de vino.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta en el cuerpo de guardia mereciendo la más benévola acogida por parte de mis compañeros, que se pasaban el jarro de mano en mano, asegurando que, aquel aguardiente era el mejor que habían bebido en su vida y que el sargento me dejaría salir para renovar la provisión, cuantas veces quisiera.

-Puesto que se trata de Moisés -replicó Monborne, -le daré licencia; pero a ninguno más que a él, ¿entendéis?

Después de esto reinó entre nosotros la mayor alegría. Ninguno se acordaba del bombardeo. De repente, y cuando más ocupados estábamos en apurar el jarro, penetró un vivísimo resplandor por las anchas vidrieras de la sala acompañado de algunas detonaciones, que parecía venir de la colina de Bigelberg. El hecho se repitió varias veces en pocos minutos.

No puedes imaginarte, Federico, el siniestro efecto que producía esta luz rojiza brillando cual un meteoro en la oscuridad de la noche.

El cabo Winter, un antiguo soldado cubierto de canas y de cicatrices, dijo, encendiendo tranquilamente su pipa:

-¡Este sí que es el principio del baile!

Al mismo tiempo estalló una bomba en el cuartel de infantería otra a la derecha en casa de Piplinger, y otra a pocos pasos de nosotros, en casa de Hemmerle.

Cuando me acuerdo de esto no puedo por menos de estremecerme.

Todas las mujeres de la población estaban en las casamatas, excepto algunas viejas sirvientas, que no habían querido abandonar sus cocinas, y que, gritaban con voz apenas perceptible:

-¡Socorro!.. ¡Fuego!.. ¡Fuego!

El que más y el que menos de nosotros veía entonces que todo estaba perdido. Solamente dos o tres veteranos, sentados delante de la estufa con la pipa en la boca permanecían tranquilos como hombres que nada tenían que perder.

Mas lo peor del caso fue que en el momento en que los cañones del Arsenal empezaban a responder a los rusos, se levantó Monborne, de improviso, exclamando:

-¡A ver! ¡Somme Chevreux, Moisés y Dubourg, tomen ustedes sus fusiles y en marcha!

Al oír estas palabras no pude contener un grito de indignación.

Era una cosa horrible enviar a cuatro padres de familia a rondar la ciudad, exponiéndoles a ser hechos pedazos por una bomba o a perecer bajo los escombros de alguna de las chimeneas o de los tejados que se venían abajo.

Somme y el grueso posadero Chevreux temblaban de cólera tanto como de miedo. De buena gana hubieran protestado de aquella orden, gritando con todas sus fuerzas:

-¡Esto es inicuo!.. ¡abominable!

Empero el bribón de Monborne era nuestro sargento, y nadie osaba contradecirle ni menos aún mirarle de reojo. Preciso fue que tomásemos las armas sin chistar palabra, siguiendo a Winter, a quien se había designado para que nos mandase.

Mientras bajábamos la escalera de la alcaldía empezamos de nuevo a ver la luz roja que iluminaba todos los rincones de la plaza.

Nuestros cañones de a veinticuatro, acababan de tronar. El viejo edificio temblaba hasta sus fundamentos; diríase que se iba a desplomar; el siniestro, resplandor se extendía por todas partes permitiéndonos ver cual si fuera de día los charcos de agua de las calles, las ventanas y chimeneas de las casas. En el fondo de la calle, en el cuartel de caba-llería se repetía sin cesar el grito de: «¡Centinela alerta!» ¡Qué espec-táculo!

Entonces me decía a mí mismo: -«¡ Esto se acabó! ¡Estamos perdidos!» Dos bombas, las primeras que había visto en mi vida se elevaron en la población, pero tan lentamente que podíamos seguir las con la vista bajo el cielo nebuloso y sombrío, hasta que, fueron a caer en los fosos, detrás del hospital.

El cabo Winter, con su blusa azul deteriorada, su gorro de algo-dón lleno, de grasa el fusil en bandolera, un pedazo de pipa entre los dientes y una linterna en la mano, iba delante de nosotros, diciendo a cada paso:

-¡Atención, camaradas! ¡Cuando veáis caer una bomba echad boca abajo!

Siempre me ha parecido que aquel Pícaro inválido detestaba a los paisanos, que, decía esto para aumentar, si era posible nuestro pánico.

Al llegar delante del callejón donde vivía Cloutier, hizo alto Winter.

-Oíd -dijo: -vais a acortar el paso. Nuestra patrulla tiene por ob-jeto impedir que se declare el fuego en alguna casa. Tan pronto como veamos rodar una bomba, correrá Moisés a arrancarle la espoleta.

Una sonora carcajada de los circunstantes acogió estas palabras.

-¡Yo no he venido aquí para que se me burlen en mis barbas!

-exclamé montando en cólera: -si me han tomado por un imbécil, tiro el fusil y la cartuchera y me voy a las casamatas.

-¡Moisés! -replicó Winter, riendo como un loco: -trata de obedecer a tus o te denuncio al Consejo, de guerra.

Largo rato habría durado aquella escena, con gran contentamiento de mis camaradas, si no se hubieran oído nuevos cañonazos.

Casi al mismo tiempo cayó una bomba en la inmediata calle de los Capuchinos, derribando la chimenea y una gran parte del tejado de la casa de Spick, que vino a tierra con un ruido espantoso.

-¡Marchen! -gritó Winter.

Inmediatamente echamos a andar, guardando el más profundo silencio hacia la puerta de Francia. De cuando en cuando deteníase Winter y aplicaba el oído. Nada se movía en derredor nuestro: no se escuchaba más que el ladrido del perro, y las voces de *¡alerta!* de los centinelas. La ciudad parecía muerta.

Hubiéramos debido volver al cuerpo de guardia puesto que nada podíamos hacer; pero el pillo de Winter, que había bebido demasiado aguardiente, se empeñó en continuar su ronda..

-Nuestra presencia es inútil en este barrio -decía Chevreux:

-nosotros no podemos impedir que lluevan en él las bombas y grana-das.

-Pero ¿qué es eso? -gritó Winter, que había echado a andar:

-¿venís o no venís?

No hubo más remedio que seguirle.

Enfrente de las caballerizas de Genodet, donde principiaba el antiguo henil de la gendarmería, veíase una callejuela oscura y mal empedrada al lado del hospital, habitada exclusivamente, por algunos almacenistas de aguarrás y barnices. Indudablemente, si hubiera caído una bomba en aquel sitio, habría volado todo el barrio como un barril de pólvora. Pues bien: allí fue donde nos condujo el miserable Winter.

Puesto otra vez en marcha nuestro jefe, echamos a andar detrás de él; mas como la linterna que llevaba en la mano no alumbraba si-quiera a seis pasos de distancia teníamos que avanzar a tientas a lo largo del viejo muro.

Una vez fuera de aquel maldito cañón, donde creíamos que todos habíamos de perecer, la noche nos pareció menos sombría ya- que pudimos distinguir el ángulo superior de la puerta de Francia desta-cándose sobre el obscuro horizonte, igualmente que toda la línea de fortificaciones. A la rojiza claridad que, derramaban los fogonazos sobre los baluartes, creí ver un hombre, deslizándose a gatas por entre, los arbustos y malezas que coronaban la muralla. Evidentemente era un soldado que, desertaba.

Sin pararme a meditar lo inicuo de mi acción, detuve a Winter por un brazo y le mostré aquel hombre. El soldado caminaba de espaldas a nosotros, llevándonos mucha delantera. Habíase levantado y miraba en su derredor, cual si quisiera asegurarse que no le espiaban.

Al cabo de dos o tres minutos, vímosle saltar por la rampa al ángulo externo del bastión, dejando oír enseguida cierto ruido como el que produjera un hierro que, bajase rozando contra el muro.

Winter echó a correr gritando:

-¡Un desertor!.. ¡Un desertor!.. ¡A la poterna!

Hacía ya muchos días que, oía yo hablar de soldados que se esca-paban deslizándose muralla abajo hasta los fosos, apoyándose en sus bayonetas. Llenos de indignación, corrimos todos a la poterna.

-¿Quién vive? -preguntó el centinela.

-¡Patrulla de la guardia nacional! -contestó winter.

Luego se adelantó, dio el santo y seña y, expedito ya el paso, bajamos la escalera como unos furiosos.

Cuando llegamos al pie del bastión, no vimos otra cosa que una inmensa cantidad de nieve, las grandes rocas donde aquél se asentaba y la maleza cubierta de escarcha. Si se hubiese ocultado allí el desertor, habría escapado, a nuestras pesquisas, porque, a la escasa luz de nuestro farol, no hubiéramos podido descubrirle; pero, desgraciadamente para él, el miedo le turbó al ver que nos acercábamos, y saliendo de pronto de detrás de una roca huyó hacia la escalera del camino cubierto. Winter se lanzó al punto en persecución del fugitivo, diciendo:

-¡Alto!.. ¡Alto!.. ¡Entrégate o disparo!

El desertor no se paró por esto. Entonces todos juntos echamos a correr en pos de él, repitiendo también:

-¡Alto!.. ¡Alto!

Winter me había entregado la linterna para correr con más desembarazo.

Yo le seguía pensando:

-¡Moisés, si ese hombre es preso, tú serás la causa de su muerte!

Me vinieron intenciones de apagar la linterna; pero, reflexionando que si me veía Winter era capaz de aplastarme la cabeza de un culatazo, desistí de mi intento. Aquel bribón aspiraba a una cruz, y hacía cuanto podía porque, ésta fuese pensionada.

A todo esto, el desertor corría como un gamo hacia la escalera.

De pronto, al notar que habían retirado la escala que conducía a los glacia, se detuvo, estupefacto. Nosotros, entretanto, nos acercábamos cada vez más. Al vernos junto a sí, emprendió nuevamente, su carrera hacia el lado de la media luna. El pobre! diablo resbalaba sobre la nieve y caía a cada paso. Cuando esto sucedía, apuntábase Winter su fusil, gritando con furor:

-¡Ríndete, o mueres!

Pero el desertor se levantó y volvió a correr como un desesperado.

Detrás de la avanzada del puente levadizo le perdimos de vista y ya creíamos frustrada nuestra empresa, cuando nos encontramos, de improviso, a aquel infeliz, que estaba acurrucado junto al muro, pálido como un muerto.

Winter le asió al momento por el cuello, diciendo:

-¡Por fin te tengo, miserable!

Enseguida le arrancó una charretera vociferando:

-¡No eres digno de llevar estas insignias! ¡Echa a andar delante de nosotros! El desertor despegóse del muro. Levantando entonces yo mi linterna a la altura de su rostro, pudimos ver un gallardo mozo de diez y ocho o diez y nueve años, alto, delgado, con un ligero bigote rubio y grandes Ojos azules.

Al contemplar a aquel desventurado en tan horrible situación, pálido, tembloroso y oprimido por Winter, pensé en los padres del pobre, joven, no pudiendo menor, de exclamar:

-¡Vaya, soltémosle es casi un niño! ¡No lo volverá a hacer!

-¡Calla judío! -respondió Winter, que, ya veía en su pecho la cruz de honor que tanto ambicionaba: -¡cállate - epitió, -o te atravieso con mi bayoneta!

-¡Canalla! -murmuré para mis adentros. -¿Qué vileza no serías capaz de cometer por tener con qué emborracharte hasta el fin de tus días?

Aquel hombre, me causaba horror: él me hizo comprender que, había también fieras en la raza humana.

Chevreux, Somme y Dubourg no proferían palabra.

Al fin echó a andar Winter, llevando agarrado al desertor por un brazo.

-Si ofrece resistencia, -dijo a los que, le seguíamos, -atizadle un par de culatazos en las costillas. ¡Ah, bribón! ¿con que desiertas al frente del enemigo?.. ¡Ya!.. ¡ya! No es muy difícil adivinar la suerte que te espera. El martes reposarás, bajo el césped de la media luna. ¡A ver si tratas de avivar el paso!.. Y vosotros, estúpidos, sacudidle de firme si no se mueve.

Eran inútiles tales amenazas. El pobre preso se dejaba llevar co-mo una masa inerte, lanzando a intervalos lastimeros gemidos, pues sabía que sería fusilado irremisiblemente. Al pensar en esto, se bañaba mi frente de sudor frío.

Alguna vez, durante el camino, volvía el soldado la cabeza diri-giéndome con sus grandes ojos azules una expresiva mirada como pidiéndome que, le salvase.

A estar yo solamente con Chevreux y Dubourg, no hubiera va-cilado en darle libertad; pero, yendo con Winter, no me atrevía ni a despegar los labios.

Así llegamos al pie de la poterna donde nos aguardaban un sar-gento y cuatro soldados, que habían salido a recibirnos. Se hizo pasar al desertor delante.

-Y bien, ¿qué es eso? -preguntó el sargento.

-Un desertor -contestó secamente Winter.

El sargento, un valiente veterano, miró al preso con lástima di-ciendo a nuestro jefe:

--Condúzcale al cuerpo de guardia.

-No -respondió Winter; -por ahora se viene con nosotros a la al-caldía.

-Le daré dos hombres de refuerzo -replicó el sargento.

-Para nada los necesito -contestó bruscamente Winter: -le hemos detenido nosotros solos y nos bastamos para custodiarle.

El sargento comprendió que no queríamos compartir con nadie, la gloria de aquella captura y guardó silencio.

Sin más explicaciones, proseguimos nuestro camino, llevando en medio al preso, que iba sin chacós y con el uniforme destrozado.

Pronto llegamos a la plazoleta y sólo nos faltaba atravesar el antiguo mercado para llegar al cuerpo de guardia cuando el cañón del Arsenal empezó nuevamente, a rugir. Uno de sus fogonazos iluminó la entrada del edificio, a donde nos dirigíamos, dejando ver al desertor la puerta del calabozo, asegurada por la parte de afuera con enormes cerrojos. Este espectáculo sacó al soldado de su abatimiento, e hizo que, escapando de las manos de Winter, se arrojase sobre nosotros, con los brazos abiertos.

Winter estuvo, a punto de caer por efecto de la sacudida; mas, recobrando su equilibrio, se precipitó sobre el desertor gritando:

-¡Ah, bandido! ¿pretendes escaparte?

Durante esta corta lucha había dejado yo caer la linterna, y quedamos todos completamente a oscuras.

Chevreur y Dubourg gritaban con espanto: -¡La guardia!.. ¡Socorro!

No había durado aquello más que un minuto, y ya teníamos a nuestro lado la mitad de la fuerza que custodiaba la alcaldía. Después que hubieron traído luces, vimos al preso, que lejos de huir, se había sentado en el suelo, pálido, tembloroso y arrojando sangre por boca y narices. Winter se apresuró a agarrarle por el pescuezo, diciendo al subteniente Schnindret, que acudiera uno de los primeros:

-¡Un desertor, mi teniente, un desertor! Ha querido escapársenos dos veces, y a no estar aquí yo...

-¡Basta! -interrumpió el oficial que se busque al momento al carcelero.

Dos soldados partieron a cumplir aquella orden. Algunos de nuestros camaradas de la guardia nacional se habían aproximado; pero ninguno de ellos despegaba los labios; que no hay corazón, por duro que, sea al que no conmueva la vista de un desgraciado que ha de morir al día siguiente.

Al cabo de pocos instantes llegó Harmentier, haciendo sonar su manajo de llaves.

-¡Encierre usted a ese hombre! -le dijo el oficial. -¡Vamos, arriba!

El desertor se levantó con trabajo, y siguió al carcelero.

Harmentier abrió la puerta del calabozo y el preso entró sin oponer resistencia.

-¡Cada cual a su puesto! -mandó Schinindret, volviéndose hacia nosotros.

A una señal de Winter, subimos tras él la escalera de la alcaldía.

Lo que acababa de suceder me había impresionado de tal modo, que no pensaba en mi mujer ni en mis hijos. Pero una vez arriba en la sala llena de fango y de humo, al oír vanagloriarse a mis compañeros de expedición de haber apresado a un infeliz soldado, indefenso y abandonado de todos, recordé que yo era la causa de su desgracia y se apoderó de mí el mayor desconsuelo. Tendido sobre mi duro lecho de campaña calculaba todas las desdichas que pueden caer sobre, los hombres, y me preguntaba a mí mismo si Sara Zeffen, Safel y mis nietos no llegarían también a ser presos algún día y condenados a muerte por no ser partidarios de la guerra. Luego acudieron a mi imaginación estas palabras que dirigió el Señor, a Samuel, cuando el pueblo le demandaba un rey:

«Obedece la voz de los pueblos y dales lo que te piden, pues no, eres tú a quien ellos rechazan, sino a mí, a fin de que, no reine más sobre ellos. -Mas no olvides el profetizarles cómo les tratará el rey que van a elegir. -iles: Este monarca hará suyos vuestros hijos, y con ellos levantará, ejércitos y los hará marchar al combate: delante, de su carro. -Y vuestros hijos serán sus instrumentos de guerra. -Y tomará también vuestras hijas, para que sean adornos de su harén. -Y se apo-derará, de vuestros campos y vuestras viñas, y de vuestros más frondo-sos olivares para regalarlos a sus favoritos. -Y se hará servir por vuestros criados y por vuestros siervos, y para hacer triunfar su causa sacrificará a vuestros más floridos mancebos. -Y diezmará vuestros rebaños: y hará de vosotros mismos esclavos que le sirvan de rodillas.

-Y llegado ese día todos clamaréis al Eterno, mas El permanecerá sordo a vuestros lamentos» Estas ideas me entristecían horriblemente.

Consolábame sólo el pensar que, mis hijos Itzig y Fromel estaban en América, y resolví enviar allá, también a Safel, David y Esdras, cuando estuvieran en edad de soportar el viaje.

Mientras estuve, absorto en tal meditación, no cesaron un punto las chanzas y sarcasmos de los miserables que me rodeaban. De vez en cuando llegábase tino de ellos a mi cama y gritaba sacudiéndome un brazo o una pierna:

-¡Eh, Moisés! Vete, a llenar tu jarro de aguardiente: el sargento te lo permite.

Pero, yo me hacía el desentendido.

A las cuatro, de la madrugada, nuestros cañones, habían logrado desmontar los morteros que tenían colocados los rusos sobre la altura de Cuatro Vientos. A las siete fueron a relevarnos. Bajamos a la plaza y nos formaron delante, de la alcaldía.

El capitán Vignerón gritó, después de revistarnos:

-¡Firmes!.. ¡Presenten armas!.. ¡En su lugar!.. ¡Rompan filas!

Cada cual marchó por su lado, muy satisfecho de la gloria que pudo haberle cabido en aquella jornada.

Mi primera intención fue correr a las casamatas, después de haber dejado mi fusil, en busca de Sara, Zeffen y los niños. Mas, ¿cuál no fue mi alegría cuando, al pasar por el Mercado, vi a Safel en el umbral de nuestra puerta, que me estaba aguardando?

Apenas me hubo visto de lejos, vino hacia mí corriendo.

-¡Estamos todos, papá! -gritaba: -sólo a ti esperábamos.

Trémulo de alegría estrechéle en mis brazos. En aquel instante, se asomaba Zeffen a la ventana mostrándome a su tierno Esdras. Sara reía a su lado y yo subí de cuatro en cuatro los escalones, dirigiendo al Señor este canto de alabanza:

«¡Dios es misericordioso: tardo en su cólera abundante en sus gracias! ¡Sea el Eterno para siempre, loado!» **XIV**

Uno, de los más felices momentos de mi vida amigo Federico, fue aquel en que me vi en el seno de la familia, abrazado por Zeffen y Sara y acariciado por los pequeñuelos que se me encaramaban por las rodillas hasta tocar mi frente con sus rosados labios. Safel me tenía

asido de una mano, y no, podía articular palabra; las lágrimas brota-ban a raudales de mis ojos.

¡Ah! sólo, nos faltaba la presencia de Baruch para completar nuestra dicha.

Después de disfrutar algunos minutos de aquella tierna escena, fui a dejar mi fusil y cartuchera en el fondo de la alcoba. Los niños reían Y saltaban en derredor mío. La alegría venía una vez más a vi-sitarnos.

Cuando vestí de nuevo mi holgada hopalanda y mis excelentes medias de lana; cuando me hube sentado en mi antiguo sillón, ante, la mesa que estaba preparada, y donde Zeffen empezaba a repartir la sopa; cuando, en fin, me vi rodeado de todos aquellos cariñosos rostros que me sonreían, hubiera querido lanzar al aire, el canto con que el jilguero alegra su nido, al ver a sus hijuelos batir gozosos Sus mati-zadas alas.

Desde el fondo de mi corazón bendije cien veces a aquellos seres, a quienes tanto amaba.

Sara, que adivinaba siempre mis pensamientos, me dijo:

-¡Hoy nos hallamos todos reunidos, lo mismo que ayer, Moisés!

El Señor nos ha protegido.

-¡Oh sí, sí! –respondí: –¡que el nombre del Señor sea alabado por los siglos de los siglos!

Durante el almuerzo me refirió Zeffen cuanto habían tenido que sufrir mientras estuvimos separados. Describió su llegada a la obscura casamata, llena de hombres y mujeres, tendidos en el suelo, sobre la paja; los gritos de unos, el espanto de otros; el tormento que los causa- ban los mil insectos que, pululaban por aquel sitio: el llanto intermi-nable de los niños, que no podían conciliar el sueño, y los lamentos de cinco o seis ancianos, que exclamaban a cada momento :

-¡Esta es nuestra última hora!.. ¡Qué frío tan horrible! ¡No... no saldremos de aquí!

Me habló luego de que, cuando, en fin, se restableció el más profundo silencio, resonó de pronto el cañón, a las diez de la noche primero lentamente y luego como el fragor de una tormenta, produ-ciendo entre los allí refugiados un terror pánico, que aumentaban los rojizos resplandores que se veían a través de las hendiduras de la puerta. La vieja Cristina Evig rezaba el rosario en voz alta como en la procesión, y las otras mujeres le respondían.

Mientras hacía este relato, estrechaba Zeffen al tierno Esdras contra su corazón. Yo hacía lo mismo con David, a quien tenía senta-do sobre mis rodillas exclamando en voz baja:

-¡Ah, pobres hijos míos, cuánto habéis padecido!

En medio de tan diversas emociones, la idea del desertor no me dejaba tranquilo un solo instante. Representábamele tendido en el fondo de su calabozo y pensaba que también él tenía padres que ha-bían sufrido mucho al criarle; que pasaron noches enteras velando al lado de la cama para adormecerle; que habían sentido un dolor infi-nito al. verle enfermo, y que más tarde risueños y llenos de esperan-zas, le veían crecer, creyendo encontrar en él el apoyo de su ancianidad... Y tras tantos cuidados, tanto amor y amargura tanta, algunos veteranos duros y empedernidos, sentados gravemente en tor-no de una mesa debían lanzar contra su desgraciado hijo una senten-cia de muerte...

El último de estos pensamientos me llenaba de horror, porque naturalmente entrañaba esta reflexión:

-A no ser por mí, que le descubrí, ese muchacho correría libre por los campos, estaría en camino de su querida aldea y tal vez, llegaría mañana a la puerta de sus padres, gritando alborozado: «¡ Abrid!

¡abrid!.. ¡Soy yo!..» Tales ideas habrían bastado para volverme loco. No atreviéndome a referir aquel triste suceso a mi mujer, permanecía con la cabeza inclinada sobre, el pecho, silencioso y meditabundo.

En aquel instante los destacamentos de la Ruleta de Tres, Casas, y de la fuente del Castillo pasaban por la calle a paso redoblado. Bandadas de chiquillos recorrían la ciudad buscando los cascos de las bombas arrojadas durante la noche; Los vecinos se reunían en corrillos delante de sus casas, para contarse unos a otros episodios del bombardeo, y a pesar de los techos hundidos, las chimeneas derribadas y los sustos pasados, todos reían y platicaban tan alegremente como si, nada hubiera sucedido.

Mientras observábamos todo esto desde la ventana oímos pasos en la escalera y a los pocos instantes vimos entrar a nuestro sargento, con su fusil en bandolera y el capote, y las polainas llenas de lodo.

-¡Bravo!.. -exclamó, al verme; -¡le felicito, señor Moisés! -gritó:

-¿parece que esta noche nos hemos distinguido?

-¡Calle! ¿Pues qué ha pasado, sargento? -preguntó mi mujer, algo admirada.

-¡Cómo! ¿no le ha contado su marido su magnánima acción... su rasgo de valor?... ¿No le ha dicho que, el guardia nacional Samuel Moisés, que, estaba de patrulla en el bastión del Hospital, ha descubierto y arrestado a un desertor en flagrante delito? Así consta en el parte que ha dado el subteniente Schnindret.

-Mas yo no estaba solo -respondí avergonzado; -éramos cuatro.

-¡Ya! pero fue usted, quien siguió la pista al fugitivo y bajó luego a los fosos, alumbrando con su linterna... Vamos, señor Moisés, no hay motivo para ocultar su noble comportamiento. Va usted a ascender a cabo primero. Mañana a las nueve, se reunirá el Consejo de guerra que ha de juzgar a ese miserable y... no pase usted cuidado, llevará su merecido.

Calcula, amigo Federico, cuál no sería mi turbación al oír estas palabras.

Zefen, Sara y los niños mirábanme espantados. No sabía qué responder.

-En fin -añadió el sargento, estrechándome la mano, -voy a mu-darme el uniforme y luego hablaremos, señor Moisés. ¡Siempre he creído que llegaría usted a distinguirse!

Hablando así el sargento, reía como tenía por costumbre, guiñando los ojos con maligna expresión.

-¿Será, cierto, Moisés -preguntó Sara, pálida como un cadáver, cuando hubo salido el veterano, -será cierto lo que acabo de oír?

-Ignoraba que fuera un desertor -respondí con voz trémula; -además, aquel muchacho debió andar más precavido. Hubiera debido bajar a la plaza del Hospital y, dando un pequeño

rodeo, meterse en la callejuela y no salir de allí hasta estar seguro de que no le perseguían...

El tiene la culpa de su desgracia... Pero yo... yo no, sabía na-da...

nada absolutamente.

-Oye, Moisés -replicó mi mujer, -es preciso que vayas enseguida a ver a Burguet. Si ese hombre, es fusilado, su sangre caerá sobre nuestros hijos, ¿entiendes? ¡Date prisa, Moisés, date prisa: Corre a casa de Burguet!

No quise escuchar más y salí presuroso. Lo único que temía era no encontrar en su domicilio a mi amigo. Afortunadamente, al abrir la puerta de la habitación que ocupaba en casa de Cauchois, encontré presentando su barba al maestro Vesenaire para que le afeitara en medio de los papeles, y libretes que llenaban el aposento.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamó alegremente al verme. -¿A que debo el placer de su visita, querido Moisés?

-Vengo a pedirle un favor.

-¡Carape! Supongo que no se tratará de dinero, porque me pondría en el duro trance de no poder complacerle.

Y se echó a reír, mientras su anciana sirvienta, María Lorient, que acababa de entrar, repetía como un eco:

-No podría complacerle. ¡Como que estamos debiendo tres meses del barba al señor Vesenaire! ¿No es cierto, maestro?

Hablaba la criada con seriedad y en tono de reconvención. Burguet, en lugar de enfadarse seguía riendo a mandíbula batiente. Siempre me ha sorprendido que un hombre de tanto talento, como era él, tuviera necesidad de divertirse a expensas de aquella pobre mujer que, aunque solía mezclarse en todos sus asuntos, no sufría nunca la menor reconvención.

Mientras Vesenaire seguía afeitándole referí a Burguet lo ocurrido durante, la ronda de la noche anterior y el arresto del joven soldado, concluyendo por suplicarle que tomara a su cargo la defensa de aquel infeliz, puesto que él únicamente era capaz de salvarle y de devolver la tranquilidad a mi familia. Así lo creíamos ciegamente, Sara Zeffen y yo, y por eso depositábamos en él toda nuestra confianza.

-¡Ah, Moisés! -contestó, cuando yo hube terminado; -ataca usted mi lado débil. Puesto que, según dice usted, únicamente yo puedo salvar a ese pobre, muchacho, será, preciso hacer un esfuerzo para conseguirlo.

Sin embargo, me parece una cosa difícil, porque desde hace quince días las deserciones van aumentando, y el Consejo quiere hacer un escarmiento. El asunto es muy grave... Si trae usted dinero, Moisés, tenga la bondad de darle cuatro sueldos a Vesenaire para que beba a nuestra salud.

Sin replicar palabra entregué algunas monedas al digno barbero, que salió de la estancia haciéndonos una gran reverencia.

Burguet acabó entonces de vestirse y me tomó del brazo, diciéndome:

-¡Ea, vamos a ver eso!

Han transcurrido ya muchos años desde entonces, Federico, y aun me parece estar oyendo a Burguet, en el Ayuntamiento, decirle al sargento de guardia:

-Hágame usted el favor de decir al carcelero que está aquí el de-fensor del acusado.

No habían pasado dos minutos, cuando llegó Harmentier, quien, saludándonos profundamente, abrió la puerta del calabozo.

Después de bajar algunos escalones, nos encontramos en una especie, de mazmorra oscura y hedionda en cuyo fondo pudimos distinguir a duras penas una forma humana tendida sobre un montón de paja. .

-¡Levántate, muchacho! -le dijo Harmentier, viendo que no se movía. -¡Aquí tienes a tu defensor!

El desgraciado se agitó entonces, en su duro lecho, incorporándose trabajosamente. Burguet dio algunos pasos hacia él, exclamando, con voz afectuosa:

-¡Valor, amigo, mío, valor! Vengo a entenderme contigo para tu defensa.

Al oír estas palabras, empezó a sollozar el prisionero.

Cuando un hombre, se siente abatido, desesperado, descaecido hasta el punto de no poder tenerse en pie; cuando, sabe que la ley le condena a morir, sin dejarle ver una vez siquiera a los que ama, acaba por convertirse en un ser tan débil como un recién nacido. Los que maltratan a un infeliz que se halla en este estado, son unos miserables:

son los entes más despreciables del mundo.

-¡Vamos, no te desesperes! -prosiguió Burguet. -Siéntate ahí, en el borde de la cama, y hablemos francamente. ¿Cómo te llamas? ¿De qué país eres?.. Harmentier, dé usted un poco de agua a este mucha-cho para que, se refresque.

-Ahí la tiene, señor Burguet: en ese rincón he puesto el cántaro esta mañana.

-Muy bien: conque ¡ea, reponte un poco, hijo mío!

Cuanta mayor era la dulzura con que hablaba Burguet, tanto más crecía el llanto del soldado. Por fin, dijo que su familia vivía cerca de Geramer, en los Vosgos, que su padre se llama ha Mateo Belin y que ejercía el oficio de pescador en Retourner.

Burguet iba arrancándole una a una las palabras, y enterándose de cuanto concernía a su padre, a su madre, y sus demás hermanos.

De este modo, supimos que el autor de sus días había sido soldado en tiempo de la República saliendo herido en la batalla de Fleurus; que su primer hermano murió en la campaña de Rusia; que él era el segundo hijo arrebatado al hogar paterno para el servicio de las armas, y que quedaban en su casa tres hermanas, más jóvenes que él.

Este relato lo hizo con suma lentitud. Los golpes y las sacudidas que le diera Winter, habíanle quebrantado de tal modo, que se dejaba caer como un cuerpo sin alma.

A lo que queda dicho, añadió otras noticias que me recordaban los tiempos venturosos en que yo hacía dos días de camino de FaIs-burgo a Marmontier para ver a Sara. ¡Ah! cuando el desdichado nos refirió la sencilla historia de sus amores, sollozando y cubriéndose el

rostro con las manos, mi corazón se enterneció, aumentándose si cabe el interés, que aquel muchacho me inspiraba.

Burguet también parecía conmovido y cuando, al cabo de una hora salimos del calabozo, le dijo:

-¡No te desanimes! Mañana según creo, serás juzgado; mas no quiere decir eso que esté perdida toda esperanza. Harmentier, haga usted el favor de darle un capote, a este hombre, porque hace aquí un frío horrible, y por la noche aumentará extraordinariamente. Tu causa es muy grave, amigo mío; pero repito que, no la tengo por desesperada.

Procura comparecer ante el Consejo todo lo aseado que te sea posible pues todos los jueces guardan alguna deferencia al acusado que se presenta bien limpio.

Cuando estuvimos en la calle añadió mi amigo:

-Moisés, envíe usted al momento una camisa limpia a ese muchacho.

Su vestido está hecho pedazos: no estaría de más que le procurase usted un uniforme completo, pues ha de saber que los militares juzgan siempre a un hombre con más o menos severidad, según el traje con que se les presenta.

-Esté usted tranquilo respecto a eso.

-Ahora vuelvo a mi casa. Es preciso combinar la defensa. Gran fortuna ha sido que uno de sus hermanos muriese en Rusia y que, el padre sirviera a la República.. Este es un gran recurso.

Llegamos a la esquina de la calle de la Muralla nos separamos, y yo entré en mi casa afligido y preocupado.

No puedes imaginarte, Federico, cuán penoso es tener que decir-se a sí mismo, al sentir por primera vez en la conciencia la voz del remordimiento:

-¡Si ese muchacho muere, fusilado, si pierden al que aman los padres, los hermanos y la prometida de ese soldado, tú habrás sido, Moisés, la causa de tantas desventuras!..

Afortunadamente, pude distraerme de estos negros pensamientos en medio del trabajo, que no escaseaba por cierto, en mi casa. Sara acababa de abrir el almacén, para empezar la venta de nuestro aguar-diente, y los parroquianos formaban cola a la puerta. Desde ocho días atrás, los cafeteros, taberneros y demás vendedores de licores tenían vacíos sus toneles, viéndose muchos de ellos precisados a cerrar sus establecimientos. Llegaban, pues, apresuradamente con sus jarros y cántaros, disputando a los borrachos el derecho de acercarse al mostrador, donde Zeffen, Sara y Safel no podían atender a los pedidos que se les hacían.

Fue tan grande el escándalo que se movió, que el sargento dijo que sería necesario poner un piquete en la puerta para evitar las disputas que sobrevenían a cada paso entre los parroquianos, sobre quién había de ser despachado primero.

Muchos años transcurrirán sin que vuelva a verse un tumulto semejante en la tienda de ningún mercader de FaIsburgo.

Apenas tuve tiempo de decir a Sara, que Burguet se encargaba de la defensa del desertor, cuando hube de bajar a la bodega para llenar los dos barriles del mostrador, que en un momento quedaron vacíos.

Quince días después dobló Sara el precio del aguardiente, y no por eso disminuyó la venta. Nadie carecía de dinero para emplearlo en alcohol y tabaco, aunque no les quedase después para comprar un pedazo de pan. He aquí por qué los gobiernos gravan con fuertes contribuciones estos artículos: graváranlos más, y no, menguaría su consumo; lo que si aumentaría es el número de niños a quienes sus desnaturalizados padres dejan perecer de hambre.

Aquel día no pudimos cerrar la tienda hasta las siete de la noche, hora de la retreta.

El placer de ganar dinero me había hecho olvidar al desertor; mas después que hube cenado con la familia cerrada ya la noche renació en mi mente la idea de aquel hombre. No queriendo turbar la alegría que reinaba en la casa por el buen éxito de nuestra empresa, esperé a que estuvieran recogidos Zeffen y sus hijos para referir a Sara mi entrevista con el preso.

Para tranquilizarla respecto a este asunto, díjela que Burguet tenía esperanzas de salvar al soldado, con lo que se retiró a su habitación bastante satisfecha.

Al dar las nueve en el reloj de la alcaldía todos, excepto yo, dormían profundamente.

## **XV**

Aquella noche Federico, a pesar de lo muy fatigado que estaba, fuéme imposible conciliar el sueño. La idea del desertor me tenía agitado.

Sabía que si le fusilaban, Zeffen y Sara quedarían para siempre inconsolables, no ocultándoseme también que al cabo de tres o cuatro, años, la raza maldita diría todavía al verme pasar:

-¡Mirad a Moisés, con su grueso capote, su gorro de piel de nutria, hundido hasta las cejas y su cara de hombre de bien! Durante el asedio, arrestó por su mano a un pobre desertor, a quien hizo fusilar inhumanamente. ¡Dejaos seducir por el semblante de un judío!..

He aquí lo que no habría dejado de decirse de mí, porque el único consuelo de los malvados es hacer creer a los demás que todos se les parecen.

Por otra parte, ¿cuántas veces no me habría acusado yo mismo por la muerte de aquel hombre, cuya sangre pesaría eternamente sobre mi conciencia? ¿Cuántas veces no habría dicho que todos los pesares y desgracias que me sobrevinieran eran un castigo del Cielo por lo que yo había hecho contra el pobre, desertor?

Deseaba pues, salir de aquella situación lo más pronto posible.

Al apuntar el día estaba ya en mi antigua barraca del Mercado, buscando a la luz de mi linterna entre los mil harapos de que estaba atestada un par de charreteras y un uniforme en buen uso, que entregué al carcelero Harmentier para que lo, entregase al soldado.

El Consejo de guerra especial, que, se denominaba de Ventoso, no sé por qué debía reunirse a las nueve de la mañana. Componíase este tribunal de un comandante mayor, presidente, cuatro capitanes y dos oficiales subalternos. El capitán Monbrun, de la legión extranjera desempeñaba el cargo de fiscal, y el sargento Dupot el de escribano.

Al dar las siete, de la mañana los Nicaise los Pigot, los Vinatier, etc., etc., salían de sus casas, y dirigíanse a la Municipalidad, ávidos de asistir al Consejo de guerra como si se tratase de un combate de fieras.

Afortunadamente, no se ven estas cosas en la actualidad. Los hombres se han vuelto más humanos. No obstante, en aquél tiempo de continuas guerras, un desertor inspiraba menos lástima que una zorra o un lobo cazado en el cepo.

Al ver aquello me desalenté; toda la confianza que tenía en Bur-guet y la admiración que sentía por su talento, no podían desterrar de mi mente la idea de que el pobre, muchacho, estaba perdido sin reme-dio.

Entré en el cuarto de Harmentier, y temblando de piez a cabeza le entregué el lío de ropa que llevaba en la mano, diciéndole:

-Tome usted, es para el desertor, Déselo de mi parte.

-Está bien -me contesto.

Le pregunté si tenía confianza el carcelero me respondió, enco-giéndose de hombros:

-El Consejo quiere, hacer un escarmiento.

En la plaza. continuaba la gritería y al verme aparecer, la multi-tud me hizo objeto de una silba general, acompañada de voces injurio-sas.

No les hice caso, pero entré en mi casa con el corazón oprimido.

Sara me entregó la citación para que compareciese como testigo ante el Consejo de guerra, y a las nueve todavía estaba yo triste y me-ditabundo, sentado junto a la chimenea buscando el medio de poder favorecer al preso.

Safel jugaba con los niños; Sara y Zeffen habían bajado a la tien-da para continuar la venta del aguardiente.

Por último me encaminé al Ayuntamiento, donde era tan nume-rosa la concurrencia que, de no haber sido por el piquete que guardaba la puerta y los gendarmes que prestaban servicio en el interior, los testigos no hubieran podido entrar.

En el momento que llegué yo a la sala, el capitán Monbrun co-menzaba a leer su informe.

Burguet estaba sentado frente a él, con la cabeza apoyada en las manos.

Se me hizo pasar a una pequeña pieza contigua donde se halla-ban Winter, Chevreux, Dubourg y el gendarme Fiegel; de manera que no podíamos saber ni oír nada hasta que fuésemos llamados a decla-rar.

En una de las paredes había fijado una especie de edicto, en que se advertía en gruesos caracteres, que los testigos que no declarasen la verdad, serían sometidos al Consejo de guerra y sufrirían la misma pena que los mismos delincuentes.

Como esto me diera mucho en que, pensar, resolví desde luego no ocultar nada, y responder con ingenuidad a cuanto se me pregunta-se.

Pasado un cuarto de hora fue llamado Winter, y sucesivamente, con diez minutos de intervalo, Cheyreux, Dubourg y yo.

Cuando entré en la sala del Consejo, vi a los jueces ocupando sus asientos alrededor de una gran mesa, sobre la cual el presidente había dejado su chacó de gala, adornado con un plumero rojo.

«Fuera continuaba la algazara y el presidente, volviéndose en-tonces hacia un sargento de gendarme, que estaba cerca de él, dijo:

-Advierta a esas gentes que, si no cesa al punto el ruido que promueven, mandaré desalojar el edificio.

Enseguida dirigiéndose a mí, añadió:

-Guardia nacional Samuel Moisés, diga usted cuanto sepa respecto al asunto en que nos ocupamos.

Referí sencillamente lo ocurrido. El desertor, que estaba sentado a mi derecha entre dos gendarmes, parecía más muerto que vivo.

Yo hubiera deseado poder desvanecer todos los cargos que se le dirigían; pero cuando uno teme por su propia vida; cuando siete oficiales veteranos, vestidos de gala os miran frunciendo el entrecejo y procurando adivinar vuestros más recónditos pensamientos, es lo mejor decir la verdad, sin ambages ni rodeos. Un padre de familia debe, pensar en sus hijos, y no comprometerse inútilmente. En fin, yo referí cuanto había visto, sin ocultar nada a los jueces, y cuando hube terminado me dijo el presidente:

-Puede usted retirarse.

Iba a marcharme ya, pero observando que Winter, Chevreux y Dubourg permanecían sentados en un banquillo, a la izquierda del tribunal, fui a reunirme sin ellos. Casi al mismo tiempo, cinco o seis desalmados, de los que, ocupaban el patio de la alcaldía pusieron a gritar:

-¡A muerte!.. ¡A muerte!

El presidente, ordenó a los gendarmes que prendiesen a los albo-rotadores, y, a pesar de su resistencia fueron conducidos a un calabozo.

Restablecido el silencio en la sala, dijo el presidente con voz solemne:

-Tiene la palabra el fiscal.

El capitán Monbrun se adelantó. Era éste un hombre de unos cincuenta años, rechoncho, colorado, con la cabeza extraordinariamente hundida entre los hombros, la nariz larga, gruesa y arremangada; cabellos negros, ralos y muy lustrosos, dos docenas de pelos por bigotes, y los ojos muy vivaces.

Este individuo tenía la costumbre de mecer lentamente la cabeza a un lado y a otro mientras peroraba de manera que, como al ejecutar este movimiento no dejase ver más que, la punta de su inmensa nariz y de una de sus orejas, cualquiera habría creído tener delante, a uno de esos enormes mochuelos, que a la caída de la tarde aparentan dormir sobre la copa de un árbol, mientras en realidad observan cuanto pasa en su rededor.

De cuando en cuando levantaba el brazo como para desembarazarse de la manga, según hacen los abogados con las de su toga.. Por lo demás, vestía uniforme de gala y hablaba con

voz sonora y enérgico ademán, deteniéndose a intervalos para ver el efecto que, su discurso producía en los oyentes.

Al oírle referir, con sinnúmero de circunstancias, que el desertor estaba de servicio cuando nosotros le apresamos, y que no sólo había intentado salir de la plaza sino que le hallamos, fuera de ella -por lo cual se le debía juzgar como si se le hubiese detenido en medio de las filas enemigas, -mientras demostraba esto de un modo irrefragable me decía a mí mismo:

-¿Qué puede responderse a esto?

Empero mi desaliento se aumentó doblemente al oírle decir que la deserción es para un soldado el mayor de los delitos, porque al abandonar su bandera hace traición a sus mismos parientes, a quienes expone indefensos a los golpes de los enemigos de la patria; que, se hace indigno, de vivir; cuando dijo, que el Consejo de guerra conde-nándole interpretaría todos los sentimientos de los hombres de corazón, de todos los que velan por el honor de Francia; quedaría una prueba de energía por la salvación de la patria y la gloria del Emperador; que, demostraría a los nuevos reclutas que no se falta impunemente a los deberes de la disciplina; cuando dijo todas estas cosas, con una fuerza y una claridad terrible oí a mis espaldas un murmullo de aprobación y entonces me dije, Federico, que sólo el Eterno podía salvar al reo.

Mientras duró la peroración, el infeliz soldado permaneció inmóvil, ocultando el rostro entre sus manos. Es positivo que si le quedaba un resto de esperanza se había desvanecido al escuchar a su acusador. Los miembros del Consejo, por su parte, parecían satisfechos.

Aquellos veteranos estaban demasiado identificados con la profesión de las armas, para que no viesen fielmente interpretados sus propios sentimientos.

El capitán se interrumpió un poco como para dar tiempo a sus oyentes de reflexionar sobre lo que acababa de decir, y terminó con estas palabras:

-Estoy persuadido de que el tribunal ofrecerá en esta ocasión un saludable escarmiento. Consecuente consigo mismo, el Consejo no perderá de vista que un acto de firmeza es ahora más que nunca necesario para la salvación de la patria.

Un murmullo de satisfacción se esparció por la sala extendiéndose hasta las escaleras y los patios, donde la multitud prorrumpió en frenéticos gritos de:

-¡Viva el Emperador!

Los miembros del Consejo de guerra cambiaron entre sí una expresiva mirada como diciendo:

-¡Es negocio acabado! Lo demás se hace por pura ceremonia.

Los gritos se repetían afuera sin cesar, y duraban ya unos diez minutos, cuando al fin dijo el mayor, dirigiéndose al sargento:

-Si el ruido continúa haga usted evacuar la alcaldía comenzando por la sala.

Se restableció el silencio, porque todos los espectadores ¡sentían curiosidad por saber lo que explicaría Burguet. Yo no hubiera dado dos liards, por la vida del desertor.

-El defensor tiene la palabra -dijo el presidente, y Burguet se puso en pie.

No puedo repetir, amigo Federico, lo que expuso Burguet, durante una hora larga que duró su peroración, para salvar la vida del infeliz soldado, a quien yo veía condenado de antemano. Me siento incapaz de describirte la expresión que ofrecía su noble rostro, la dulzura de su voz, que llegaba hasta el alma sus pausas, sus exclamaciones, sus ardientes miradas... Yo le contemplaba arrobado.

Nadie ha oído palabras tan bellas ni arranques tan conmovedores.

No era un hombre que hablaba sino la madre que luchaba para arrancar a la muerte el hijo de sus entrañas. ¡Oh, qué gran don del Cielo es poseer el talento de conmover y de arrasar en lágrimas los ojos de los que nos escuchan! Pero no es el talento lo que alcanza:

es la voz del corazón.

-¿Existe un hombre limpio de toda falta? ¿Qué hombre no se ha hecho jamás digno de piedad?

Esto es lo que preguntaba Burguet al tribunal: si había alguno entre ellos que no tuviera nada que reprocharse que nunca hubiera cruzado por su mente una mala idea que ni siquiera por un instante hubiera sentido irresistibles deseos, cuando era joven, de correr a su pueblo para abrazar a sus padres, a sus hermanos, a los seres queridos que lo eran, todo para ellos.

Y añadía:

-¿Podréis exigir responsabilidad alguna aun muchacho de diez y ocho años, falto de instrucción, sin conocimiento de la vida a quien arrebataron bruscamente del hogar doméstico para lanzarle en medio de los ejércitos? ¿Qué falta no se le debe perdonar? ¿Sabe él siquiera lo que significan las voces de patria honor, bandera y gloria de Su Majestad? ¿No se aprenden estas cosas cuando a las ideas, del niño suceden las serias reflexiones del hombre?

Después de esto, el elocuente defensor preguntó a los jueces si tenían hijos, si estaban seguras de que en aquel momento alguno de esos hijos no cometía la misma falta que querían castigar con la muerte.

-¡Llorad... llorad por ellos! -exclamaba con conmovido acento.

-¿Qué responderías si a cualquiera de vosotros le viniesen a anunciar un acontecimiento de este género? «Yo soy un veterano -diría con tal motivo el desgraciado padre; -yo soy un veterano que he vertido mi sangre por Francia durante treinta años. El polvo de las batallas ha blanqueado cien veces mis cabellos mi cuerpo está cubierto de cicatrices; he ganado todos mis grados con la punta de la espada. Pues bien:

tomad mis charreteras; despojadme de mi espada y de mi cruz de honor...

¡pero dejadme mi hijo!... Yo lavaré su delito con mi sangre. Es joven, y no pudo conocer todo el peso de su crimen. ¡Si es un niño...

un recluta!... Nos amaba entrañablemente y quería abrazarme una sola vez, y regresar después a su bandera para cumplir con todos los deberes que le impone la ordenanza. Amaba a una pobre niña... ¡Ah! vosotros fuisteis jóvenes.. ¡Perdonadle! No deshonréis a un veterano en la persona de su hijo» Quizá, diríais también: «Yo tenía otros hijos que han muerto por la patria. Tened en cuenta su sangre derramada y dejadme éste para consuelo de

mi ancianidad, porque, es el último que me queda» »Todo esto, señores, diríais mucho mejor que yo, porque os haríais en la situación del padre, del anciano que habla, de sus servicios.

Pues bien, el padre de ese desgraciado se expresaría como vosotros. Es también un soldado de la República: un antiguo compañero de armas. Quizá os ayudó a arrojar a los prusianos de la Cham-paña; fue herido en Fleurus: el mayor de sus hijos murió en Rusia.

Burguet palidecía más y más a medida que hablaba. Parecía que la emoción había agotado sus fuerzas, y que iba a caer desplomado.

Entretanto, reinaba en el salón tan profundo silencio, que habría podido oírse la respiración de todos los presentes.

-No hay remedio, -pensaba yo: -Burguet no podrá terminar su discurso.

De repente adquirió su voz un tono dulce y melancólico, al pintar la miseria de los ancianos padres del soldado, que no tenían en la tierra otro consuelo, otra felicidad que su hijo.

¡Ah, Federico! era en verdad, aquella escena muy desgarradora.

Yo hubiera querido encontrarme a cien leguas de allí.

Los miembros del Consejo, casi todos padres y esposos, permanecían inmóviles, con la mirada fija y los puños crispados. Dos o tres veces había alzado la mano el presidente, como para poner término a aquella situación; pero Burguet tenía siempre algo bueno que añadir, y continuaba usando de la palabra. Su discurso duró hasta las once, sin que se turbase el solemne silencio que reinaba en la sala.

El fiscal se levantó entonces y dijo que nada significaba cuanto había expuesto el defensor del acusado; que era ciertamente una des-gracia para un padre tener un hijo indigno de su nombre; que todo el mundo ama a sus hijos, pero que es necesario enseñar a los jóvenes a no huir delante del enemigo y que, de prevalecer semejantes ideas en los Consejos de guerra nadie podría ser fusilado, porque no existiría la ordenanza alma de los ejércitos, que son la fuerza y gloria de las naciones.

Como era de esperar, Burguet replicó al punto; mas no puedo repetir aquí lo que dijo, por que mi cabeza no está organizada para abarcar tantas cosas a un tiempo.

Lo que no olvidaré jamás, es que habiéndonos hecho retirar, para que deliberase el Consejo, y restituido el desertor al calabozo, fuimos llamados al cabo de media hora oyendo de los labios del presidente que el acusado Juan Belin quedaba absuelto y que iba inmediatamente a ser puesto en libertad.

Este era el primer caso en que el Consejo de guerra no impusiera la pena de muerte, desde el asunto de los prisioneros españoles, antes del asedio.

Al saber esta nueva, los miserables que acudieran en tropel para ver fusilar al pobre soldado, apenas podían creer que se les defraudase este, espectáculo; algunos de ellos empezaron a gritar en la plaza:

-¡Traición!.. ¡traición!

Empero el presidente, mandó al sargento Descarmes que apuntase los nombres de los vocingleros, para premiarles según merecían:

entonces aquella pillería despejó en un momento la alcaldía y sus in-mediaciones, dejándonos expedito el camino para salir del edificio.

Yo había agarrado a Burguet del brazo, y marchaba a su lado de-rramando lágrimas de alegría.

-¿Está usted satisfecho, Moisés? -preguntóme, radiante de júbilo.

-¿Cómo no estarlo? -contesté. -¡Aarón, el mismo hermano de Moisés, el más grande orador de Israel, no habría hablado, mejor que usted! Le debo mi tranquilidad. Todo cuanto me pida usted por este servicio, estoy pronto a dárselo, hasta donde alcancen mis fuerzas.

En tanto íbamos bajando la escalera, siguiéndonos los del Con-sejo, que abandonaban el salón uno a uno, sombríos y pensativos.

Burguet sonreía.

-¿Es de veras, Moisés? -preguntó deteniéndose y mirándome fi-jamente.

-Sí; y, en prueba de ello, he aquí mi mano.

-Pues bien: le pido una buena comida en la *Ciudad de Metz*.

-¡Oh! de todo corazón.

El barón Parmentier, el tesorero Cochois y el síndico Muller, es-peraban a Burguet en la puerta de la alcaldía para felicitarle. Mientras le rodeaban, estrechándole la mano, me sentí abrazado por Safel, a quien Zeffen enviaba para adquirir noticias. Le estreché contra mi pecho, y le dije, enajenado de gozo:

-Ve a avisar a tu madre que hemos triunfado en toda la línea y que hoy como con Burguet en la *Ciudad de Metz*.

Safel echó a correr hacia nuestra morada..

-Hoy me acompañará usted a la mesa -decía a Burguet el barón Parmentier.

-Gracias, señor alcalde -respondió él; -estoy comprometido con Moisés. Si le parece, lo dejaremos para otro día..

Y pasando su brazo por debajo de] mío, me condujo hasta el ex-tenso comedor de la señora Barriere, donde, a pesar del asedio, podía percibirse un cierto olorcillo a carne asada, que abría el apetito más cerrado.

-Pues que vamos a comer solos -le dije a Burguet, -hágame; el favor de elegir los vinos y los platos que más le gusten. Dispóngalo todo a su antojo, porque yo no entiendo ni una palabra de estas Cosas.

Los ojos de mi compañero brillaron de placer.

-¡Bueno! ¡bueno! -murmuró: -quedamos entendidos.

En la sala donde entramos, se encontraban también el comisario de guerra y dos oficiales más, quienes se levantaron de sus sillas para saludarnos.

Yo hice llamar a la señora Barriere, que se presentó inmediata-mente con su servilleta debajo del brazo, alegre y rubicunda según acostumbraba. Burguet le dijo unas palabras al oído, y enseguida abrió la puerta de una habitación inmediata, exclamando:

-Pasen ustedes, señores: no les haré esperar.

El aposento que se nos destinaba era una reducida pieza don dos ventanas a la plaza, y una buena chimenea, en la cual chisporroteaba un abundante fuego, constituyendo lo que se llama un excelente gabi-nete de invierno.

Una criada vino a poner la mesa mientras nosotros nos calentá-bamos las manos sobre el mármol de la chimenea.

Burguet decía riendo:

-Me siento con un apetito atroz, mi discurso va a costarle a usted muy caro.

-¡Me alegro, amigo mío! Lo que me haga usted gastar, no llega-rá, por cierto, a lo que le debo.

-¡Ea! -repuso mi amigo dándome golpecitos en la espalda: -pro-curaré no arruinarle: pero eso sí, comeremos bien.

Por fin, dijo grave y lentamente a la criada, que esperaba nues-tras órdenes:

-Escucha, Magdalena: vas a servirnos esto y lo otro; y en cuanto a los vinos, este para la comida y este otro para los postres.

-Está bien, señor Burguet -respondió la sirvienta, saliendo de la estancia.

No quiero, amigo Federico, abusar de tu paciencia. Bástate saber, que no faltaron en nuestra mesa ni las legumbres frescas, ni los man-jares suculentos, cosas todas muy raras desde que se habían cerrado las puertas de la ciudad: ¡hasta ensaladas! La señora Barriere la conservaba en su cueva y el propio Burguet la aderezó con aceite de oli-vas.

A los postres comimos las últimas peras de agua que se vieron en Falsbuego durante el invierno de 1814.

-Moisés -díjome mirándome con los ojos achispados: -si todos los juicios me fuesen pagados como usted lo ha hecho, sería el hombre más feliz de la tierra. Desgraciadamente, estos son los primeros hono-rarios que cobro desde que ejerzo la abogacía.

-Pues yo -repuse entusiasmado, -a hallarme en su lugar, aban-donaría Falsfurgo; iría a establecerme en una gran ciudad, donde bri-llaría más su talento. A buen seguro que no le faltarían comidas como esta, y una habitación de príncipe.

-¡Ah! Veinte años atrás ese consejo sería excelente; pero ahora llega demasiado tarde. Vamos a tomar café, Moisés.

Así quedan olvidados en cualquier rincón de provincia muchos hombres de genio, sin que nadie llegue a saber lo que valen. Su vida humilde termina siempre con una muerte oscura y desaparecen de la tierra sin que nadie hable de ellos.

Burguet no abandonaba por nada en, el mundo su antigua cos-tumbre de dirigirse al café al dar las cinco de la tarde para jugar a las cartas con el viejo judío Salomón, que vivía solamente del juego. El y otros cinco o seis comerciantes de la población, eran hábilmente ex-plotados por aquel tuno, que tomaba cerveza dos veces al día a expen-sas de sus incautos compañeros, sin contar los escudos que embolsaba para sostener a su familia. Los otros me teman sin cuidado; pero lo que sucedía con Burguet me encendía la sangre. De

veinte jugadas, Salomón a duras penas le dejaba ganar dos, y encima se burlaba de él, y le estimulaba a continuar, abandonando sus ocupaciones.

Cincuenta veces le había advertido yo a Burguet que debía re-nunciar al juego; pero él me daba la razón y seguía dejándose explotar.

Al salir de casa de la señora Barriere, nos dirigimos al café, donde encontramos a Salomón, que estaba sentado cerca de la puerta haciendo solitarios. Al ver entrar a Burguet, dirigió una significativa mirada; pero mi amigo no se dio por entendido, contentándose con saludar fríamente a aquel miserable yendo a tomar asiento delante de una mesa al otro extremo de la sala.

En cuanto a Salomón tardó muy poco en verse rodeado de sus compañeros de juego, a quienes empezó a desplumar con el mayor descaró del mundo.

Burguet estaba vuelto de espaldas a ellos; pero aun cuando yo trataba de distraerle su pensamiento no se apartaba un punto del juego, siguiendo mentalmente todas sus peripecias.

Hacia las siete de la noche cuando el humo del tabaco había cargado de tal modo la atmósfera del café que llegaba a cortar la respiración, y la sala de billar estaba más animada, penetró en el salón un soldado que se puso a mirar entorno de sí, cual si buscara uno entre la concurrencia.

Era el desertor.

Después de un minuto de investigación, pareció habernos visto, porque se dirigió hacia nosotros con su gorra de cuartel en la mano.

Burguet levantó entonces la cabeza y le reconoció, poniéndose encarnado hasta el blanco de los ojos, mientras el pobre mozo balbuceaba algunas palabras de agradecimiento.

-¿Conque, ya estás en libertad, amigo mío? -dijo, al fin, Burguet.

-Sí, señor -respondió el recluta -y vengo a dar a usted las gracias en nombre de mis padres, y en el mío propio.

-¡Bueno!.. ¡Bueno! -murmuró Burguet, tosiendo fuertemente.

Luego contempló enternecido al joven, preguntándole con voz conmovida:

-¿Estás contento de vivir?

-¡Oh, señor! -exclamó el soldado. ¡Muy contento!

-Lo cierto es -repuso Burguet en voz baja echando una mirada hacia el reloj, -que al dar las cinco de la tarde todo habría concluido para él. ¡Pobre muchacho!

Y enseguida prosiguió:

-Tú no tendrás con qué poder beber a mi salud, ¿no es cierto?

Tampoco llevo yo blanca en mi bolsillo. Moisés, dé usted cinco francos a este, bravo mozo.

Sin replicar palabra eché mano a mi bolsillo y entregué diez francos al desertor, que empezó a proferir algunas frases de agradecimiento.

-¡Basta!.. ¡basta! -interrumpió Burguet -ve a tomar una copa con tus camaradas; alégrate y no vuelvas a desertar.

Enseguida se levantó, dando algunos pasos hacia la mesa de juego; pero como advirtiese que el soldado decía: «¡También le doy gracias, señor, en nombre, de la pobre joven que aguarda el fin de mi, servicio!..» Burguet no supo qué responder. Tanta era su emoción.

Preciso fue sacarle de situación tan embarazosa.

-Mucho nos alegramos de haberle sido útiles en algo -dijo al soldado, -acompañando mis palabras con una señal de despedida. -Ahora vaya usted a beber a la salud de su defensor, y pórtese como un hombre de honor.

El joven permaneció todavía inmóvil algunos instantes, como si una fuerza superior a su voluntad le retuviera allí. Su fisonomía expresaba cien veces mejor el vivo reconocimiento de que se hallaba poseído que pudiera haberlo hecho su lengua. Por fin, separóse de nosotros, y salió lentamente del café, saludando a Burguet, que apuró su taza de un sorbo.

Pasados unos cuantos minutos, durante los cuales departimos sobre lo que acababa de suceder, me ocurrió la idea de volver al lado de mi familia.

Entretanto, Burguet sufría como un alma en pena. A cada momento levantábase impaciente, dirigiéndose hacia los jugadores; contemplaba algunas jugadas y volvía después a sentarse a mi lado, melancólico y silencioso. No quise mortificarle más, y al dar las ocho de la noche despedíme de él, lo cual pareció no disgustarle.

-¡Buenas noches, Moisés! -dijo acompañándome hasta la puerta.

-Ofrezca usted mis respetos a las señoras Sara y Zeffen.

-Gracias, no olvidaré el encargo.

Un cuarto de hora después entraba en mi habitación. Sara pudo conocer al momento que yo venía alegre, porque, encontrándole a la puerta de la cocina, la abracé estrechamente, diciendo:

-¡Todo ha salido mejor que esperábamos!

-Sí, ya lo veo -respondióme ella, riendo, y pasamos a la estancia de Zeffen, que estaba desnudando a David para acostarlo.

Al verme entrar el niño, vino hacia mí en camisa presentándome su sonrosada mejilla para que le besara. El bribonzuelo sabía muy bien que nunca comía yo fuera de casa sin que guardase alguna golosina y a pesar del sueño que cerraba sus párpados, encontró bien repletos mis bolsillos.

He aquí, Federico, en qué estriba la dicha de los abuelos. Estas pequeñeces nos demuestran la inteligencia más o menos precoz de nuestros nietos.

El tierno Esdras, a quien procuraba adormecer Sara meciéndole en su cuna comprendió que pasaba algo extraordinario, y, me tendía sus diminutas manos, cual si quisiera decirme:

-¡También a mí me gustan los bizcochos!

Nuestra alegría era indescriptible. Habiendo tomado asiento en medio de mi familia, ensalcé como merecía la elocuencia de Burguet, y no hube de esforzarme para hacerles comprender la satisfacción que tuvo que experimentar el pobre desertor.

Todos me escuchaban derramando lágrimas.

Safel, a quien tenía sentado sobre mis rodillas, djome al oída:

-Hoy hemos despachado, aguardiente por valor de trescientos francos.

Esta noticia me causó inmenso placer, por, que cuando uno gasta por un lado, es preciso ganar por otro.

A eso de las diez despedíme de Zeffen, y bajé a cerrar la puerta cuya llave, dejé bajo de la misma por si nuestro sargento se retiraba tarde.

Al acostarnos, repitióme Sara lo que había hecho Safel, añadiendo que viviríamos holgadamente cuando hubiesen levantado el bloqueo, y que el Eterno parecía habernos tendido una mano salvadora en medio de tan grandes Miserias *como nos* rodeaban.

Estábamos, pues, contentos, y podíamos mirar con menos desconfianza nuestro porvenir.

## **XVI**

Durante algunos días no ocurrió en la ciudad ningún acontecimiento digno de mencionarse. El gobernador mandó arrancar las plantas y arbustos que crecían entre las piedras de las murallas a fin de evitar nuevas deserciones, prohibiendo de camino a los oficiales que tratasen con dureza al soldado, lo cual produjo muy buen efecto entre la guarnición.

Hacia aquella época veíanse desfilar por las inmediaciones de la plaza, fuera del alcance de nuestros cañones, regimientos enteros de austriacos, rusos, bávaros y wurtembergeses, que se dirigían a París a marchas forzadas.

Casi al mismo tiempo se libraban en Champaña terribles batallas, sin que nosotros tuviéramos la menor noticia de ello.

Cada día aparecían nuevos uniformes por las cercanías de la población, en los cuales nuestros veteranos reconocían los de los diferentes ejércitos contra quienes combatieran durante veinte años.

Nuestro sargento venía a buscarme todas las tardes, después de la revista y me acompañaba a los baluartes, donde nos reuníamos con algunos vecinos, para charlar sobre el bloqueo y la invasión.

Hacia la parte de San Juan, junto al bosque de la Bonne-Fontaine, veíamos desfilar enormes masas de infantería y caballería convoyes de pólvora y cañones, y tras ellos nuevas y largas filas de bayonetas, lanzas, cascos, uniformes azules, verdes, rojos... y carros cubiertos con toldos de lona. Todo esto pasaba a nuestra vista sin acabar jamás, como las aguas de un río caudaloso.

Sobre aquella llanura cubierta de nieve, y rodeada de bosques, se distinguían perfectamente los menores objetos.

Alguna que otra vez, un dragón o un cosaco solían destacarse de sus filas y llegar, galopando, hasta el glacis de la plaza. Al mismo tiempo, uno de nuestros artilleros de

marina inclinaba su mostacho gris sobre un fusil de muralla apuntaba un instante, salía la bala y un caballo sin jinete salía a incorporarse a su escuadrón. Mientras obser-vábamos esta escena aplaudíamos como locos. Entonces el artillero se frotaba las manos, diciendo:

-¡Uno menos!

Otras veces estos, viejos soldados, solían apostar sobre quién de-rribaría de un balazo tal o cual centinela, colocado sobre la colina de Mittelbron o la de Bigelberg.

Preciso era tener muy buenos ojos para distinguir el punto que unos a otros se mostraban; pero aquellos marinos parecían poseer la mirada del águila.

-¡Ea! Paradís -decía uno de ellos; -¿cuánto va a que le acierto?

-Aquí están mis dos sueldos: ¡vengan los tuyos!

Realizada la apuesta sonaba un tiro: a éste seguía otro, y conti-nuaba la partida como un juego de bolos. ¡Dios sabe cuántos hombres mataron por sus dos sueldos!

Cada mañana se reunían estos artilleros en mi tienda a *beber el cosaco*, según decían. Después de apurar cada uno un buen vaso de aguardiente, se vertían en las manos la última gota para fortalecer los nervios, y salían gritando:

-¡Buenos días, señor Moisés! ¡El *kirsch* es superior!

No recuerdo haber visto pasar tanta gente en mi vida como du-rante los meses de enero y febrero de 1814. Era aquello como una de las plagas de langostas de Egipto. ¿De donde salían tantos soldados?

Parecía que brotaban de la tierra.

Todos en la ciudad estábamos desolados, excepto nuestro sar-gento, que, guiñando los ojos y sonriendo maliciosamente, solía de-cirme:

-Mire usted, señor Moisés, todos los que han pasado, los que pa-san y los que pasarán, no servirán para otra cosa sino para abonar las tierras de la Champaña y de la Lorena. El Emperador les aguarda allá abajo, pronto a caer sobre ellos; el rayo de Jena, Austerlitz y de Wa-gram los aplastará. Esto es cosa que ha de suceder. Los aliados em-prenderán la retirada empujados por nuestras bayonetas. Entonces saldremos nosotros, y les cerraremos al paso. ¡Ni uno solo escapará con vida!.. ¡Ah, ah! ¡qué buen negocio le espera a usted, señor Moi-és, con los despojos de estos bribones!

El buen Trubert se regocijaba de antemano; mas puedes com-prender, amigo Federico, que yo no contaba para nada con los unifor-me que corrían los campos; hubiera preferido verlos a mil leguas de distancia.

Pero, ¿qué lo vamos a hacer? así son los hombres: los unos se re-gocijan por lo mismo que causa la desesperación de los demás. A pe-sar de todo, era tan grande la confianza del sargento que acabó por hacerme participar de ella.

Después bajamos a la cantina donde empezaban a repartir los ví-veres a los sitiados, o volvíamos a mi cosa, y en tanto que apuraba un vasito de *kirschenwasser*, el sargento me refería las hazañas del Em-perador en Italia. Yo no entendía palabra pero fingía comprenderle y él quedaba satisfecho.

Por este tiempo solían llegar algunos parlamentarios, bien por el camino de Nancy, ora por los de Metz o de Savetne. Al llegar a la plaza desplegaban la bandera blanca: uno de sus cornetas hacía oír un toque particular, y el oficial de guardia más inmediato salía a reconocer al parlamentario y a vendarle los ojos, conduciéndole enseguida a presencia del gobernador. Por lo demás, nada se traslucía del objeto de estas embajadas. La junta de defensa era la única que podía saberlo.

Vivíamos como en medio del mar, reducidos al círculo de nuestras murallas. No puedes comprender cuán intolerable nos era vernos encerrados dentro de las fortificaciones, sin poner siquiera el pie en el glacis, por temor a las balas. Hasta los pobres viejos, a quienes la gota o sus achaques tenían aprisionados en el lecho de que las puertas de la ciudad estuvieran cerradas. Además, la curiosidad de saber lo que pasaba fuera, de ver de cerca los invasores, de hablar de los negocios del país, nos atormentaba extraordinariamente. El más tosco aldeano, el más necio de Degsbarg que, hubiera por casualidad penetrado en la plaza habría sido acogido como un dios: todos hubiéramos ido a interrogarle sobre el estado de Francia.

¡Ah! los que sostienen que el mayor de los bienes, es la libertad, no dejan de tener razón; porque no hay nada más insoportable que, verse encerrado en un calabozo, aun cuando éste sea tan grande como Francia entera.

Los hombres han nacido para ir, venir, hablar, comerciar, referirse unos a otros las novedades que ocurren en sus ciudades y aldeas, y todo lo que sea privarles de estos desahogos, es matarlos moralmente.

Los gobiernos no quieren convencerse de estas verdades, tan claras como la luz del día: ellos se creen más fuertes, impidiendo a las gentes vivir a sus anchas, y acababan por disgustar a todo el mundo.

La verdadera fuerza de un soberano está en relación con la libertad que puede otorgar a sus súbditos, y no con la que les puede arrebatar.

Los aliados habían comprendido esto mejor que Napoleón; de aquí nacía su confianza en el buen éxito de su empresa.

Lo más triste era que, hacia fines de febrero, la miseria empezó a dejarse sentir entre nosotros. No se podía achacar esto a que no abundase el dinero, puesto que no salía un céntimo de la población. Todo consistía en que los víveres adquirían precios fabulosos: lo que tres semanas antes valía sólo dos sueldos, no se compraba entonces por menos de veinte, lo cual me hizo pensar que la escasez de metálico no es otra cosa que una de esas mentiras que los pillos inventan para engañar a los tontos. ¿Qué importa que el dinero se esconda en las arcas de los avaros? Nadie se puede llamar pobre, si posee dos sueldos, con tal de que con ellos tenga lo suficiente para comprar pan, carne, vino, ropas, etc., etc; pero si todo eso vale veinte veces más, entonces no solamente será pobre, sino que todo el país se verá sumido en la más espantosa indigencia. El dinero no escasea cuando todo está barato:

únicamente falta a medida que va elevándose el precio de las cosas.

Así, pues, sitiados como nos hallábamos, hubiera sido para mí una gran dicha vender el aguardiente a tres francos el litro, si en cambio no tuviera que comprar los artículos de primera necesidad a un precio que subía en proporción de mi mercancía.

Una mañana la anciana Quéru lloraba en mi tienda a lágrima vi-va.

La pobre no había comido nada desde hacía dos días. Esto, según decía era lo que menos le importaba; lo que, le afligía era no tener para pagar su aguardiente, que acostumbraba a tomar cada mañana y que esta vez le ofrecí gratuitamente, con lo cual la buena mujer se fue contenta. ¡Cuántos otros se hallaban en su caso! Yo vi a más de un viejo desesperado porque no tenía un polvo de rapé; algunos llegaron a tomar hasta ceniza y, muchos idearon, a falta de tabaco, fumar las hojas del corpulento nogal del Arsenal.

Todo esto, sin embargo, no era más que un preludio de la miseria que nos amenazaba. Más tarde debíamos vernos reducidos a ayunar muchos días para la gloria de Su Majestad.

A fines de febrero, el frío volvió a arreciar del un modo extraño.

Cada noche nos enviaban los rusos, un centenar de bombas y grana-das.

Empero estábamos acostumbrados a estos regalos y tan pronto como se oía el estampido del cañón, aguardábamos tranquilamente, la caída y explosión del proyectil, corriendo luego a apagar los incen-dios, lo cual no era difícil, porque en todas las casas había toneles de agua dispuestos, al efecto. Nuestros artilleros respondían con viveza al fuego del enemigo; pero como los rusos tiraban con piezas volantes, no era fácil aprovechar los disparos, porque cambiaban de posición a cada instante.

Algunas veces el enemigo, nos arrojaba balas incendiarias. Estos endiablados proyectiles producen una llama tan viva, que es imposible extinguirla como no sea tirándola al fondo, del agua. Y esto es lo que hacíamos.

Todavía no habíamos sufrido ningún incendio de consideración; pero nuestras avanzadas habían tenido que replegarse arrolladas por los aliados, que se iban concentrando en derredor de la plaza. Habían-se apoderado ya de la granja Ozillo, de la Tejería de la Pernette y de la Casa Roja que nuestras tropas acababan de abandonar, donde se atrincheraban para pasar el invierno.

Muchos regimientos rusos habían partido Para el interior, dejan-do en su lugar diversos cuerpos de *wurtembergeses*, bávaros y baden-ses, pertenecientes a la *landwehr*.

Desde nuestras murallas distinguíamos perfectamente los centi-nelas enemigos, con sus largos capotes grises, sus gorras aplastadas y sus fusiles en bandolera, paseándose gravemente por las avenidas de la Tejería. Dueños de aquella posición, les era fácil, en medio, de la obscuridad de la noche llegar hasta los fosos e intentar el asalto de la plaza por una poterna.

En cuanto al número de los sitiadores, era muy considerable te-niendo la ventaja de que no parecían de víveres, pues tres o cuatro aldeas de las inmediaciones les proveían de todo, sirviéndoles los grandes hornos de la Tejería para calentarse y preparar sus ranchos.

De vez en cuando algún batallón ruso que pasaba se detenía en-tre, ellos dos o tres días, pudiendo ver entonces a aquellos hombres, acostumbrados a los fríos del Norte, bañarse con placer en los abrega-deros y albercas, a pesar de la nieve que los cubría.

Aparte de esto, bávaros, rusos y *wuttembergeses* disparaban con-tinuamente, sobre nuestros centinelas con gran indignación de los habitantes de Falsburgo, que extrañaban no hubiese

dispuesto el go-bernador una salida para escarmentarlos. Pero una noche entró nues-tro sargento y me dijo al oído, guiñado un ojo, como tenía por costumbre:

-Escuche usted, señor Moisés: si quiere usted presenciar un es-pectáculo que le hará reír, levántese mañana muy temprano y sígame adonde le lleve.

«-Así lo haré, sargento -le respondí.

Inmediatamente, fuese a acostar mi hombre, y mucho antes de que amaneciera, a cosa de las cinco, le oí saltar del lecho, lo cual me asombró tanto más, cuanto que no había sonado todavía el toque de llamada. Por mi parte me levanté también sin hacer ruido.

-¿A dónde vas, Moisés? -me preguntó Sara, medio dormida.

-Duerme tranquila: el sargento me ha dicho que quería llevarme a ver no sé que cosa.

Mientras decía esto acabó de vestirme. Casi al mismo tiempo llamó Trubert a la puerta; apagó la luz, y empecé a bajar la escalera, seguido de mi alojado.

Cuando salimos a la calle reinaba en derredor nuestro la más completa oscuridad. Allá a lo lejos, hacia el cuartel de infantería se dejaba oír un confuso rumor; el sargento se dirigió en aquella direc-ción y me dijo:

-Suba usted al bastión del Arsenal; nosotros vamos a asaltar la Tejería Lleno de curiosidad me encaminé al baluarte que me había de-signado.

Cuando llegué allí, vi a los artilleros inmóviles al lado de sus piezas. Las mechas encendidas y plantadas en tierra brillaban en la oscuridad como estrellas desprendidas del alto firmamento.

Cinco o seis habitantes de la ciudad, prevenidos como yo de lo que iba a pasar, permanecían silenciosos junto a la poterna mientras recorría la muralla el acostumbrado grito de: *¡alerta!* contestado por los *Verdâ!* y *Souida!*<sup>12</sup> de los centinelas enemigos.

Por lo demás, se dejaba sentir un aire seco y helado que penetra-ba hasta la médula de los huesos.

Aun no habían transcurrido diez minutos, cuando llegó un pelo-tón de soldados, ante quienes quedó al momento franca la poterna. Si hubieran marcado el paso, el enemigo les hubiera oído desde el pie de los glaci; por eso llegaron silenciosamente y sin orden de formación y desfilaron de uno en uno por la escalera hasta llegar al foso, junto al camino cubierto.

Ya puedes comprender si abriría yo los ojos, mientras pasaban aquellas dos compañías de veteranos, para reconocer a mi sargento.

Empero, por más que hide, no pude conseguirlo: tal era la oscuridad de la noche.

Tenía los pies entumecidos por el frío, y, sin embargo, no podía resolverme a abandonar aquel sitio, donde me retenía la más viva cu-riosidad.

Por fin, al cabo de media hora empezó a extenderse una línea luminosa en derredor del bosque de la Bonne- ontaine, a cuya incierta claridad, el capitán Rolfo, los vecinos y yo

---

<sup>12</sup> ¡Quién vivo!

podimos contemplar la llanura cubierta de nieve, y cruzada aquí y allá por algunas patrullas alemanas, que vagaban cual sombras entre la espesa niebla que les rodeaba.

Algo más cerca de nosotros, casi al nivel del glacis, distinguimos también un centinela wurtembergés, colocado a la entrada de la calle de árboles que conduce a la Tejería.

Todo divisaba aún medio envuelto en las sombras de la noche; empero un rayo de sol, blanco como la nieve, se elevó de repente sobre, las copas de los pinos, haciendo algo más perceptibles los objetos.

En tanto nuestros soldados permanecían con el arma al brazo en el camino cubierto, sin que saliera de sus filas el más ligero ruido. Los *verdâ!* y los *suida!* resanaban de continuo: el día iba aclarando.

Al ver aquella tranquilidad, nadie hubiera sospechado que, iba pronto a trabarse un sangriento combate. A la primera campanada de las seis que, dejó oír el reloj de la alcaldía las dos compañías ganaron silenciosamente. A glacis, llegando en un momento, al camino que ciñe los jardines.

No puedes imaginarte, Federico, el temblor que se apoderó de mí al ver llegado el momento de empezar el ataque. Aunque no era toda-vía bien de día pudo distinguir el centinela enemigo la fila de bayo-netas que avanzaba hacia él, y preparando su arma, gritó con terrible acento:

*-Verdâ!*

-¡Adelante! -respondió con voz de trueno el capitán Vignerón, y nuestros soldados empezaron a deslizarse por aquel suelo endurecido, cual se precipita el alud, por la pendiente de una montafla.

El centinela disparó su fusil, y echó a correr hacia la Tejería gritando no sé qué. Unos *quinze landwehrs* que formaban la avanzada del destacamento alojado en el vetusto edificio salieron al momento; pero antes que tuvieran tiempo de reconocerse fueron asesinados, sin misericordia.

No era posible distinguir desde tan lejos lo que pasaba detrás de las hayas y abetos que rodeaban la Tejería; más después que hubo salido la avanzada, llegaron a nuestros oídos muchos gritos lastimeros, interrumpidos por frecuentes descargas.

Todos los infelices *landwehrs* que se alojaban en la Pernette, y que en su mayor parte se habían desnudado para dormir, como honrados padres de familia, iban saltando por las ventanas en calzoncillos y en camisa, con la cartuchera al hombro, formándose detrás de la Tejería en el extenso prado de Seltier. Sus oficiales hacían vanos esfuerzos por restablecer el orden en las filas. En cuanto a su número, podría llegar a setecientos hombres, que tiritaban, medio desnudos, en medio de la nieve. A pesar de todo, repuestos algún tanto de su sorpresa empezaban a dirigir un fuego graneado bien sostenido contra los asaltantes, cuando las dos piezas del bastión vinieron a terciar en la partida.

¡Qué carnicería aquella, Dios mío!

La metralla causaba entre ellos grandes estragos, haciendo volar en el aire, los jirones de sus camisas, mezclados con sus miembros palpitantes. Y lo peor para aquellos

desgraciados, era que los nuestros, después de haber penetrado en la Tejería y trastornándolo todo, marchaban contra ellos a la bayoneta.

¡Qué situación tan crítica! Figúrate, amigo Federico, una lucha sostenida por honrados ciudadanos, comerciantes, banqueros, abogados, fondistas, jornaleros, gentes todas pacíficas, que no deseaban más, que gozar de la calma y tranquilidad del hogar doméstico!

Reflexionando después sobre, aquella matanza conocí todo lo perjudicial que, es para los alemanes el sistema de la *landwehrs*.

¿Cuánto mejor sería sostener un ejército de voluntarios, afectos al país y a quienes, se hiciera comprender que sus pagas y condecoraciones les vienen de la nación y no del Gobierno?.. ¿Un ejército de jóvenes animosos, consagrados a la patria como los del 1792, y llenos de entusiasmo, porque se ven honrados según sus méritos y sacrificios? Sí, esto es lo que hace falta y no hombres que piensen en sus mujeres e hijos al entrar en combate.

Nuestros disparos derribaban a docenas a aquellos desdichados padres de familia. Para colmo de desventura otras dos compañías, destacadas por la junta de defensa, habían salido de la plaza con el mayor sigilo, por la poterna de abastecimiento y la puerta de Alemania avanzando la una por el camino de Saverne y la otra por el de Pe-queño San Juan, hasta venir a colocarse detrás de los *landwehrs*, a quienes empezaron a hacer fuego por la espalda, amagando cortarles la retirada.

Preciso es confesar que los viejos soldados del Imperio tenían una astucia diabólica. ¿Quién hubiera previsto un golpe semejante? Al advertir el peligro, que les amenazaba los pobres *landwehrs* se dispersaron por la llanura como tina bandada de gorriones.

Los que no habían tenido, tiempo de ponerse los zapatos, no sentían en los pies las piedras y las espinas que alfombraban el barranco llamado de Fiquet. Todos ellos corrían como ciervos, sin que los más gruesos y corpulentos se quedasen atrás un solo paso.

Nuestros soldados empezaron entonces a perseguirles, deteniéndose sólo el tiempo necesario para apuntar y fusilarlos a su sabor uno después de otro. Todo el espacio que media entre la Tejería y la pradera comunal de Cuatro Vientos estaba cubierto de cadáveres.

El coronel de los *landwehrs*, sin duda algún pacífico y bonachón burgomaestre, galopaba a caballo delante, de ellos dejando flotar al aire los faldones de su camisa.

Hubieran sido exterminados todos sin el auxilio, de los badenses, acantonados en las inmediaciones. Estas tropas se desplegaron en batalla a la derecha de Cuatro Vientos. Entonces nuestras cornetas tocaron retirada y las cuatro compañías se reunieron en medio del paseo de las Damas, esperando el ataque, de sus nuevos adversarios.

Los badenses hicieron alto, mientras los wurtembergeses se guarecían detrás de sus filas bien contentos de haber escapado de aquella horrible carnicería.

Indudablemente, los pobres fugitivos podían decir con sobrada razón:

-¡Ya sabemos lo que es la guerra! ¡Nos han dado en ella lecciones algo duras!

Eran las siete de la mañana. La población en masa había acudido a las murallas para presenciar el combate.

De pronto, una espesa columna de humo se elevó, sobre la Tejería y los edificios que, la rodeaban. Habían sido incendiados por un destacamento de cazadores que enviara al efecto, la junta de defensa.

Nuestras cuatro compañías, Viendo que los hadenses no osaban atacarlas emprendieron tranquilamente su marcha hacia la población, con sus cornetas a la cabeza.

Largo rato hacía ya que, había dejado mi sitio en, el baluarte, pa-ra situarme al lado de la puerta de Alemania por donde debían entrar las tropas victoriosas. Jamás olvidaré el espectáculo que se ofreció a mi vista. Figúrate, la guardia presentando las armas, los veteranos colgados de las cadenas que sirven para bajar el puente levadizo; los hombres, las mujeres, los niños, atropellándose por correr al baluarte; las cornetas rasgando el aire; con sus agudas notas; los cañones del bastión y de la media luna saludando con salvas la llegada de los ven-cedores, y en medio de tanto bullicio y animación, la aparición de los heridos, que venían los primeros, pálidos, ensangrentados, llevados en hombros por sus camaradas: el subteniente Schnindrer, a quien traían en un viejo sillón de la Tejería con el rostro cubierto de sudor y un balazo en el vientre, gritaba con voz balbuciente:

-¡Viva el Emperador!

Añade a esto los prolongador, redobles de los tambores, en tanto que las cuatro compañías desfilaban por delante de los espectadores, llevando ensartados en las bayonetas panes, jamones y otros víveres, a los atronadores gritos de: ¡Viva el 6º de ligeros!.. He aquí lo que los ancianos como yo pueden vanagloriarse de haber visto.

¡Ah, Federico! ¡Los hombres no son ya lo mismos! En mi tiempo pagaban los demás lo gastes de la guerra. El emperador Napoleón tenía esto de bueno: él no arruinaba a Francia pero sí a sus enemigos.

En el día somos nos otros quienes pagamos a buen precio nuestra gloria.

En la época de que te voy hablando, recogían los soldados abundante botín: charreteras, capotes, mochilas cinturones de oficiales, relojes, etc., etc. Ellos se acordaban que el general Bonaparte, les dijo en 1796: «¡Vosotros no tenéis vestidos ni zapatos; la República os debe mucho, y no puede daros nada! Pues bien: voy a conducirlos al país más rico del mundo, donde encontraréis gloria honores y rique-zas...» En fin, al observar lo bien provistos que venían, comprendí que iba a venderles muchos vasos de aguardiente.

En el mismo instante, en que, pasaba Trubert a la cabeza de su compañía le grité desde lejos:

-¡Eh!.. ¡Sargento!

Inmediatamente me percibió el veterano entre la multitud y acercándose a mí estrechóme la mano diciendo:

-¡Esto va bien, señor Moisés! ¡Esto va bien Todo el mundo, reía en derredor nuestro.

Sin esperar a que acabasen de desfilas las tropas, corrí a abrir mi tienda.

El pequeño Safel debía haber comprendido también que haría-mos buen negocio aquel día pues mientras yo estaba embobado con-templando, do el desfile vino dos o tres veces a tirarme de la esclavina del capote, murmurando a mi oído:

-¡Aquí tengo la llave de la tienda! ¡Despachémonos! ¡Tratemos de llegar antes que Frichard!

Estas pocas palabras retratan el vivo espíritu mercantil y buena inteligencia de mi hijo. ¡Es un verdadero don del Señor!

Abierto el almacén, dejé a Safel solo durante algunos minutos, mientras subía a nuestra habitación a tomar un cantero de pan y una regular cantidad de toda clase de moneda para los cambios.

Al cruzar por delante de la tienda, vi a Zeffen y Sara detrás del mostrador, dispuestas a medir aguardiente. Todo marchaba bien como de ordinario. Un cuarto de hora después, cuando rompieron filas, los soldados, fue tan grande el barullo que promovieron en mi tienda del Mercado los que venían a vender relojes, pistolas capas, mochilas y guerreras, que sin la ayuda de Safel no hubiera podido entenderme.

Compré todo aquello casi de balde. Los soldados no se inquietan nunca por el porvenir: su única ambición se reduce a pasar bien el día, ya tener aguardiente, tabaco y otras superfluidades que nunca faltan en la ciudad donde están de guarnición.

En menos de seis horas atesté mi almacén de capotes, pantalones y magníficas botas de verdadero cuero de Alemania, con otros diver-sos objetos, que adquirí por mil quinientas libras, y que vendí más tarde seis o siete, veces más caros de lo que me habían costado. Todo aquello pertenecía a los pobres *landwehrs*, ciudadanos acomodados, en su mayor parte, y vestidos, por cierto, con más lujo que nuestros vete-ranos.

Empero, lo que me causó mayor placer que el buen negocio que acababa de realizar, era el ver que Frichard, mi competidor, estaba enfermo desde hacía algunos días, y no podía abrir su tienda. No pue-do contener la risa cuando recuerdo que la envidia causó a aquel miserable una ictericia que, le duró hasta el fin de sus días.

Safel fue a eso, de mediodía a buscar nuestra comida, que despa-chamos en un momento, por no dejar marchar a ningún parroquiano.

Apenas salía un grupo cuando entraban dos o tres a la vez.

Safel y yo estábamos rendidas de fatiga.

Cuando volvíamos a casa al dar las siete, de la noche vimos nuestro despacho de aguardiente invadido por una multitud de bebe-dores.

Mi mujer y mi hija no tenían un minuto de reposo: habían au-mentado el precio del alcohol y: los soldados no reparaban en ello, encontrándolo lo más natural del mundo, de manera que no sólo, el dinero francés que acababa de darles, sino también los florines roba-dos, a los wurtembergeses, iban entrando poco a poco en mi cajón.

Dos comercios o dos industrias que se ayuden mutuamente son una gran cosa, Federico; no lo olvides. Sin mi espíritu de vino, no hubiera yo tenido los fondos necesarios para comprar los despojos de los infelices *landwehrs*, y sin mi prendería del Mercado, no hubieran tenido los soldados con qué pagar su aguardiente.

Esto es tan claro como la luz del día, y por ello puedes conven-certe, querido Federico, de que el Eterno favorece a los hombres pací-ficos y laboriosos, pues que les da el talento necesario para aprovechar las buenas ocasiones que se les presentan.

En fin, cuando Sara y Zeffen se sintieron sin fuerzas para seguir midiendo vasos de aguardiente, fue preciso cerrar la tienda a despecho de las protestas de los soldados y dejar el despacho para el día si-guiente.

A cosa de las nueve, después de cenar, hallándonos reunidos en torno de la mesa pusímonos a contar nuestras ganancias. Mientras apilaba las monedas de cobre en columnitas de a tres francos, Safel iba guardando la plata en una caja colocada a su lado.

Al ver tanto dinero, todos nos sentíamos regocijados, y en espe-cial Sara que dijo alegremente:

-Hoy hemos vendido doble que los demás días. Mañana aumen-taremos el precio del aguardiente.

Yo iba a responder a mi esposa que la moderación es necesaria en los negocios, cosa que las mujeres, por muy listas que sean, no comprenden jamás, cuando llegó el sargento Trubert, a tomar su va-sito de *kirschenwasser*.

Venía el veterano con gorra de cuartel, y traía colgado al hombro una especie de saco de cuero rojo que le bajaba hasta la cadera.

-¡Hola!.. ¡hola! -exclamó, fijando los ojos en las pilas de francas que llenaban la caja: - ¿parece que no tenemos hoy de qué quejarnos?

-Sí... no ha ido del todo mal -respondí radiante de júbilo.

-¡Ya lo creo! -repuso, sentándose mi huésped y empezando a be-ber un vasito de *kirsch* que acababa de servirle Zeffen. -Con un par de salidas contra el enemigo como la de esta mañana llegará usted a al-canzar el grado de coronel en el regimiento de los ropavejeros. ¡Ja, ja!

señor Moisés, le felicito con toda mi alma.

Después, sin cesar de reír, añadió:

-Pero, ahora que me acuerdo: vamos a ver lo que hay aquí. ¡Esos bribones de *kaiserlicks* no se privan de nada!

Al mismo tiempo abrió su saco, del cual extrajo un par de guan-tes forrados de piel de zorra, media docena de excelentes calcetines de lana y una navaja con mango de cuerno y hoja de acero del más fino temple.

-Esta herramienta sirve para mil cosas -dijo Trubert, abriendo la navaja. -Aquí hay de todo: una podadera una sierra, corta pluma, li-mas para los callos...

-Eso es para las uñas, sargento -interrumpí sonriendo.

-¡Ja, ja! no me extraña lo que dice usted, porque aquel grueso *landwehr* parecía tan limpio como un escudo nuevo debía limarse las uñas!

Mi mujer y mis hijos, agrupados en derredor nuestro, contempla-ban con la boca abierta los objetos que iba mostrando, el sargento.

Este, introduciendo su mano en una especie de cartera que se veía a un lado del saco, extrajo una bonita miniatura rodeada de un cerco de oro, de la figura de un reloj de bolsillo, pero de mayor tamaño.

-¿Cuánto puede valer esto? --me preguntó.

Todos examinamos el medallón, quedando sorprendidos de la delicadeza de aquel trabajo, debiendo confesar que no pudimos menos de conmovernos al fijar los ojos en la miniatura, puesto que representaba una joven rubia, y dos hermosos niños, frescos y colorados como dos capullos de rosa.

-Y bien: ¿qué les parece? -añadió el sargento.

-¡Bellísimo! --exclamó Sara.

Tomé la miniatura y respondí, después de examinarla nueva-mente:

-Si otro que usted lo preguntase no estimaría esta alhaja más que en cincuenta francos; pero no quiero especular con mis amigos: el oro sólo vale cien francos. Podemos pesarlo, si, usted quiere.

-¿Y el retrato, señor Moisés?

-El retrato no tiene para mí ningún valor, y se lo devolveré. Estas cosas no se venden: sólo las aprecia la familia.

-Bueno -repuso Trubert; -ya hablaremos de esto en otra ocasión.

Después, guardando el medallón en el saco, me preguntó:

-¿Sabe usted leer el alemán?

-Perfectamente.

-Me alegro; así podremos saber lo aquel *kaiserlick* escribía a su tierra. Vea usted, es una carta que tendría preparada para enviarla a Alemania por el primer correo que pasara. Pero nosotros nos dimos más, prisa y hemos llegado antes. Veamos lo que dice.

Hablando así me entregó un billete, dirigido a la *señora Roedig, en Stuttgart, Bergstrasse* núm. 6. Esa carta amigo Federico, la conser-vó Sara; aquí la tengo. Su lectura será para ti mucho más elocuente que cuanto yo pudiera decirte sobre la institución de *la landwehr*.

«Biggelberg, 25 de febrero de 1814.

»Querida Aurelia: Tu carta del 29 de enero llegó muy tarde a Coblenza: el regimiento acababa de ponerse en camino para la Alsacia.

»No puedes figurarte cuánto hemos sufrido lluvias, nieves, y otros mil trabajos. Cuando salimos de Coblenza dirigímonos a Bitche una de las fortalezas más terribles que verse pueda edificada sobre la cima de un altísimo peñasco. Debíamos ayudar a bloquearla pero una nueva orden nos hizo ir delante, del fuerte de Lutzelstein, en la montaña, donde permanecimos dos días alojados en la aldea de Peltersbach, para intimar la rendición a aquella plaza. Algunos veteranos que la guarnecen, nos recibieron a cañonazos, lo que obligó a nuestro coronel a desistir de la idea de asaltarla. A Dios gracias, nos mandaron sitiar otra ciudad rodeada de algunos pueblecillos que nos abastecieron de víveres en abundancia: ha ciudad que sitiamos es Falsburgo, distante dos leguas de Saverne. Nosotros relevamos al regimiento, austriaco de Vogelgesang, que ha partido hacia la Lorena.

»Entretanto, tu carta va siempre conmigo y me sirve de consuelo.

Abraza a nuestra querida Sabina y a nuestro tierno Enrique. Sólo pienso en vosotros, Aurelia mía mi adorada esposa» ¡Ah! ¿cuándo nos veremos reunidos en nuestra pequeña botica?

¿cuándo volveré a manejar mis potes y redomas, tan bien ordenados y rotulados en los estantes de mi tienda que ostenta los bustos de Hipó-crates y Esculapio encima de su puerta? ¿Cuándo me será dado volver a mi mortero a mezclar todo género de drogas, según las sabias fórmulas de nuestros insignes doctores? ¿Cuándo tendré la dicha de hallarme sentado en mi cómodo sillón, delante de un buen fuego, allá en nuestra rebotica, mientras mi Enrique hace rodar sobre el entarimado su caballo de madera, cuyo rumor me molesta tanto? Y tú, esposa adorada, ¿cuándo podrás gritar, al verme venir coronado con el laurel de la victoria: ¡Ese... ese es mi Enrique!»?

-Esos alemanes -interrumpió el sargento, son imbéciles como unos asnos. ¡Ya les daremos laurelitos! ¡Qué carta tan estúpida!

Zeflen y Sara escuchaban la lectura con lágrimas en los ojos, estrechando, en sus brazos a nuestros queridos hijos. En cuanto a mí, calculando que Baruch podría haberse encontrado en la misma situación que, el infeliz *landwehr*, estaba hondamente conmovido.

Ahora, Federico, oye el fin de la carta:

«Nosotros estamos aquí posesionados de una antigua tejería, a tiro de cañón de la plaza. Cada noche arrojamos algunas bombas sobre la población, por orden del general ruso Berdiaiw, con la esperanza de obligar a esas gentes a abrirnos las puertas. Esto no puede tardar mucho en verificarse: les faltan los víveres, y padecen muchas enfermedades.

Cuando entremos, nos alojaremos en las mejores casas, hasta la conclusión de esta gloriosa campaña, que acabará pronto, pues cada día nos llegan noticias de brillantes victorias alcanzadas por nuestro ejército en la Champaña. Bonaparte se bate en retirada; los mariscales Blücher y Schwartzemberg han logrado reunirse y se hallan solamente a cinco o seis jornadas de París» -¡Cómo!.. ¡cómo!.. ¿qué diablos dice ese hombre? -gritó el sargento, arrojándose sobre el billete y devorándolo con la vista. -¡A ver!.. ¡vuelva usted a leer esto!

Al proferir estas palabras, estaba pálido de coraje; sus labios se agitaban convulsivamente.

-Dice que los mariscales Blücher y Schwartzemberg están cerca de París -respondió asustado.

-¡Conque, cerca de París! ¿eh? ¡Canallas! -exclamó el veterano, dando una terrible patada en el suelo.

Después, asomando a sus labios una siniestra sonrisa añadió:

-¡Ja, ja! ¿Conque tú querías tomar a Falsburgo y volver a tu patria coronado con el laurel de la victoria? ¡Ja, ja! ¡Ya te he dado yo una magnífica corona!

Y al mismo tiempo hacía ademán de cargar a la bayoneta gritando:

-¡Uno!.. ¡dos!.. y al otro mundo.

Sólo con mirarlo nos estremecíamos de horror.

-Lo hice como lo digo -prosiguió el veterano, tomando algunos sorbos de *kirschenwasser* - En menos tiempo del que puedo emplear en vaciar este vaso, clavé a aquel pícaro boticario en la puerta de la Tejería. ¡Si hubiesen ustedes visto qué clara puso! Los ojos parecía que iban a saltarle de las órbitas. Su amada Aurelia podrá esperarle sentada hasta el día del Juicio. Por lo demás, no crean ustedes una palabra de cuanto dice la carta. Todo es un puro embuste, desde la cruz hasta la fecha: el Emperador les dará su merecido, estén ustedes tranquilos.

No pude continuar aquella triste lectura. Sentía una especie de nudo que apretaba mi garganta. El resto de la carta se reducía a los cariñosos afectos que el infeliz *landwehrs* enviaba a su esposa y a los amigos y parientes que dejara en su patria.

El mismo sargento pareció no querer saber más. Volvieron bruscamente la espalda y salió de la estancia, diciendo:

-¡Buenas noches! ¡Echen ustedes ese papel al fuego!

Cuando le hube oído entrar en su habitación, guardó cuidadosamente la carta y dije, mirando a mi mujer e hijos que estaban muy conmovidos:

-¡Qué cosa tan horrible!.. ¡Ese feroz soldado ha dado muerte a un padre de familia y todavía se ríe de su hazaña!

-¡Cierto! -respondió Sara: -y lo más triste es que el sargento no tiene, mal corazón ama demasiado a su Emperador, y eso es todo.

Aquella desgarradora historia nos preocupó hondamente. Durante toda la noche a pesar del magnífico negocio que había hecho con mis aguardientes, no pude conciliar el sueño, y me preguntaba qué sería del país si Napoleón era vencido. Mas la resolución de este problema era superior a mis conocimientos y no supe qué responderme.

## **XVII**

Desde el día en que, ocurriera la muerte, del desgraciado *land-wehrs*, nuestro alojado nos causaba horror; pero él no parecía notarlo y venía como de ordinario, a tomar su vasito de *kirsch* al amor de la lumbre. Algunas veces levantaba la botella delante de nuestra lámpara, y, mirándola al trasluz, decía suspirando:

-¡Esto baja señor Moisés, esto baja! Bien pronto será preciso ponerse a media ración, y después a cuarta. Pero es igual; mientras res-pete una gota nada... más que el olor, Trubert se dará por satisfecho.

Y como al expresarse así se sonreía dije yo para mí lleno de indignación:

-Bien puedes contentarte con una gota, pues, ¿qué os falta a vosotros?

Los almacenes de la plaza están contruidos a prueba de bomba los hornos de la guarnición se encienden cada día el carnicero provee a cada soldado de su ración de carne fresca en tanto que los honrados ciudadanos se juzgan venturosos si tienen unas cuantas patatas y un pedazo de cecina.

He aquí lo que pensaba mientras me veía obligado a poner buena cara al sargento, a causa del terror que me inspiraba.

Mis reflexiones, Federico, no podían ser más justas. Nuestros hi-jitos sólo se alimentaban de patatas y carne salada únicos víveres que nos quedaban, lo cual ocasionaba una multitud de enfermedades su-mamente peligrosas.

La guarnición no carecía de nada y, sin embargo, a cada mo-mento expedía órdenes el gobernador para que los vecinos declararan la cantidad de víveres que tenían en sus casas, amenazando con el Consejo de guerra a los que ocultasen cualquier cosa. Aquellas gentes lo querían todo para sí; pero nosotros no les hacíamos caso y subs-traíamos a sus pesquisas cuanto era posible esconder.

En aquel tiempo se tenía por feliz el que conservaba una vaca en el fondo de su cueva y no carecía de algunos puñados de paja para alimentarla. La leche se pagaba a peso de oro. Dichosos los que po-seían algunas gallinas: un huevo fresco valía, a fines de febrero, quin-ce sueldos, y aun así no era fácil encontrarlos El precio dela carne fresca iba subiendo de hora en hora por decir así, y nadie preguntaba si era de buey o de caballo.

La junta de defensa había alejado de la ciudad a toldos los men-digos, al empezar el sitio; pero aun quedaban muchos indigentes. Al-gunos de estos infelices se deslizaban por la noche hasta los fosos para desenterrar raíces del entre la nieve, trepando después a los baluartes, donde cortaban los hierbajos y ortigas que crecían en ellos. Los centi-nelas les disparaban sus fusiles; pero, ¿qué no arriesga uno por comer?

Vale más recibir un balazo en la cabeza que sufrir los crueles tor-mentos del hombre.

Al ver estos seres pálidos y demacrados, aquellos niños raquí-ticos y famélicos, que se arrastraban a lo largo de los muros, sin tener alientos para hablar, no podía uno menos de exclamar para sus aden-tros:

-¡Si el Emperador no viene pronto a librnos, antes de un mes nos hallaremos en el mismo caso de esos desgraciados! ¿De qué nos servirá el dinero cuando valga cien francos una libra de pan?

Entonces, Federico, no nos sonreíamos viendo a nuestros pobres hijos comiendo con apetito. Lejos de esto nos mirábamos unos a otros hasta el fondo del alma y esta mirada bastaba para comprender los sombríos presentimientos que nos asaltaban.

En tales ocasiones es cuando se conocen los desvelos de una buena madre de familia. Sara no me había hablado nunca de nuestros víveres. Conociendo su prudencia exquisita siempre me figuré que tendría algunas provisiones escondidas; pero no estaba seguro de ello.

Por eso, algunas veces, cuando estábamos sentados a la mesa el temor de ver a mis hijos carecer de, alimento me obligaba a decir:

-¡Comed... comed vosotros! Yo no tengo hoy gana. Mejor toma-ría una tortilla o, medio pollo asado: ¡esas malditas patatas no me sientan bien!

Al decir esto reía a carcajadas pero Sara que había adivinado mi pensamiento, respondió un día:

-Moisés, puedes comer cuanto gustes, pues no estamos en el caso que tú crees. Ya encontraremos medios de salir del apuro. Por de pronto, bástete saber que no seremos los primeros que mueran de hambre en la ciudad.

Desde entonces abandoné mis forzados ayunos. Las palabras de mi mujer me inspiraban una absoluta confianza. La misma noche en que sostuvimos este diálogo, cuando Zeffen y sus hijos se hubieron acostado, tomó Sara una lámpara y me condujo al sitio en que tenía guardadas las provisiones.

Nuestra casa tenía una gran cueva, sumamente oscura en el fondo de la cual había aglomerado mi esposa muchos haces de paja.

Sin más trabajo que separar algunos de ellos descubrí dos costales de patatas, uno de harina un barril de aceite y un enorme pedazo de carne, salada.

Más de una hora permanecimos en la cueva, ocupados en contar nuestros víveres y calcular el tiempo que podrían durarnos. Aquellas provisiones y las que habíamos declarado poseer al comisario de la junta de defensa eran suficientes para mantenernos mes y medio; por lo cual me dijo Sara mientras subíamos:

-Ya ves que con economía podremos alimentarnos durante seis semanas. La miseria y el hambre comienza a extenderse por la ciudad, y si en todo ese tiempo no viene a socorrernos el Emperador, no habrá otro remedio que rendir la plaza. Entretanto es preciso contentarse con carne salada y papas cocidas.

Mi mujer, como siempre, tenía mucha razón pero cada día veía yo claramente cuánto perjudicaba a nuestros niños aquella clase de alimento. Los pobrecitos enflaquecían rápidamente, sobre todo el pe-queño David, cuyos ojos brillantes, pálidas mejillas y abatido aspecto me oprimían el corazón.

Frecuentemente le tomaba en brazos, le acariciaba y le decía al oído que, acabado el invierno, iríamos a Saverne, donde su padre le llevaría a paseo en coche. El pobre niño me miraba tristemente; inclinaba la cabeza sobre mi hombro y guardaba silencio.

Por fin llegó un día en que no quiso comer.

Zeffen estaba inconsolable. A menudo me tomaba su hijo, y exhalando profundos suspiros, decía que quería partir al momento para reunirse con Baruch.

¡Tú no has experimentado jamás esas penas, Federico! ¡Tú no sabes lo que son los dolores de un padre que teme por la vida de sus hijos! ¡Esos son los más crueles de todos!

Empero, ¿qué hacer en medio de las grandes miserias que nos rodeaban? Muchas otras familias francesas se encontraban en peores circunstancias que la nuestra.

Además de eso es preciso añadir la alarma y los temores incesantes que aumentaban nuestra zozobra y malestar: las continuas patrullas que cruzaban por las calles; las bombas y granadas, que arrojaba cada tarde el enemigo; los bandos, las requisiciones, los gritos de: «¡Fuego! ¡Fuego!», que se oían en el silencio de la noche; la llegada de los parlamentarios, los rumores que se extendían por la ciudad de que nuestros ejércitos se retiraban derrotados y que la población iba a ser arrasada...

Cuanto más escasean las noticias, tanto mayor es el número de las que se inventan. Valdría más no ocultar la verdad, porque, entonces cada cual se armaría de valor para arrostrar el peligro. Siempre he visto que la verdad, aun en las mayores calamidades, no ha sido tan perjudicial como esas invenciones. Si los republicanos se defendieron bien, fue porque, lo sabían todo, porque no se les ocultaba nada y porque todo ciudadano lomaba los asuntos

de la patria como si fuesen los suyos propios. Pero cuando se les oculta sistemáticamente, ¿qué con-fianza pueden inspirar?

En fin, la inclemencia del tiempo, la escasez y las infaustas nue-vas empeoraban, si cabe, nuestra situación. Los hombres a quienes, se había visto siempre firmes y tranquilos como sucedía a Burguet, pare- cían ahora tristes; cuando se les preguntaba alguna cosa respondían invariablemente:

-¡Veremos!.. ¡Hay que tener paciencia!

La deserción volvió a comenzar, y con ella los fusilamientos.

Nuestro comercio de aguardiente prosperaba de día en día. Había desocupado siete pipas; todas mis deudas estaban pagadas y me resta-ba mi tienda del Mercado abarrotada de géneros, amén de diez y ocho mil francos enterrados en un rincón de la bodega. Pero, ¿de qué sirve el dinero cuando se tiembla por la vida de los que uno ama?

El 6 de marzo, hacia las nueve de la noche acabábamos de cenar tranquilamente, mientras el sargento fumaba su pipa cerca de la ven-tana, sin dirigirnos la palabra.

Era la hora en que solía empezar el bombardeo. Pronto oímos el primer cañonazo de los rusos, contestado al momento por las baterías del Arsenal. Esto nos despabiló un poco, porque todos estábamos pen-sativos.

-Señor Moisés -dijo, de repente, el sargento, -¡esos niños están muy pálidos!

-¡Bien lo sé, amigo mío! -respondí.

El veterano volvió a guardar silencio; y como viese a Zeffen que abandonaba la habitación para llorar sin testigos, puso al pequeño David sobre sus rodillas dirigiéndole una larga mirada. Sara tenía en los brazos a Esdras y Safel recogía los manteles y las servilletas para guardarlas en el armario.

-¡Repito que estos muchachos están muy pálidos, señor Moisés!

-insistió el sargento.

Le miré sorprendido y él, vaciando su pipa al lado de la chime-nea salió haciéndome una seña para que le siguiese. Zeffen entró en aquel momento, y Trubert, tomando la palmatoria que aquella llevaba en la mano, me condujo a su habitación. Una vez allí cerró la puerta sentóse en el borde de su cama y dijo con voz bastante baja para que no pudiesen oírle fuera:

-Señor Moisés, no se asuste usted; pero es el caso que el tifus se ha desarrollado en la población. Cinco soldados han entrado esta ma-ñana en el hospital, atacados de esa horrible dolencia y el comandante de la plaza Moulin está enfermo de ella. Se habla también de una mujer y tres niños...

Al expresarse así el veterano me miraba fijamente. Yo temblaba como un azocado.

-Sí -añadió Trubert, transcurrido un instante de silencio: -esa enfermedad la conozco desde hace mucho tiempo. Nosotros la tuvimos en Polonia y en Rusia después de la retirada del gran de ejército. El tifus viene de los malos alimentos.

Oyendo esto, no pude contenerme y exclamó sollozando:

-¡Oh, Dios mío!.. Pero, ¿qué quiere usted que haga? Si pudiese dar la vida en cambio de la de mis hijos, no vacilaría un momento en sacrificarme por ellos.

-Óigame usted, señor Moisés: mañana le traeré mi ración de carne fresca -repuso, el sargento, -y así podrá hacer un buen caldo para los niños. La señora Sara podrá ir por ella a la carnicería o, si lo prefiere usted, se la traeré yo mismo. Mientras dure el asedio tendrán ustedes la ración de carne que me toca.

Al escuchar aquellas palabras me enternecí profundamente, y, estrechando la mano del generoso soldado, exclamé con conmovido acento:

-¡Trubert, es usted un hombre de bien! Perdóneme: tenía forma-do de usted muy mal concepto.

-¿Sobre qué? -preguntó el veterano, frunciendo el entrecejo.

-A causa del *landwehrs* de la Tejería.

-Eso diferente; poco me importa. ¡Si supiese usted el número de *kaisserlicks* que he enviado al otro mundo desde hace veinte años, le inspiraría horror! Pero esto no hace al caso: ¿acepta usted mi oferta señor Moisés?

-Y usted, ¿qué comerá?

-No pase por eso ningún cuidado: él sargento Trubert no ha care-cido nunca de nada.

Después, como me deshiciese en protestas de agradecimiento, añadió el veterano:

-¡Bueno! ¡bueno! quedamos entendidos. -No puedo regalarle ga-llinas ni pavos trufados pero una buena sopa en tiempos como estos vale alguna cosa.

Y me apretó la mano riendo. Yo no sabía que decir: tenía los ojos inundados de lágrimas.

-¡Ea! ¡buenas noches! -concluyó mi huésped, acompañándome hasta la puerta de su reducido aposento: -no pase usted cuidado. Diga a la señora Sara que todo se arreglará.

Salí de allí bendiciendo a aquel hombre, fuí en seguida en busca de Sara a quien conté lo que acababa de pasar. No podíamos rehusar lo que nos ofrecía el soldado: ¡se trataba de la vida o la muerte de nuestros niños!.. Además, hacía ya ocho días que no encontrábamos en carnicería carne de caballo.

Al día siguiente, tuvimos ya caldo saludable para los pobres ni-ños; pero la terrible enfermedad estaba ya en mi casa. ¡Ah, Federico!

Me estremezco al recordarlo, y eso que no ten por qué dirigirme nin-gún reproche. Antes de aceptar la oferta de Trubert, consulté a nuestro anciano *rebbe*, acerca de si me era permitido comer aquella carne sin faltar a la ley, y él me respondió:

-La primera ley, es salvar a Israel: ¿cómo se salvará si dejamos que perezcan sus hijos?

Todas las reses destinadas al consumo de la guarnición estaban atacadas de un mal desconocido. Viviendo entre el fango y la nieve en el bastión del Arsenal, se habían quedado escualidas. Los soldados, en su mayor parte hijos de labradores, debían saber que el ganado no podía dormir al aire libre en una estación tan fría como la que atrave-sábamos.

Muy fácil habría sido construir algunos cobertizos para po-nerlo al abrigo de la intemperie; pero cuando los jefes se encargan de todo, los subordinados no piensan en nada

concluyendo por olvidar su propia obligación. Si desgraciadamente los que mandan no dan órdenes, nada se hace.

Gran número de soldados morían cada día en los hospitales. Las fétidas emanaciones de los centenares de cadáveres que quedaron in-sepultos delante de la Tejería en la granja de Ozillo, y en los huertos, desarrollaron el tifus en la población.

La justicia del Eterno se muestra en todo cuando los vivos no cumplen sus deberes para con los muertos, aquellos perecen.

Yo me di cuenta de ello cuando ya era demasiado tarde; por eso no puedo pensar en estas cosas sin que, se me llenen de lágrimas mis ojos.

Lo que me causa todavía más pena es la manera cómo se declaró en mi casa la terrible enfermedad.

Era el 12 de marzo: las gentes no hablaban de otra cosa que de una multitud de hombres, mujeres y niños, a quienes se esperaba ver morir de un momento a otro. No atreviéndome a escuchar tan fatídicas nuevas, procuraba animarme diciendo interiormente:

-¡No tengo ningún enfermo en mi familia!

Aquella noche después de cenar, vino David a echarse en mis brazos, y dormitaba en ellos apoyando su manecita sobre mi hombro.

Contemplábele atentamente, pareciéndome que estaba amodorrado:

empero, no me inspiró esto ningún cuidado, pensando en que los niños tienen el sueño fuerte a estas horas.

Esdras dormía también hacía largo rato: en cuanto a Safel, ha-bíase retirado después de darnos las buenas noches. En fin, Zeffen tomó el niño, y nos fuimos a acostar.

Contra lo que tenían por costumbre, no proseguían los rusos su bombardeo nocturno. ¿Había invadido el tifus su campamento?

A eso de media noche dormíamos todos Profundamente, cuando me despertó un grito terrible.

Salté de la cama sobresaltado, y me puse escuchar.

-¡Es Zeffen!.. ¡Es Zeffen! –exclamó Sara.

Quise encender la lámpara, pero, en medio de mi aturdimiento, no me acordé dónde la había dejado.

Sara encendió una luz: púseme el pantalón y corrí hacia la puer-ta.

Apenas la hube abierto, entró Zelfen en la habitación, con sus negros cabellos en desorden y gritando como una loca:

-¡Mi hijo!.. ¡Mi hijo!..

Precipitéme seguido de Sara, en la estancia de Zeffen, dirigién-donos ambos a la cama donde descansaban Esdras y David. Los dos niños parecían dormir: el uno encamado cual una rosa; el otro, blanco cual la nieve.

Sin saber apenas lo que hacía tomé a David en los brazos, gri-tando:

-¡David!.. ¡David!..

Entonces reparamos que tenía los ojos en blanco.

-¡Despertadle en nombre del Cielo! ¡despertadle! -exclamó Zeffen con desesperación.

Sara me quitó el niño, diciendo:

-Dáme Moisés: ¡corre a encender fuego! ¡trae agua caliente!

Enseguida metió al tierno enfermo en la cama de su madre, mientras nosotros continuábamos llamándole y agitando sus ateridos miembros. Esdras lloraba a lágrima viva.

-¡Encended fuego! -repitió Sara, -y tú, Zeffen, cálmate: esos la-mentos no sirven de nada. ¡Aprisa!.. ¡fuego!.. ¡aprisa!..

Empero, Zeffen no cesaba de gritar:

-¡Mi pobre hijo!..

-¡Ahora entrará en calor! -repuso Sara: -oye, Moisés. Acaba de vestirte, y ve volando a casa del doctor Steinbrenner.

Ella estaba más pálida más asustada que nosotros; pero el valor no la abandonaba nunca. En un instante encendió lumbre y trajo una cafetera de agua caliente.

Entonces tomó la hopalanda y me lancé a la calle murmurando:

-¡El Señor tenga piedad de mí! ¡Si el niño muere, no le sobrevi-viré!

¡Este es al que más amo! ¡No podría vivir sin él!

Y esto es muy natural; porque siempre el hijo más desgraciado, al que vemos en mayor peligro, es el que más queremos; nos olvida-mos de los otros. El Todopoderoso lo ha dispuesto así. En tanto iba corriendo hacia la casa del médico.

No había visto jamás noche tan sombría: el helado viento del Rhin soplabla con gran fuerza levantando la nieve como si fuera polvo; algunas ventanas iluminadas que encontraba en mi camino, anuncia-ban desde luego las casas donde había enfermos. Por lo demás, aun cuando llevaba desnuda la cabeza no sentía frío.

Al punto de la una llegaba a la puerta del doctor Steinbrenner, Apenas hube dejado caer el llamador, apareció la criada en la escale-ra, con una luz en la mano.

-¿Quién está ahí? -preguntó, adelantando su linterna para reco-nocerme.

-Diga usted a su amo -respondí sin poder reprimir los sollozos que venga a casa inmediatamente: tenemos un niño enfermo... ¡oh!

muy enfermo...

-Suba usted, señor Moisés -añadió la sirvienta: el doctor acaba de llegar, y no se ha acostado todavía. Suba usted y se calentará un instante.

Pero Steinbrenner, que habla escuchado este corto diálogo, dijo, saliendo de su habitación:

-Está bien, Teresa: si alguien viene a buscarme dígale que dentro de una hora estoy de vuelta. Tenga usted cuidado de no dejar apagar la chimenea..

Y como tenía puestos su gran tricornio y su capote de pelo de ca-bra echó a andar detrás de mí.

Atravesamos la plaza sin dirigirnos una sola palabra. Algunos minutos después llegamos a mi casa.

Sara habla colgado una vela en el último tramo de la escalera; toméla para alumbrar al doctor y le conduje a la habitación del enfer-mo.

Al entrar, todo estaba tranquilo, Zeffen, sentada en un sillón de-trás de la puerta con los hombros desnudos y la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba en silencio. El niño permanecía en la cama: Sara en pie a su lado, nos observaba con ansiedad.

Después de haber dejado su sombrero encima de la cómoda vol-vióse a mí el doctor, diciendo:

-Hace demasiado calor en esta habitación; dejad que entre un po-co de aire.

Enseguida se aproximó a la cama. Zeffen se acercó a él, pálida como un cadáver.

Tomó el médico la lámpara para examinar a nuestro pobre Da-vid:

levantó las ropas que le cubrían; tentó sus piernecitas todavía rollizas, y le auscultó luego. Mientras se ocupaba en esto rompió Es-dras a llorar.

-Saquen ustedes a esa criatura de la estancia -añadió en voz baja -aquí se necesita mucha quietud. Además, no le conviene, a un niño de su edad respirar este ambiente.

Lanzóme al decir esto, una rápida mirada por la cual comprendí que quería decirme: «¡La enfermedad de su nieto es el tifus!» A mi vez hice una seña a Sara, y pude convencerme de que ella también lo había entendido todo.

En aquel momento creí que me arrancaban el corazón. Hubiera dado curso a mis lágrimas, a no estar allí Zeffen, que nos observaba a todos con la más cruel ansiedad. Sara hizo un esfuerzo, y dominando su dolor, guardó silencio.

Como pudiese el médico una hoja de papel para escribir su receta salimos juntos de la estancia. Condújele a mi habitación, y cerrando la puerta desahugué al fin mi pena rompiendo a llorar amargamente.

-¡Moisés! -dijo el médico no se olvide usted de que es hombre y que no han de ser lágrimas, sino consuelos y serenidad lo que debe infundir valor a esas pobres mujeres.

Le preguntó, mirando en derredor, cual si temiese ser oído, si no quedaba ninguna esperanza.

-¡Es el tifus! -respondió el médico, articulando lentamente, sus palabras. -Haremos todo cuanto se pueda. Aquí tiene usted la receta:

corra a casa de Tribolín; su mancebo vela todas las noches: él la dará lo que pido. ¡Ea! dése usted prisa; pero, en nombre del Cielo, haga salir aquel niño del aposento, y aun a su hijo, si es posible: no está de más esta precaución. Sobre todo, le encargo que busque algunas personas extrañas... gentes acostumbradas a cuidar enfermos: el tifus es contagioso.

No supe qué responder. El médico tomó su sombrero, me saludó y se fue.

-¡Ah, Federico! ¿qué podré yo decirte sobre la horrible enfermedad de mi pobre nieto? ¡El tifus es una dolencia engendrada por la misma muerte! No en vano, al hablar de ella exclamaba el Profeta:

«¡Has removido el sepulcro, y la muerte ha salido de él para hacer de ti su presa!» ¡A cuántos había yo visto morir del tifus en nuestros hospitales y en el camino de Saverne!

Cuándo los pueblos se destrozan sin piedad, ¿acaso no viene la muerte en su ayuda? Pero, ¿qué había hecho aquel inocente niño para morir tan pronto? He aquí, Federico, lo más espantoso: ¿es necesario que toda una nación expíe los crímenes de algunos pocos hombres crueles y ambiciosos? ¡Ah! ¡cuando pienso que mi pobre nieto fue víctima de esta peste cruel, conducida por el genio de la guerra desde el fondo de Rusia hasta nuestra desgraciada ciudad, y extendida después por la Alsacia y la Lorena que durante seis meses sufrieron su tremendo azote; cuando recuerdo esto, no acuso al Eterno, como hacen los impíos, sino a los hombres!

¿Acaso no dotó Dios al hombre de razón? ¿Y cuando los hombres abjurán de ella y de su libre albedrío, y se lanzan brutalmente los unos contra los otros, a la voz del que les azuza, es a Dios a quien ha de hacerse responsable?

Empero, ¿de qué sirve una idea justa cuando se sufre?

La enfermedad de nuestro David duró seis días, que fueron los más amargos de mi vida. Temía por mi mujer, por mi hija, por Safel y por Esdras. Sentado en un ángulo de la estancia, escuchaba, aterrado, la respiración del pobre niño. Algunas veces dejaba de oírse su fatigoso aliento: entonces un escalofrío recorría todo mi cuerpo, a inclinándome sobre la criatura aplicaba el oído. Cuando la infeliz Zeffen se acercaba allí, a pesar de la prohibición del médico, me sentía poseído de un acceso de furor, y la sacaba a empellones fuera del aposento.

-Pero... ¡es mi hijo!.. ¡es mi hijo!.. -exclamaba la pobre madre.

-Y tú, ¿no eres también mi hija? -le respondía: -¡yo no quiero que muráis los dos!

Luego me abandonaban las fuerzas, y caía desplomado sobre mi asiento, transido de dolor.

Sara no descansaba un instante: iba, venía asistía a todos; disponía cuanto era necesario, sin dejar oír un lamento, ni derramar una lágrima.

El almizcle era entonces el remedio que se empleaba contra el tifus: toda la casa estaba llena de este olor. A menudo me asaltaba la idea de que Esdras iba también a caer enfermo. ¡Ah! si los hijos son la mayor delicia en este mundo, ¡cuán doloroso es verlos sufrir! Qué horrible tortura es ir siguiendo paso a paso su agonía; escuchar su angustiada respiración, sus delirios, sus ahogados gemidos; conocer que les falta el aliento; verles perder la vida de hora en hora... de minuto en minuto!... y todo esto mientras con la rabia de la impotencia exclama uno desde el fondo del alma:

-¡Tú mueres, ángel mío! ¡Nada... nada puede salvarte, hijo de mis entrañas! Ni aun me has dado ofrecer mi vida en cambio de la tuya: ¡la muerte no la quiere!

Durante aquellos días, Federico, el dinero, el asedio, el hambre y la desolación general, todo lo había olvidado. Ni siquiera veía a nuestro sargento, abrir cada mañana la puerta de la estancia y asomar la cabeza para preguntar:

-¿Qué tal, señor Moisés, qué tal va el enfermito?

Entre los amargos recuerdos de tan aciagas horas, conservo, sin embargo, uno que me llena de orgullo. Mientras Sara Zeffen y yo te-níamos perdida la cabeza, olvidándonos de nuestros negocios, el pe-queño Safel había tomado la dirección comercial de la casa. Cada mañana le oíamos levantarse al punto de las seis, abrir el almacén y servir aguardiente a los parroquianos.

Nadie le había encargado que hiciera esto; pero Safel se hallaba dotado de un verdadero espíritu comercial. Si alguna cosa fuera capaz de consolarme en mi desgracia, sería el verme reproducido en aquel buen hijo, porque no podía menos de exclamar:

-¡A lo menos no se ha extinguido del todo la buena raza! ¡aún queda quien conserve en este mundo la semilla del buen sentido!

Nuestra *chabes-gois* hacía la cocina y la anciana Lanche nos ayudaba a velar el enfermito: el comercio corría a cargo de Safel. Su madre y yo no pensábamos más que en nuestro tierno David.

El pobrecito murió en la noche del 18 de marzo, el mismo día en que se declaró el incendio en casa del capitán Cabannier.

Aquella noche cayeron dos bombas en nuestra casa: el blindaje del techo las rechazó hasta el patio, donde estallaron ambos proyecti-les, destrozando los cascos las ventanas del lavadero y la puerta de la leñera que vino al suelo con horroroso estruendo.

Este fue el bombardeo más terrible que sufrió la ciudad durante el asedio, porque tan pronto como los enemigos vieron subir las lla-mas, empezaron a disparar desde todas sus baterías, desde Mittelbron, las Barracas y Fiquet, para impedir que los vecinos acudieran a apagar el fuego.

Sara y yo permanecimos junto al lecho en que agonizaba nuestro nieto, sin que el estallido de las bombas nos causara emoción alguna.

Los desgraciados no temen por su vida: además, ¡estaba tan ma-lito el pobre niño!.. Todo su cuerpo aparecía salpicado de manchas azuladas. ¡Debía tardar muy poco en exhalar el último suspiro!..

Yo recorría a largos pasos la estancia. De vez en cuando se per-cibían los gritos de ¡fuego! ¡fuego!

Las gentes corrían de un lado a otro, refiriéndose los estragos causados por el incendio: rechinaban los carros de los bomberos; los soldados alineaban la multitud, formando una cadena para conducir agua a los sitios donde era necesario; las bombas y granadas reventaban por todos lados.

Saltando sobre el techo de la casa de enfrente, inmensas llama-radas venían a lamer los vidrios de nuestras ventanas. Los cañones de la plaza respondían al enemigo: desde todo el recinto, con un ruido espantoso. De vez en vez resonaban las voces de:

--¡Abrid paso! ¡Abrid paso!

Eran heridos que conducían al hospital de sangre.

Dos veces subieron los soldados hasta nuestro aposento, para obligarnos a cooperar a la extinción del incendio, pero al verme sentado cerca del moribundo niño, marcharon silenciosos, dirigiéndome miradas de compasión.

La primera bomba estalló en mi casa a las once de la noche: la segunda a las cuatro de la mañana. El edificio se conmovió desde el tejado hasta los cimientos. Las sillas, la cama los demás muebles, se separaron violentamente de sus sitios, y, sin embargo, ni Sara ni yo pronunciamos una palabra: no salimos de nuestro estupor.

Al caer el primer proyectil, apareció Zeffen en la estancia trayendo en brazos a Esdras, y seguida de Safel, que temblaba de miedo.

Se veía que David iba a expirar de un momento a otro. La anciana Lanche y Sara lloraban en un rincón del cuarto. Zeffen empezó a lanzar desgarradores gemidos.

Entonces abrí las ventanas para renovar el aire: el humo de la pólvora que cubría la ciudad como una densa nube, inundó el aposento.

Safel vio desde luego que se acercaba el instante fatal, y sin necesidad de que yo se lo indicase salió a la calle volviendo al poco rato en compañía del chantre Kalmes, que fue a sentarse junto a la cama y empezó a recitar esta oración de los agonizantes.

»¡Que el Eterno, nuestro Dios, sea contigo; que sus ángeles inmortales te conduzcan hasta el cielo, y que los justos se regocijen al acogerte el Señor en su seno!» ¡Dios de misericordia recibe esta alma en tu paraíso!» Sara y yo íbamos repitiendo entre sollozos estas santas palabras.

Zeffen, casi desvanecida estaba echada en el lecho a los pies de su hijo. Su hermano Safel, detrás de ella lloraba a lágrima viva, exclamando en voz baja:

–¡Zeffen! ¡Zeffen!

Pero la pobre madre no le escuchaba: su imaginación vagaba perdida por los sombríos espacios del dolor.

Debajo de nuestras ventanas resonaban los gritos de la multitud, y las voces de mando de los oficiales de bomberos, mientras en torno de la ciudad seguía rugiendo el cañón, cuyos fognazos, unidos con los siniestros reflejos del incendio, rasgaban las tinieblas.

¡Que noche aquella Federico, qué noche! De pronto, Safel, que miraba al enfermo teniendo levantada la cortina del lecho, se volvió hacia nosotros asustado. Mi mujer y yo corrimos presurosos, y presentamos la muerte del niño. Levantando las manos al cielo prorrumpimos en sollozos. Al mismo tiempo dejó de oírse la voz del chantre Kalmes:

–¡Nuestro David ha muerto!

Lo más horrible de esta desgarradora escena fue el chillido que lanzó la pobre madre. Durante, largo rato había permanecido la infeliz como aletargada; pero al ver al chantre inclinarse sobre el lecho y cerrar su libro... cuando le oyó decir la palabra ¡amén! se levantó de un salto cual impulsada por un resorte de acero; tomó en sus brazos el cadáver; dejó caer sobre él una mirada en que se advertía una indecible expresión de ternura y desesperación, y levantándolo sobre su cabeza echo a correr hacia la puerta, gritando con delirante acento:

–¡Baruch!.. ¡Baruch!.. ¡Ven!, ¡Salva a nuestro hijo!

¡Estaba loca, Federico, estaba loca! En cuanto a mí, no sé cómo tuve fuerza para detenerla y arrebatarle luego el cuerpo de David, que se quería llegar. Sara, la anciana Lanche, Safel y el chantre rodearon a Zeffen, arrastrándola fuera del aposento..

Quedé solo. Deposité el tierno, cuerpecito en la cama, y le cubrí, porque estaban las ventanas abiertas y el aire podía perjudicarlo.

A pesar de saber que estaba muerto, me pareció que podría tener frío. Después le contemplé fijamente por espacio de un cuarto de hora para grabar en mi corazón y en mi memoria su angelical semblante.

Gimiendo y blasfemando, me paseaba como un loco por la habi-tación.

Pero el Dios de misericordia me perdonó porque El sabía muy bien que no era yo, quien hablaba sino mi desesperación.

Rendido de fatiga dejéme caer sobre una silla. En aquel mo-mento volvieron Safel y Sara.. Esta vino a sentarse a mi lado, sin des-pegar los labios, mientras Safel me decía en voz baja:

–Zefifen y Esdras están en casa del viejo *rebbe* Heymann.

No le contesté y me cubrí la cabeza.

Algunas mujeres de la vecindad penetraron precedidas U Lan-che.

Entonces tomé a Sara por una mano y sin despegar los labios entramos en el salón, donde se renovaron nuestras lágrimas al recor-dar que en aquella estancia solían jugar los dos hermanitos todas las tardes.

La casa fue llenándose de gente. Serían las ocho de la mañana y ya se sabía en la ciudad que teníamos un niño muerto.

## **XIX**

Inmediatamente, empezaron los funerales. Todos los que morían del tifus debían ser enterrados en el mismo día de su fallecimiento.

Los cristianos tenían su sepultura detrás de la iglesia: los judíos en los fosos de la plaza en el mismo sitio en que existe ahora el picadero.

Habiendo llegado ya las ancianas que debían lavar el cadáver y cortarle las uñas, según previene la ley del Señor, otras se ocupaban en coser el sudario. Las ventanas abiertas dejaban pasar el aire y los postigos golpeaban contra la pared. El *schames*<sup>13</sup> recorría la ciudad, llamando con su martillo a las puertas de nuestros correligionarios, para convocarlos a la fúnebre ceremonia a nuestros hermanos.

Sara estaba sentada en el suelo, teniendo la cabeza envuelta en un espeso velo.

Como sintiera yo llegar el carpintero Desmarets, tuve valor para salir a su encuentro, y conducirlo hasta la cama, sobre cuyas tablas reposaba el pobre David, envuelto en una camisita, con la cabeza re-clinada en un montoncito de paja y teniendo un *thaleth* entre los de-dos.

---

<sup>13</sup> Muñidor de una congregación judaica.

Había quedado tan bello el angelito, con su rizada cabellera y sus labios entreabiertos, que no pude menos de exclamar:

—¡El Eterno ha querido tenerte al lado de su trono!

Y mis lágrimas corrían empapando mi canosa barba y el dolor torturaba mi corazón.

Tomó Desmarts la medida del cadáver, y se marchó corriendo, volviendo al cabo de media hora con un pequeño féretro bajo el brazo.

Nuevos gemidos y lamentos resonaron en toda la casa. No pude ver encerrar el cadáver en su caja. Sentado sobre un saco de ceniza me cubría el rostro con las manos y sollozaba, murmurando como Jacob:

«¡Ciertamente, bajaré al sepulcro con mi hijo!.. No le sobreviviré» Pocos fueron los judíos que asistieron al entierro de mi pobre nieto. Reinaba en todas partes un terror indecible. Sabíase que el ángel de la muerte, extendía sus alas sobre nuestra desgraciada ciudad, y ninguno se atrevía a abandonar su casa. Pero no faltaron mis mejores amigos, con los cuales el fúnebre cortejo se puso en marcha hacia la poterna.

Yo era el único individuo de la familia que estaba presente, pues ni Sara ni Zeffen habían podido acompañarme, y como tal, era obligación mía echar sobre el ataúd de David la primera palada de tierra.

Cumplido este penoso deber, me abandonaron completamente, las fuerzas; siendo preciso que me condujeran a casa medio desvanecido.

El sargento me sostenía por un brazo, procurando animarme; pero no le escuchaba: estaba como muerto.

Lo único que recuerdo de aquel día espantoso fue el momento en que, me dejaron solo en mi habitación y presentóse el *schamess*, el cual avanzó hacia mí, y tocándome en la espalda me hizo poner en pie. Después, sacando el cuchillo, rasgó mi hopalanda hasta la cadera, según proviene nuestro rito en semejantes casos. Este fue el último y más terrible golpe que sufrí aquel día. Un estremecimiento convulsivo agitó mi cuerpo, y caí sobre mi asiento, diciendo:

¿Qué dirá Baruch, que le responder cuando me pida su hijo?

El comercio no me llamaba la atención.

Zeffen vivía con el anciano *rebbe*: Sara pasaba a su lado la mayor parte del día, a fin de consolar y cuidar al pequeño Esdras.

Las puertas y las ventanas de mi casa estaban abiertas de par en par. La *schabes-goie* quemaba azúcar y pimienta, y el aire del cielo, penetrando por todas partes, siempre purificaba la atmósfera. Safel vendía aguardiente.

Cada mañana asaba yo algunas patatas en el hogar, y las comía con un poco de sal. Después vagando de un lado a otro, ya hacia la antigua Gendarmería, ya hacía las murallas.

La vista de las gentes me hacía daño, sobre todo la de pequeños que habían conocido a mi pobre David.

La miseria había llegado en esta época a su más alto grado: el hambre, el frío y los sufrimientos de todo género aquejaban a todos los habitantes de una manera atroz, habitantes de la ciudad de una manera atroz.

No se veían más que figuras escuálidas, mujeres y niños medio desnudos, que se arrastraban lentamente por las callejuelas más desiertas y solitarias.

¡Oh! ¡no es posible que se reproduzcan tan grandes desgracias!

Han pasado, para no volver más, aquellas asoladoras guerras de veinte años, en que las carreteras y caminos parecían ríos de fango; en que quedaron yermas las tierras por la escasez de brazos; en que las casas se desplomaban, faltas de moradores; en que los pobres andaban descalzos y los ricos con zuecos, mientras los militares pasaban por delante, de nosotros montados en soberbios caballos mirando a todo el mundo con sonrisa de desprecio.

Hoy nadie sufriría tanta humillación.

Sin embargo, entonces, amigo Federico, todo se doblegaba en Francia ante la fuerza: el pueblo no era nada. Si alguno preguntaba:

«¿No hay en este país un derecho, una justicia una verdad, en fin?», era costumbre, responder, encogiéndose de hombros: «¡No entiendo ese lenguaje!» Y el que así contestaba era tenido por un hombre, de talento y de experiencia que comprendía el espíritu de su época y haría una gran fortuna.

En medio de mi desolación contemplaba estas cosas sin pensar en ellas; pero, después se han fijado en mi mente, con otras mil ideas, que los hombres que quedan de aquel tiempo pueden aún recordar.

Una mañana me hallaba en el Mercado viejo, entretenido en ver cómo los pobres compraban sus mezquinas provisiones. Agotado todo el ganado de que se hiciera acopio para las tropas, se habla empezado a matar los caballos de Rouge-Colas y los de los gendarmes, tan flacos por lo menos como los bueyes y carneros que algunos días antes pacían en los fosos. A pesar de todo, se vendía esta carne a un precio fabuloso.

Contemplaba yo aquella turba de viejas, hombres y chiquillos que se apiñaban delante de la tienda de Frantz Sepel, quien iba distribuyéndoles porciones de piltrafas.

No se veían ya los grandes perros de Frantz rondar en torno de la carnicería lamiéndose las fauces al olor de las grandes tajadas que les arrojaban: en su lugar, algunas mujeres, extenuadas por el hambre, alargaban sus enflaquecidos brazos, gritando con voz débil:

-¡Un pedacito de hígado, señor Frantz! ¡Un pedacito de añadido-ra!

Observaba yo todo esto desde el portal de una casa vecina, medio arruinada por las bombas. Allí a lo lejos, apoyados en los pilares que sostienen el cobertizo del cuerpo de guardia algunos veteranos contemplaban inmóviles este siniestro cuadro.

Mi tristeza se aumentaba por grados; iba ya a retirarme cuando distinguí a Burguet que atravesaba el Mercado, cruzando por delante de la barraca del tío Brainstein, derruida también por el bombardeo, y cuyos escombros, esparcidos por el suelo, interceptaban el tránsito.

Burguet me había dicho unos cuantos días antes de ocurrir la muerte de mi nieto que su criada se hallaba enferma y aunque por entonces no hice caso de ello, lo recordé al verlo nuevamente.

En aquel momento me pareció tan cambiado, que cualquiera le habría echado diez años más de los que tenía. Su ancho sombrero le caía hasta los ojos; su barba, al menos de tres semanas, habla encane-cido de un modo extraño.

Cuando llegó frente a la carnicería echó en derredor una mirada recelosa y como no viese ningún rostro conocido, metióse entre la multitud, esperando su turno.

Desde el sitio donde yo me hallaba no, podía ser visto por él.

Al cabo de un instante, dejó algunos sueldos en la mano de Se-pel, y recibió su pedazo de carne, que ocultó debajo su capote, partien-do muy de prisa, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Esta escena me oprimió el corazón. Salí de mi escondrijo, y echó a andar hacia casa murmurando:

-¿Es posible Señor, es posible?.. ¡Burguet, un hombre de talento, verse acosado por el hambre, y reducido a roer huesos de caballo!..

¡Oh, qué prueba Dios mío!.. ¡qué prueba!

Entré en mi casa consternado. Aunque, eran muy escasas las provisiones que nos quedaban, llamé a Safel al día siguiente, antes de que bajase a abrir la tienda y le dije:

-Toma, hijo mío: lleva esta cesta al señor Burguet: ahí van algu-nas patatas y dos o tres pedazos de carne salada. Ten cuidado de que nadie, lo vea porque te lo arrebatarían. Dile a Burguet que acepte este pequeño obsequio en memoria del pobre desertor.

El niño partió inmediatamente, a desempeñar su comisión:

cuando volvió, me dijo que Burguet había llorado de alegría al recibir la cesta.

Todo cuanto voy refiriendo, querido Federico, es un ligero bos-quejo de lo que pasa en una ciudad sitiada. Esto fue lo que sufrieron los alemanes, los españoles y los italianos: nosotros, los franceses, debíamos sufrirlo a nuestra vez tales son las leyes de la guerra.

Los víveres de la plaza estaban ya agotados, y, sin embargo, el comandante que, substituyó en el mando al gobernador Moulin, que había muerto víctima del tifus, no se mostraba muy preocupado por la grande miseria que nos aquejaba; lejos de esto, procuraba ocultarla con espléndidos bailes y fiestas que daba en honor de los parlamenta-rios, enemigos. Las ventanas del antiguo palacio Thevenot aparecían con frecuencia iluminadas, la música dejaba oír sus armoniosos ecos, mientras los oficiales de Estado Mayor bebían ponche y vino caliente, cual si nadásemos en la abundancia. Mucha razón tenían en vendar los ojos a los parlamentarios al conducirlos a la sala de baile; porque si ellos hubieran podido ver los cadavéricos rostros de FaIsburgo, no bastaran a engañarles todo el ponche y vino caliente del mundo.

Durante aquella época el sepulturero Mouyot y sus dos ayudan-tes, venían cada mañana a mi tienda a beber sus copitas de aguar-diente.

Estos bribones podían bien decir: «¡Bebemos, los muertos!», como los veteranos decían: ¡Bebemos, el cosaco!» Ninguno en la ciudad había querido encargarse de enterrar a los que fallecían del tifus:

ellos tan sólo, después de emborracharse tuvieron el suficiente valor de hacinar sobre una carreta los cadáveres del hospital, y arrojarlos en la fosa común. Después obtuvieron en propiedad el empleo de sepulturos, en unión del anciano Zebedeo.

Habíase mandado que se enterrasen los cadáveres envueltos en una sábana; pero como nadie se cuidaba de inspeccionar este servicio, el pícaro Mouyot sepultaba los muertos tal cual los encontraba, con capote, en camisa y algunas veces desnudos.

Por cada difunto cobraban aquellas gentes sus treinta y cinco, sueldos. El tío Mouyot, que, ahora está ciego, podrá decírtelo mucho mejor que yo: aquél fue su buen tiempo.

Hacia últimos de marzo, en medio del hambre espantosa que reinaba en la ciudad, cuando no se veía siquiera un perro por las calles, llegaron hasta nosotros funestas noticias. Se hablaba de batallas perdidas, de marchas sobre París y de otras mil cosas por el estilo.

Los parlamentarios, a fuerza de entrar en la población y de concurrir a los magníficos bailes que se les daba, sea por indiscreción de los criados del gobernador, o por cualquiera otra cosa llegaron a sos-pechar nuestra horrible miseria.

Discurriendo yo algunas veces por las calles vecinas a la muralla subía al primer bastión del lado de Estrasburgo, de Metz o de París.

Ya no temía las balas perdidas. Desde lo alto del parapeto, contemplaba las hogueras del campamento enemigo, que brillaban como estrellas sobre el fondo oscuro de los vecinos bosques, y a cuyos rojizos resplandores podía verse a los soldados enemigos que, regresaban de las aldeas inmediatas, trayendo al hombro largas perchas de donde pendían cuartos enteros de buey y otras varias provisiones. Después seguían mis ojos las espirales del humo que se elevaban de las chimeneas de Cuatro Vientos, de Bigelberg y de Mittelbron, y no podía menos de suspirar, recordando que en la ciudad permanecerían apagados los hogares de día y de noche o que los tiempos de los festines, los días de abundancia habían pasado para no volver más.

No te puedes imaginar qué cúmulo de pensamientos cruzan por la mente cuando uno está encerrado, recorriendo con la vista la blanca carretera y se cree, allá abajo hablando de los sucesos ocurridos, diciendo noticias, refiriendo lo que uno ha sufrido y escuchando lo que otros han tenido que padecer.

Desde el bastión de abastecimiento, extendíase mi vista hasta las blancas cimas del Sohneberg, y me veía rodeado de leñadores, carboneros y rurales. Corría el rumor del que los nuestros se defendían en el camino de Schimerck, y me devoraba la curiosidad por saber lo que había ocurrido.

Parecíame estar en casa de mi viejo amigo Leiser, situada junto a las Casas Rojas, en la carretera de Paris, y veíale sentado en un rincón del hogar, desesperado de tener que alimentar a tanta gente, porque los Estados Mayores enemigos no cesaban de pasar y nuevos regimientos desfilaban por la carretera incesantemente.

Entretanto se iba acercando la primavera. La nieve había empezado a desaparecer de las alturas. Las extensas selvas de la Bon-ne- Fontaine y de las Barracas, ostentaban el galano ropaje de verdura que, presta a los árboles la estación de las flores.

Por aquellos días, una de las cosas que me enterneció más fue el escuchar el canto de la alondra. El cielo estaba puro: largo rato permanecí siguiendo con la vista al lindo pajarillo que revoloteaba sobre mi cabeza. Entonces acudió a mi imaginación el recuerdo del pequeño David, y lloró amargamente.

El hombre se ve algunas veces asaltado de ideas bien extrañas: el trino de una ave le conmueve, le llega al corazón, y cuando, pasados muchos años, llega el mismo acento a herir sus oídos, evoca en su imaginación los mismos recuerdos hasta hacerle derramar lágrimas.

En fin, la casa había sido purificada y Sara y Zeffen volvieron a ella.

Se aproximaba también el tiempo de la Pascua. Era preciso lavar los suelos blanquear las paredes y limpiar la vajilla. Las pobres mujeres se distrajeron algo, en medio de estas ocupaciones, de la desgracia que acabábamos de experimentar. Empero, cuanto más cercano estaba el día de la festividad, tanto más, crecía nuestra inquietud, porque no sabíamos cómo cumplir en medio del hambre, el precepto de Dios, que dice:

«Este mes será para vosotros el primero del año. Y llegado, el décimo día de este mes, cada familia tomará un cordero, de su rebaño, o un cabrito de entre las cabras, y lo conservará hasta el décimo cuarto día y en ese día cada familia degollará el cordero, y comerá su carne asada con pan sin levadura y yerbas amargas» ¿Dónde encontrar el cordero del sacrificio?

Sechmoulé tan sólo, el viejo *schamess* de nuestra comunidad, había tomado a su cargo este cuidado. El alimentaba en su cueva un cabrito nacido a últimos del año anterior, y esta fue la víctima que se degolló.

Cada familia judía tuvo su parte, bien pequeña por cierto; pero la voluntad del Eterno fue cumplida. Nosotros convidamos en este día según la Ley, a uno de los más pobres de nuestros hermanos, al des-graciado Kalmes. Partimos juntos hacia la sinagoga, donde recitamos las acostumbradas, plegarias, volviendo luego a casa a sentarnos a la mesa del festín.

Todo estaba dispuesto y en el mayor orden, a pesar de las tristes circunstancias por que atravesábamos: el mantel blanco como la nieve, la copa de vinagre, el huevo duro, el rábano silvestre, el pan de ácimo, y la carne del cabrito. El candelabro de siete, brazos ardía sobre la mesa: únicamente escaseó el pan, del cual no hubo bastante para todos.

Sentado en mi sillón y rodeado de mi familia, hice una seña a Safel quien tomó el jarro y vertió agua en mis manos. Después nos levamos, y tomando cada uno un pedazo de pan, exclamamos con los ojos levantados al cielo:

«He aquí el pan de la miseria que nuestros padres comieron en Egipto. ¡Si alguno tiene hambre, venga a gustar nuestros, manjares!

¡Quien sea pobre, que celebre la Pascua con nosotros!» Dicho esto volvimos a sentarnos.

-¿Por qué se verifica esta ceremonia, padre mío? -me preguntó Safel.

-¡Nosotros fuimos esclavos en Egipto -le respondí, -y el Señor nos tendió su mano poderosa para sacarnos de la servidumbre!

Estas palabras nos infundieron algún valor, porque confiábamos en que Dios nos libraría del asedio, como había libertado a nuestros padres, y que Napoleón sería el brazo de que se serviría para redimir-nos.

Pero nos engañamos. Dios no necesitaba para nada a semejante hombre.

## **XX**

Al día siguiente, a eso de las seis de la mañana dormíamos todos con el mayor sosiego, cuando nos despertó un cañonazo, que hizo temblar los vidrios de la casa. El enemigo no tiraba de ordinario, más que por las noches. No poco sorprendido, escuché atentamente. Un segundo disparo siguió al primero al cabo de algunos instantes, y después otro y otro.

Inmediatamente salté de la cama abrí la ventana y miré a la calle.

El sol surgía por detrás del Arsenal. No se veía alma viviente; a medida que los cañonazos se sucedían, íbanse abriendo puertas y ventanas, y los vecinos, a medio vestir, asomaban la cabeza para enterarse de lo que ocurría. Ninguna bomba se veía en el aire: los aliados tiraban con pólvora sola.

Un sordo rumor se oía a lo lejos, por la parte de Mittelbron, Bi-gelberg, Cuatro Vientos y las Barracas.

Sara habíase levantado también, y mientras acababa de vestirme le dije; -Algo extraordinario ocurre en la ciudad. Quiera Dios que no sea una nueva desgracia!

Y bajó la escalera lleno de inquietud.

No hablan transcurrido cinco minutos desde que sonó el primer cañonazo, y ya la población entera estaba en movimiento. Los hombres corrían a las murallas; las mujeres, reunidas en grupos, hablaban entre sí, viéndose pintados en todos los semblantes el temor, la sorpresa o la indignación.

Gran número de soldados se habían mezclado los vecinos, dirigiéndose todos juntos hacia la puerta de Francia. Seguía yo a las tropas, cuando de pronto, apareció Burguet en la calle a cien pasos del sitio en que me encontraba. Estaba aún tan demacrado como el día que le vi en el Mercado.

-Veamos -le dije, corriendo a su encuentro; -¿ocurre algo nuevo?

-Sí, por cierto, y muy grave, para nosotros, amigo Moisés.

-¿Es tal vez que, los aliados han ganado alguna victoria o que quizá, a estas horas han entrado en París?

-¡Mucho cuidado con lo que habla usted, Moisés! -repuso Burguet, deteniéndose bruscamente y mirando con espanto en derredon.

-¡Si le oyesen en este momento los veteranos, le harían pedazos!

Burguet tenía razón: en aquellas solemnes circunstancias, cualquiera indiscreción, me habría costado cara.

-Ahora -añadió mi amigo, estrechándomela mano, -permita us-ted que le dé las gracias por las provisiones, que me envió. ¡A fe mía que llegaron a tiempo!

Le contesté que, mientras nosotros pudiéramos, no habría de faltarle un pedazo de pan, y, cambiando de conversación, continuamos juntos nuestro camino por el cuartel de Infantería hasta el bastión de la nevera donde se habían emplazado dos baterías para dominar Mittelbron.

Desde allí se descubría el camino de París hasta Pequeño San Juan y Lixheim.

Inútil me parece decir que toda aquella parte de la fortificación estaba llena de gente. El alcalde Parmentier, su teniente, Pipelindre, el anciano párroco Leth y una porción de personas notables miraban hacia el campo con profunda atención. Sólo al contemplar sus ceñudos semblantes habríase adivinado, que ocurría algo, muy grave.

Llevado de la curiosidad, dirigí mi mirada hacia el punto que era objeto de la general atención. Todos los sitiadores, austriacos, bávaros, rusos y wurtembergeses, infantería y caballería se agitaban mezclados en torno de sus atrincheramientos, presentando el aspecto de un vasto hormiguero, abrazándose unos a otros, estrechándose las manos, le-vantando sus chacos en las puntas de las bayonetas y agitando en el aire las ramas de los árboles que, ya empezaban a reverdecer. Multitud de jinetes atravesaban a escape la llanura, con sus *kolbacs* en las puntas de los sables, lanzando agudos gritos que subían hasta el cielo.

A todo esto, funcionaba sin cesar el telégrafo sobre las alturas de San Juan.

-Si comprendiésemos esos signos -dijo Burguet, -sabríamos pronto lo que nos espera de aquí a quince días.

Dos o tres curiosos que habían oído, a Burguet, dieron algunos pasos hacia nosotros, como si desearan trabar conversación, lo que nos obligó a volverle la espalda, y nos dirigimos al cuartel de infantería sumamente, preocupados.

Cuando hubimos doblado la esquina de la calle de Capuchinos, desierta a la sazón, Burguet, que marchaba delante, con la cabeza baja se volvió a mí, diciendo:

-¡Esto se ha acabado! ¡Lo que hemos tenido que ver a veinticin-co años! ¡Cuántos acontecimientos asombrosos y horribles!.. Mas aho-ra, ¡todo ha concluido, Moisés, todo ha concluido!

-Y me tendió la mano, mirándome fijamente, como si él mismo se asustara de lo que acababa de decir.

-¡Esta campaña de invierno me ha inspirado siempre muchas desconfianzas! -prosiguió luego. - Relámpagos!.. ¡relámpagos por todas partes, y el trueno nunca estalla!.. Y ahora ¿qué va a suceder?

¿Qué acontecerá mañana? ¿Ha muerto el Emperador? ¿Qué decidirán de nosotros? ¿Conservarán a Francia en toda su integridad? ¿Cuáles provincias nos arrebatará el vencedor?

Abismados en tales reflexiones, llegamos delante de mi casa Entonces, volviendo en sí Burguet de su meditación, exclamó:

-¡Sea usted prudente, Moisés! ¡tenga en dado con lo que habla!

Si el Emperador no ha muerto, los veteranos se defenderán hasta el último extremo, y aquellos que le sean sospechosos, lo habrán de temer todo de su venganza.

Le di las gracias por el cuidado que le inspiraba, y subí a mi habitación dispuesto enteramente a seguir sus consejos.

Mi mujer y mis hijos me esperaban para desayunarnos. Mientras estábamos a la mesa les referí el espectáculo que había presenciado desde la muralla recomendándoles la mayor reserva pues el peligro no había pasado todavía. La guarnición podría rebelarse queriendo defenderse a todo trance, a despecho, de sus jefes, y todos cuantos tomaran partido en pro o en contra de ella corrían el riesgo de perder la vida.

No necesité esforzarme mucho para que comprendiesen la razón de mis encarecimientos. Lo único que temíamos era que al llegar, nuestro sargento nos preguntase nuestro parecer acerca de aquellos sucesos; mas, por fortuna, no vino el veterano hasta las once de la noche cuando ya estábamos todos acostados.

A la mañana siguiente aparecieron fijados, en la Puerta de la iglesia y en las columnas del Mercado dos carteles que anunciaban la entrada de los aliados en París. No se sabía quién los había colocado.

Desde hacía algún tiempo se venía murmurando, del señor de la Vabliere, y de otros tres o cuatro emigrados, y a ellos se les atribuyó, al principio, el atrevido golpe; pero este rumor estaba muy distante, de ser la verdad.

Por lo demás, aun cuando los veteranos arrancasen los carteles con las puntas de sus bayonetas, habían producido ya todo su efecto en el vecindario, que se dio mucha prisa a leerlos.

El suceso que en ellos se anunciaba parecía inaudito, increíble, casi irrealizable. Después de diez años de guerras incansables, en que el Emperador lo era todo en que ningún ciudadano, podía escribir una sola palabra sin autorización del soberano; en que, Francia no tenía otros derechos que los de pagar los impuestos y dar sus hijos para que los sacrificara aquel hombre a su desmedida ambición, era mirado como un delito el pensar siquiera que, Napoleón pudiera ser vencido.

Un padre de familia, rodeado de su mujer y sus hijos, volvía dos o tres veces la cabeza antes de aventurarse a emitir su opinión sobre este punto.

Todo el mundo callaba, a pesar de los pasquines. Los funcionarios públicos no salían de sus casas por miedo de que les preguntaban algo cuya respuesta pudiera comprometerles; el gobernador y la junta de defensa tampoco daban señales de vida. Sin embargo, los soldados de las últimas quintas, saltaban de alegría al pensar que se acercaba la hora de su libertad, el momento en que, les sería dado ver a sus padres y amigos, volver a sus trabajos agrícolas abrazar a sus novias, y casarse por fin. Los veteranos, al contrario, estaban indignados: ellos no tenían otro oficio ni medios de subsistencia que la guerra. Bramando de coraje decían que todo era mentira que su Emperador no había perdido nunca una batalla, ni podía perderla, y que los carteles y las salidas de los aliados no eran otra cosa que un ardid de guerra para que les abrieran las puertas de la plaza.

Desde ese día volvió a empezar la desertión, no de uno sino de seis en seis, de diez, de veinte en veinte. Guardias enteras, montadas por reclutas, desfilaban hacia la montaña con

armas y bagajes. Los veteranos disparaban sobre los fugitivos y mataron algunos, y después recibieron la orden de escoltar a los quintos que llevaban el rancho a las avanzadas.

En medio de esto no cesaban los parlamentarios de entrar en la ciudad. Todos ellos oficiales rusos, austriacos o bárbaros, permanecían horas enteras encerrados con el gobernador, discutiendo, sin duda, las condiciones de la capitulación.

Nuestro sargento no hacía más que pasar algunos minutos en nuestra casa para maldecir a los desertores. Zeffen continuaba enferma y como Sara no podía abandonarla, vime obligado a ayudar cada día a Safel hasta la hora de la retreta.

Nuestro despacho, estaba siempre lleno de veteranos; cuando salía un grupo de ellos entraba otro. Aquellos hombres de cabellos en-trecanos, llenos de arrugas y cicatrices, tragaban enormes vasos de aguardiente; se afectaban con las malas noticias que corrían y parecían cada vez más sombríos. Sólo hablaban de traiciones y venganzas, lanzando al mismo tiempo siniestras miradas. Algunas veces les oíamos decir mientras se dibujaban en sus labios diabólicas sonrisas:

–¡Cuidado con nosotros! ¡Si es necesario saltar la plaza, la volaremos antes que, rendirla!

Safel y yo hacíamos como que, no les escuchábamos; mas puedes comprender nuestras angustias, amigo: Federico: ¡después de haber sufrido tanto; no era muy agradable verse uno amenazado de saltar por los aires, con aquellos furiosos !

Cada noche nos repetía el sargento, palabra por palabra cuanto decían sus camaradas: según ellos todo era un puro embuste, una traición.

El Emperador debía venir muy pronto, para aplastar a aquella canalla.

–¡Esperad, esperad! –barbotaba, apretando su pipa entre los dientes. ¡la tempestad se acerca! ¡Poco tardará en retumbar el trueno!

¡Esta vez nada de piedad! ¡Es necesario que perezcan todos los que nos venden! ¡Es preciso que el país quede limpio por cien años de esa maldita raza! ¡Ya veréis!.. ¡ya veréis! Déjenos a nosotros, señor Moisés, y nos reiremos mucho.

Ya te harás cargo si oyendo estas palabras me quedarían ganas de reír.

El 8 de abril fue para mí un día de extraordinaria inquietud, por-que con esta fecha apareció el decreto del Senado en que se destituía al Emperador.

Aquella mañana por una multitud de artilleros de marina y de sargentos del depósito de reclutas. Acabábamos de servirlos lo que nos pidieron, cuando se presentó el secretario del comisario de guerra un hombre rechoncho y colorado, que llevaba siempre la gorra del cuartel caída sobre la oreja. Después de haber sorbido su vaso de aguardiente, sacó del bolsillo el decreto, y se dispuso a leerlo a sus camaradas:

«Considerando, que Napoleón Bonaparte ha roto el pacto que, le unía al pueblo francés, al levantar impuestos que no autorizaba la ley, disolviendo sin notoria necesidad, el Cuerpo legislativo; dictando injustamente algunas sentencias de muerte, y destruyendo la responsabilidad del ministro, la independencia judicial, la libertad de la prensa etc., etc: Considerando que Napoleón ha llevado a su colmo las des-gracias de la patria por el abuso que ha hecho de los recursos que, se lo confiaron en hombres y dinero para la guerra, la cual ha prolongado rechazando los tratados que el interés de la nación exigía aceptar:

Considerando que el deseo más ardiente, de todos los franceses es un orden de cosas, cuyo inmediato resultado sea el restablecimiento de la paz general, y la solemne reconciliación de todos los Estados que forman la gran familia europea el Senado decreta: Napoleón Bonaparte queda excluido del trono: el derecho hereditario será abolido en su familia: el pueblo, y el ejército quedan relevados del juramento de la fidelidad que le prestaron» Al empezar la lectura de aquel documento, no pude menos de pensar:

-Si esto continúa así, esos soldados no dejarán en mi tienda títere con cabeza.

Y me di prisa a hacer que saliera Safel por una puerta excusada.

Mas todo terminó distintamente de lo que yo esperaba. Aquellos veteranos, que despreciaban al Senado, encogieron de hombros con aire desdeñoso: el mismo que acababa de leer el decreto fue el primero en burlarse de él, diciendo, al mismo tiempo que arrojaba el papel sobre el mostrador:

-¡El Senado! ¿Qué es el Senado? Un hato de gorriones, una gavi-lla dé perdidos que el Emperador ha reclutado de una parte y de otra para que le digan cada día «¡Dios os bendiga!» -¡Es cierto, sargento mayor! -repuso uno de los circunstantes; -pero de todos modos no estaría de más arrojarles a puntapiés de la corte'.

-¡Bah! no merece la pena -respondió el sargento mayor: -de aquí a quince días, cuando el Emperador vuelva a ser amo, estos bribones tornarán a lamerle los pies. Es necesario para la dinastía esa falange de limpia botas, de nobles arruinados que se arrastran ante el trono, por cobrar sus cuarenta o cincuenta mil francos de renta cada uno:

esto produce buen efecto. Ellos volverán a postrarse delante, del Emperador, que los perdonará, al menos hasta que encuentre otros tan nobles como ellos para reemplazarlos.

Dicho esto, salieron todos de la tienda después de apurar sus vasos.

Yo quedé dando gracias a Dios por haberles inspirado tan ciega confianza en su Emperador.

Aquella confianza duró hasta el 11 o el 12 de abril, en que dos oficiales, enviados por el general de la cuarta división, llegaron a Falsburgo para decir que la guarnición de Metz reconocía la autoridad del Senado y acataba sur, órdenes.

Este fue un golpe mortal para nuestros fanáticos veteranos: bien lo echamos de ver nosotros cuando llegó el sargento por la noche. Parecía haber envejecido diez años. Al contemplar solamente la melancólica expresión de su mirada, cualquiera habría sentido bañarse los ojos de lágrimas. Hasta aquel día no había cesado de decirnos:

-¡Todos esos carteles y decretos; son obra de los traidores! El Emperador está allá abajo con su ejército, y nosotros aquí para sostenerle.

¡No tema, señor Moisés!

Empero, después de la llegada de los oficiales de Metz, había perdido toda su confianza. Pálido, y meditabundo apareció en nuestra habitación, contentándose con dirigirnos una larga mirada.

Al ver su abatimiento, dije entre mí:

-¡Este nos ha hecho mucho bien! El nos hubiera dado su ración de carne, hasta el fin del asedio. Quería entrañablemente al pobre Da-vid, a quien mecía sobre sus rodillas. Ama también a Esdras: es un buen hombre, un corazón honrado, y tengo lástima de su dolor.

Yo hubiera querido consolarle; decirle que éramos amigos, que le amábamos todos, y que haríamos gustosos cualquier sacrificio para ayudarle si se veía obligado a abandonar la carrera de las armas. He aquí lo que pensaba; mas al ver su tristeza me pareció tan invencible que no acerté a proferir una sola palabra..

Entretanto, Trubert no hacía más que pasearse de un lado a otro, pararse de repente y salir a la calle con precipitación. Su pena era tan grande, que no le permitía siquiera el desahogo de quejarse.

Por fin, el 16 de abril firmóse un armisticio para enterrar los muertos: bajóse el puente de la puerta de Alemania y una porción de gente salió por ella con objeto de proveerse de algunos víveres y un poco de verdura. Como mi hija Zeffen continuase enferma, nos vimos precisados a quedarnos en casa.

Aquella misma noche llegaron otros oficiales de Metz, enviados como parlamentarios, que atravesaron a escape la ciudad, yendo a detenerse ante la puerta del gobernador: yo les vi pasar por debajo de mis ventanas.

La llegada de estos oficiales excitó en todo el vecindario diversos sentimientos de esperanza y de temor. Aguardábamos por momentos grandes novedades. Durante toda la noche sentimos a nuestro sargento recorrer agitado su habitación, acostarse levantarse de nuevo, y salir a la calle murmurando palabras ininteligibles.

El desgraciado presentía un golpe decisivo, y no alcanzaba un momento, de reposo. Nosotros le escuchábamos y le compadecíamos.

Sus ahogados sollozos me impidieron dormir.

Por la mañana a cosa de las diez, tocaron llamada. El gobernador de la plaza y los miembros de la junta de defensa se dirigieron al cuartel de Infantería vestidos de gran gala.

Toda la población estaba asomada a las ventanas.

Nuestro sargento, exacto como siempre, salió de casa al primer redoble de tambor, siguiéndole yo a corta distancia. Las calles parecían un hormiguero.

Cada uno quería escoger el mejor sitio, para no perder ningún detalle del acontecimiento que preveíamos.

Cuando llegué delante del cuartel, acababan las tropas de formar.

Los furrieles, colocados en el centro, leían en alta voz la orden del día, que no era otra cosa que la abdicación del Emperador; el licencia-miento de los reclutas de 1813, y 1814; el reconocimiento de Luis XVIII como rey de Francia y un decreto que mandaba enarbolar el pabellón blanco en vez de la bandera tricolor, y cambiar la escarapela.

Mientras duró la lectura de aquel documento, no se elevó un solo murmullo de entre la muchedumbre: el silencio era perfecto, imponente, terrible. Los veteranos, se mordían los labios llenos de coraje: sus cejas contraídas, y su aspecto feroz, me daban mucho en que pensar. Por lo demás, presentaban las armas sin pronunciar palabra.

La voz de los furrieles parecía sofocada por la emoción que experimentaban.

Algo más lejos, bajo la puerta del cuartel, se hallaba el Estado Mayor de la plaza. Aquellos viejos militares contemplaban la escena cabizbajos y con la mirada abatida. La multitud, compuesta de hombres, mujeres y niños, escuchaba ansiosa: esta siniestra calma me hacía estremecer.

Yo me había colocado en la escalera del tonelero Schweyer, desde donde lo veía todo claramente y oía alguna que otra frase.

Ya he dicho, Federico, que nadie respiró durante la lectura de la orden del día; pero después que hubo terminado, cuando el comandante de las tropas dio la voz de: «¡Rompan filas!», partió un grito terrible de todos los ángulos de la plaza. El tumulto, la confusión, el furor estallaron entonces. Nadie se entendía allí. Los soldados de las últimas quintas corrían por compañías enteras hacia el cuartel, mientras los veteranos permanecían inmóviles, cual sin poder misterioso los encadenase a sus filas. Unos empezaron a arrancarse las charreteras, otros tomaban sus fusiles por el cañón, y los rompían contra el suelo. Algunos oficiales doblaban sus espadas, hasta hacerlas saltar hechas pedazos.

El gobernador intentó tomar la palabra, y aun mandó formar filas; mas nadie le hizo caso. Los reclutas se ocupaban ya en hacer sus hatillos para emprender la marcha hacia sus pueblos mientras los veteranos se dispersaban a derecha e izquierda como ebrios o locos.

Y vi algunos de aquellos soldados apoyar la cabeza sobre el muro del cuartel y llorar a lágrima viva.

La muchedumbre se dispersó en un momento: gritos desesperados de ¡viva el Emperador! subieron hasta el cielo como un suspiro; pero nadie dio un ¡viva el Rey!

Inmediatamente me dirigí a mi casa para participar a Sara lo que había sucedido. Apenas hube puesto los pies en el último tramo, de la escalera llegó nuestro sargento con el fusil al hombro. Aun cuando hubiéramos querido regocijarnos por el fin del asedio, la presencia de Trubert, que pareció bajo el dintel de la puerta sentimos helársenos las venas y no osamos despegar los labios.

-Y bien, señor Moisés, ¡ya lo ve usted! -exclamó el veterano apoyando el fusil en el suelo; -¡todo ha concluido!

Guardó silencio un instante, y añadió en voz temblorosa:

-¡He aquí la mayor infamia del mundo!.. -¡Licencian los reclutas:

los mandan a sus casas, y Francia queda atada de pies y manos entre las garras de esos miserables *kaiserlicks*!.. ¡Ah, canallas, canallas!

-Es verdad, sargento -respondí conmovido, -pero no hay más remedio que tomar las cosas tal cual vienen. De todos modos, vamos pronto a gozar de los beneficios de paz... Según tengo entendido, tiene usted una hermana en el Jura y no creo que deje de aprovechar esta ocasión para reunirse con ella.

-¡Mi pobre, hermana! -exclamó Trubert, levantando la mano con gesto desesperado.

Luego se serenó; dejó el fusil detrás de la puerta, sentóse a nuestro lado, y tomó a Safel, a quien abrazó tristemente, tendiéndole sobre sus rodillas. Después hizo lo mismo con Esdras.

-¡Voy a dejarles, señor Moisés! -dijo: -voy a hacer mi mochila.

¡Mil rayos! ¡Me es muy sensible separarme de ustedes!

-Y nosotros también lo sentimos mucho -respondió Sara con tristeza: -¡si quisiera usted quedarse aquí como de familia!..

-¡Imposible!.. ¡Imposible!..

-¿Piensa usted continuar al servicio?

-¿Al servicio de quién? -exclamó: -¿al servicio de Luis XVIII?..

¡No... no! Yo no tengo más amo que mi general. Pero es preciso que parta al momento. En fin; ¡cuándo uno ha cumplido su deber..!

Y levantándose de pronto, gritó con delirante acento:

-¡Viva el Emperador!

Aquel gritó, arrancado del corazón, nos hizo estremecer.

El soldado me tendió los brazos; me arrojé en ellos y permanecimos abrazados como dos hermanos.

-¡Adiós, señor Moisés! -dijo de pronto ¡adiós para siempre!

-¡Cómo!.. ¿se va usted ahora mismo?

-Sí.

-En ese caso, ya sabe que deja usted unos verdaderos amigos y que las puertas de mi casa están siempre abiertas para recibirle... Es-pero que vendrá usted a vernos, y si algo necesita...

-Sí, sí, lo sé... han sido ustedes para mí verdaderos amigos... son personas muy honradas.

Y apretó mi mano con efusión.

Enseguida fue a tomar su fusil, y echó a andar, siguiéndole nosotros con los ojos arrasados de lágrimas. Cuando llegó a la puerta se detuvo, y abrazó a mi mujer, diciendo:

-Usted me lo permite, señora Sara ¿no es cierto?

-De todo corazón, le considero como de la familia, y abrazaré a Zeffen en nombre de usted.

-Gracias... -murmuró el veterano. -¡Que sean ustedes felices!

¡Adiós!

Quedó mirándole hasta que atravesó el corredor que conducía a su aposento, en el que entró cerrándolo con llave.

¡Veinticinco años de gloriosos servicios... ocho heridas... y ni un pedazo de pan para su ancianidad!..

Esta idea me oprimía el corazón.

Un cuarto de hora después salió el sargento con su fusil en bandolera y como encontrase a Safel en el portal le detuvo diciéndole:

-¡Toma! dale esto a tu padre.

Era el retrato de la esposa del *landwehrs* a quien mató de un ba-yonetazo en el asalto de la Tejería.

Safel vino al momento a traerme el regalo de aquel pobre diablo, que guardé en el armario, al lado de la carta, cuya lectura tanto nos había entristecido.

A todo esto, habían dado las doce, y puertas de la ciudad iban a ser abiertas momento a otro, debiendo llegar abundantes mesas de provisiones, sentámonos delante un gran pedazo de carne cocida acompañada de plato de patatas, destapando, además una botella de nuestro mejor vino.

Habíamos empezado ya a comer, cuando oyeron algunos gritos debajo de las ventanas. Safel corrió a una de ellas miró a la calle, y dijo:

-¡Un soldado herido, que llevan al hospital!

Luego añadió asustado:

-¡Calle!.. ¡Es nuestro sargento!

Un pensamiento horrible cruzó veloz por imaginación: Sara iba a levantarse.

-¡Quédate ahí! -le dije, y bajé la escalera en cuatro saltos.

Al salir a la calle vi enfrente de mí una milla, que conducían en hombros cuatro artilleros de marina seguidos de una turba de mucha-chos.

A la primero, ojeada reconocí a nuestro sargento con el rostro blanco como un papel, y cubierto de sangre que, brotaba de su pecho.

¡Era ya cadáver! El infeliz se había sido desde nuestra casa al baluarte del Arsenal para pegarse un tiro en el corazón.

Este espectáculo me dejó tan abatido, tan desolado que, apenas tuve tiempo para volver de Sara me aguardaba sumamente inquieta.

-Nuestro pobre sargento, se ha suicidado -le dije: -¡Dios le per-done!

Y me dejé caer sobre una silla derramando abundantes lágrimas.

## **XXI**

Mucha razón los que dicen que una desgracia nunca llega sola.

Sin embargo, la muerte del sargento fue el último acontecimiento que experimentamos por entonces.

Aquel mismo día retiró el enemigo sus avanzadas a seiscientos toesas de la plaza; bajáronse los puentes levadizos y se izó la bandera blanca en la torre de la iglesia.

Ahora, Federico, va que sabes la historia del asedio de Falsburgo, réstame sólo describirte, la llegada de mi yerno Baruch; los lamentos de Zeffen y nuestros gemidos cuando, fue preciso a aquel pobre padre:

-¡Tu querido David ha muerto! ¡Ya no lo verás más!

Pero esta tarea es superior a mis fuerzas. Si hubiera de hablarte de las calamidades de la guerra y de las que le siguen durante muchos no acabaría nunca.

Dejemos este asunto: prefiero hablarte de Itzig y Fromel y del laborioso Safel, que ha ido a reunirse con sus hermanos en América.

¡Si yo te contara las riquezas que han adquirido los tres en aquel gran país, patria de hombres libres; las tierras que han comprado: el dinero que han atesorado, y los netezuelos que nos han dado a Sara y a mí y las alegrías de que nos han colmado, te llenarías de asombro.

Aquellos buenos hijos nunca nos carecer de nada. El mayor placer que puedo darles, es el pedirlos cualquier cosa: todos a un tiempo quieren enviarme lo que necesito. No me han olvidado que los salvé de la guerra con mi gran prudencia.

Yo, Federico los amo a todos igualmente, les bendigo cada día como Job, diciendo:

-«¡Que el Dios de Abraham y de Isaac, nuestros padres, que el Dios que me ha alimentado desde que vine al mundo, bendiga a estos hijos; que ellos se multipliquen hasta lo infinito sobre la tierra y que su posteridad sea una multitud de naciones!»

**FIN**

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>